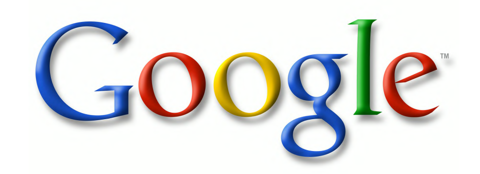


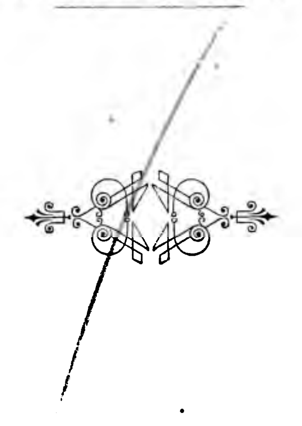
R. TELLO MENDOZA

LIGEROS RASGOS

DEL GENERAL

JUAN VICENTE GOMEZ

PAGINAS DOCUMENTADAS



CARACAS
TIPOGRAFIA UNIVERSAL.—SUR 1, NUM. 4.
1904



Caracas: 24 de julio de 1904.

Señor General Juan Vicente Gómez.

Presente.

Estimado amigo:

Como la Justicia de la Historia reserva para Ud., los mármoles, los bronces, y los panegíricos de los criterios imparciales, á los afectos que se honran con distinguirlo á Ud., les pertenecen los homenajes de la verdad.

Y así, en obediencia á lo íntimo de mi alma, le dedico, hoy, onomástico de Ud., un puñado de ideas, recogido en el luminoso campo de sus laureles, y que forman las páginas con que lo saludo y lo recuerdo.

Su afectísimo amigo,

R. Tello Mendoza.


BREVES APUNTACIONES



Hay fechas que marcan en los episodios del mundo, un destino preclaro, una idea redentora, ó un triunfo que constituye linaje entre los siglos.

Fechas que se acercan, se entrelazan y se confunden en el aplauso universal.

Y, que figuran en la Historia, como portadas idénticas en el admirable edificio del progreso.

Así vemos que Bolívar, quien nació el 24 de julio de 1783, recorre, en las paralelas del triunfo y en el encomio de la fama, iguales fastos que han ennoblecido á períncitos varones.

¡Y coincidencia de la grandeza y la virtud!

Bolívar marca, con su nacimiento, una etapa luminosa por demás, el 24 de julio de 1783; y Gómez el 24 de julio de 1859, imprime, con su nombre, al surgir á la vida, un guarismo inmortal en las cifras que pertenecen á la posteridad.

El 24 de julio de 1823, dejó el General José Padilla, en las ondas del Lago de Maracaibo, el poema de su heroísmo, que repiten los númenes del espacio y de las aguas; por que fué allí que selló la Independencia Nacional en asoladora batalla, con el denuedo del patriotismo y la abnegación de los privilegiados de los Derechos humanos; y el 24 de

julio de 1859, Falcón, el Mariscal magnánimo, que tiene todos los astros por corona, y la excelencia de sus sentimientos por divisa, desembarcó en Palma-Sola, consagra la Federación con la austera firmeza de sus doctrinas, y llega al Capitolio Federal el 24 de julio de 1863, tras una larga y desesperada lucha de cinco años, que se recuerda con admirable asombro, por que el odio extremó sus temeridades, y la heroicidad sus temeridades también.

Y así refrenda con su política libérrima, la virtud de sus principios, y funda la prosopopeya de un Gobierno cristiano y digno de nuestra raza imperecedera.

He aquí cinco fechas, que semejan analogía de porvenir en la justicia y el honor, y que se engarzan de una manera magnífica, para corresponder en las cronologías del arrojo, del patriotismo, del corazón y de la idea, al pueblo, á la República, á la Patria, á la humanidad y á la Historia.

Y es que los hombres superiores se atraen por las leyes de su origen, y mancomunan sus obras por decretos de sus fines.

Las distancias que lo separan de su nacimiento, se eliminan cuando el aplauso sanciona y decide el criterio universal.

Después de Bolívar, que todo lo abrillanta con su genio, y lo embellece con sus creaciones más que humanas, Falcón aparece en nuestra escena política, y se encumbra en el cariño popular, y se glorifica, enalteciendo el País.

En un paréntesis de pocos años, anuncia la Fama,

con estruendorosos hechos, que un nuevo paladín ocupa puésto en la vanguardia de los héroes, y contingentes de lauros para la ciudadanía.

Es el General Juan Vicente Gómez, que aun tiene en sus vestiduras el polvo de las sendas que ha recorrido, y en su semblante plácido las satisfacciones de los deberes que ha llenado.

Acontecimientos, luchas, conflictos, campamentos y peligros, se aglomeran en el espacio de su existencia joven; pero como la fe lo inspira y la heroicidad fortifica su carácter, se hace superior á los obstáculos, quebranta lo que lo amenaza y le es adverso, y obediente á su Jefe y amigo el General Cipriano Castro, llega á una altura prodigiosa en los campos de batalla, y á un prestigio muy legítimo en el afecto público.

Los telegramas que se publican al final de estas ideas, son la biografía más espléndida de Gómez, tan denodado como consecuente, y tan virtuoso como leal.



Definir la existencia de un hombre, que priva en la sociedad y en la política, es resolver un problema, que las opiniones esperan y el progreso necesita.

Aplaudir no es convencer, ni vituperar darle auges á la justicia.

De aquí, el que á los hombres públicos de talla sobresaliente, se analicen de acuerdo con sus hechos, se discutan sin parcialidades entusiastas ó enconosas, y se llamen á juicio en la filosofía y en la historia.

Y el General Juan Vicente Gómez puede comparecer ante los hombres con los enaltecimientos de sus

heroicidades y sus virtudes, y ante la historia con la ingenuidad de sus preclaros hechos.

En el penacho de sus montañas seculares está el docel de sus esfuerzos redentores en el trabajo; y en las delicadezas morales de la familia, las fotografías imperecederas de su existencia noble y delicada.

En los campamentos dibuja, con las siluetas que producen el disparo de sus armas, el cuadro inmortal de sus proezas.

Y en las controversias políticas, como en las grandes pruebas de los contrastes humanos, va airoso en su destino, como la voluntad que se impone, el carácter que avasalla, el éxito que deslumbra, y la gloria que enardece y extasía.

Gómez no es una ambición que pide paso en las ambiciones.

No es un prestigio que discute el prestigio de los demás.

No es una soberbia que subordina las soberbias que se arraigan por anomalías y por escándalos.

No es una espada que supedita las leyes y pide la libertad.

No es una ironía embozada en la clemencia democrática. . . .

Gómez es una sencillez heroica, que se avecina á la naturaleza en sus costumbres y á la verdad en sus ejemplos.

Es un patriota, que comprende la República porque la siente, y que fraterniza con el pueblo, porque gira en sus ideales.

Es una preponderancia nacional, porque la vanidad

disgusta sus merecimientos, y se sobrecoge su espíritu donde la malicia es absoluta, y lo innoble más absoluto aún.

Gómez es un General de expresivo coturno, que nació para las luchas incontrastables, como las águilas para cruzar en las alturas, el rayo en las tespestades y el pensamiento en lo infinito.

Es indomable, como las ondas del océano: irresistible, como el destino: poderoso en las armas, como la República en su esencia, y atrayente, muy atrayente, como el bien que se cumple por amor á la desgracia.

En su existencia hay delicadezas de niño y mansedumbres evangélicas.

Tiene costumbres patriarcales, y pasiones que repercuten como horrendos cataclismos.

Son admirables el conjunto de su vida y las prodigalidades de su corazón excelso.

Si el tiempo se midiera por las obras magníficas, estaría siempre en las avanzadas del porvenir, por sus ejercicios piadosos; y en los pórticos del aplauso, por sus arranques meritorios por naturales.

Parece una nueva cordillera en el mapa venezolano, y un conjunto de epopeyas nacionales en las crónicas de nuestras guerras.

No provoca los peligros con temeridades alarmadoras, pero los vence con su heroismo ingénito.

No estimula las intrigas palaciegas, pero las desaira y las quebranta cuando habla con la autoridad de la virtud en las armas.

Hay hombres, que como la luz no pueden contenerse; y que como el espacio es imposible medirse.

Hombres, que surgen en lo inesperado, como la libertad en la esclavitud y el regocijo en el dolor.

Hombres que ignoran la prosapia de su destino, como ignora la tierra el oro y los brillantes que contiene en sus entrañas.

Hombres, que deciden de una época con su arrojo, y que se anticipan al tiempo con las excelcitudes de su noble corazón.

Hombres así llenan el mundo cuando luchan, y están en la historia cuando falla la justicia.

Á esta progenie pertenecen los que se olvidan, como Menelik, de su persona, para servir á la Patria; y como Martí, para inmolarse por el paladión de sus pueblos.

Aguinaldo, que se revela contra toda usurpación, se acerca á Juares en Méjico, y al Cid que repele la prepotencia casi indominable de los enemigos de España.

El Presidente del Transwaal, que vence en su niñez á las fieras en las montañas, y luego lucha quien á quien con los hombres, como los gladiadores antiguos, se exhibe en los continentes que el progreso demarca, como Washington entre sus cúspides de nieve, San Martín en el entusiasmo de sus conciudadanos, y Bolívar en el cariño siempre noble, admirable y eterno de sus compatriotas.

Y para que no desaparezca, por lógica del progreso, la gerarquía de varones de tal calibre, asoma en la Cordillera el General Juan Vicente Gómez, en obediencia á su naturaleza y á sus Hados, como la lumbre en el horizonte cuando despunta el día, el

deber en el alma, y el objetivo hermoso de la vida en las ansiedades de la muerte.

Y maravilla en los combates, y seduce con las amabilidades de su ser moral.

Y compacta á sus amigos, sin intentarlo, como desarma á sus adversarios sin quererlo.

Y funde el cariño popular en el sentimiento de los regocijos patrióticos.

Y personifica el valor que decide, la humanidad que perdona, y el crédito que se establece y se hace propaganda en el crédito nacional.

Nada es tan difícil, en los países de instituciones inseguras, como reformar una ley, adquirir un prestigio, y dominar en las opiniones.

En las Repúblicas de deleznable organización, donde el mecanismo oficial no gira en órbitas inmovibles, los hombres vienen y van en la prosperidad y en la desgracia, como la noche y el día en los cursos del tiempo.

Pero cada sociedad tiene sus exigencias, como cada regocijo su estímulo y su dolor.

No hay ansiedad sin descanso, ni agonía sin solaz.

No hay martirio sin corona, desolación sin consuelo, ni esperanza sin fé.

Un día, el pueblo venezolano, se vió restringido en sus derechos y exanime en sus penurias.

Á las congojas de sus tristezas respondía el eco glacial del indiferentismo adusto; y el Gobierno, sordo ante las catástrofes ciudadanas, no vió, que todo tiene

sus límites en los linderos de la justicia, y sus horas en el cuadrante del progreso.

Cuando la sombra era más espesa y la tempestad más enfurecida, y todo congojas y atonía, habla Castro, y como la palabra de Jesús, levanta á los Lázaros de la libertad santa y bendita.

Y los fuertes en el dominio sonríen.

Y los pretorianos insultan á los crédulos de la República y á los visionarios del porvenir en la democracia.

Y Castro levanta la primera tienda de sus campañas, como César cuando intenta atravezar el Rubicón.

Y forma un conventículo de Anteos en los recintos de su hogar, que ensancha sus perímetros con las expansiones de su alma incontenible.

Y nuevos mundos despiertan á la aspiración popular; y nuevos soles fulguran en las soledades tenebrosas de las tristezas públicas.

Y ya no son círculos personales que confidencian, sino falanges irresistibles que se disputan la ruta que han de seguir.

Castro no tiene las cítaras, ni los augures, ni los oráculos, ni las prosopopeyas heráldicas de los antiguos romanos, para que corte su espada el nudo gordiano que es aún problema político y social.

Pero le sobran la juventud, que es vida: la esperanza, que es valor; el patriotismo, que es riqueza; la justicia, que es prestigio; y la visión de la gloria, que es el estímulo de los grandes caracteres, de las grandes voluntades y de los hombres únicos.

Y se emprende la campaña Restauradora, sin armas,

sin municiones, sin dineros, y acaso sin consigna entre los compañeros más excelsos.

Pero Castro lleva en su voluntad el sueño de la República, y en las determinaciones de su genio el Génesis grandioso que más tarde resuelve en los Congresos, en la Administración, en la Diplomacia y en la Política.

Castro no es desconocido en el País, pero el Gobierno que combate es fuerte por sus ejércitos, por el oro de sus arcas, por las ambiciones que lo sostienen, y por sus cómplices, que temen más la caída que la muerte.

Pero el andino privilegiado todo lo ha visto en las intimidades de su alma, y todo lo comprende en la filosofía de su sentido práctico.

Y destina para cada fortaleza que ha de tomar, la espada que deba someterla, como para cada parlamento, la entidad que ha de sobreponerse á los peligros y desarmar las resistencias.

Y así vemos que todo es lógico en la marcha triunfal del Héroe Restaurador, como expontáneo, oportuno, y glorioso lo que sirve de sostén á su jornada más que olímpica, porque se funda en un hombre.

Y entre esas impretermitibles acciones del denuedo, de la pericia, del patriotismo, del crédito, de la lealtad y de la fe, aparece el General Juan Vicente Gómez, entre las asperezas de su vida inmaculada y envidiable, como aparece San Pedro en la obra del cristianismo, Sucre en la redención americana, y Pi Margal en los pugilatos por la República Española.

***

En Gómez todo es cónsono con sus hábitos, con sus intimidades, con sus convicciones, sus creencias y su destino.

Su palabra, ruda como las faenas del campamento, tiene la firmeza de los mármoles, y la ingenuidad de las almas nobles.

Hay tal analogía en todos sus actos, que si se investigan los incidentes más aislados de su vida, en el áspero trabajo, en las faenas administrativas, como en las bregas de las armas, se ve al hombre, libre por el sentimiento, digno por su voluntad, prestigioso por sus hechos, y amable por el verbo que nutre sus espansiones.

En San Antonio del Táchira vió la primera luz; y lo acompañan recuerdos que lo enaltecen, afectos que lo acarician, justicias que lo endiosean, y aplausos que lo hacen inmortal.

Hoy vaga en las multitudes, sereno y sonreído, como ayer en los combates en el fragor de las balas, sin apercibirse de la agresión que lo asecha, y de lo imprevisto que lo amenaza.

Gómez es una fuerza popular, pero que no deprime ninguna fuerza en la República.

Es un crédito ciudadano, pero que no se enerva en diatribas personales.

Es un sentimiento y una idea en las predilecciones heroicas del Jefe del País, y no conspira contra sus hábitos sencillos y el rumbo apacible y bello de su horóscopo envidiable.

El General Juan Vicente Gómez, con la prosa



pia de su renombre, es un contrapeso á las nulidades, pero no una turbulencia en los elencos políticos.

Moderado, enteramente moderado, en ocasiones hay ironías patrióticas en sus frases, como protestas risueñas en sus arranques.

Pero cuando acusa no es para escarnecer, sino para limitar lo que está demás en la cordialidad equitativa.

En sus empresas es indetenible, como incansable en sus faenas y sagaz en sus itinerarios.

En el arte de la guerra, su táctica es completamente nueva, inesperada, atrevida, asombrosa y de peligros múltiples para sus enemigos.

En las cargas es admirable, y en la persecución irresistible.

Cuando desbarata á sus contrarios, no los abandona hasta que no los disuelve ó los extermina.

Y en sus marchas tiene algo de las nieves que se desprenden de las cumbres, y del aluvión que conmueve y asola.

En los campos de batalla suprime el número con su arrojo, y unge nuevas gerarquías militares donde blande su espada.

Es el soldado de la edad media, con todas las perspectivas de la grandeza heróica.

En las cruzadas habría sido la vanguardia en la fe, la vanguardia en el reto, la vanguardia en la lucha, y la vanguardia en la gloria.

Como que no se apercibe que vivir es un instinto y una necesidad cuando batalla, porque siempre sirve

de bandera al plomo que acribilla sus huestes, como de objetivo á las esperanzas que lo acompañan.

Tiene tal gallardía en sus ademanes, y tanto estoicismo en su carácter, que no mide los antros que ha de salvar, sino los beneficios que ha de producir.

Separa las épocas con su arrojo y las miserias con sus virtudes.

Une los partidos antagónicos con el consejo desinteresado y noble, donde priva su acción, y tiene para sus subalternos solicitudes paternales, y hasta sacrificios que van más allá de los deberes políticos.

Abunda en las esplendideces de los corazones que nacen para la gloria, y en las consecuencias en todas las formas que hace memorable el destino de los hombres.

*
* *

Es imponderable el arrojo del General Juan Vicente Gómez, como digna de la Patria y de la gloria su vida militar.

Es raudal de heroicidad en el desprendimiento de la extensión de su coraje ; y asemeja en las líneas de su fisonomía, algo así como cumbres que florecen, mares que braman, y auroras que iluminan.

En Gómez el ademán es airoso, como expontáneo y terrible el ímpetu de sus marciales cargas.

Su serenidad no se inmuta, ni se apoca su energía, cuando sus subalternos no corresponden á sus esperanzas.

Como el peligro no disminuye la órbita de su entereza, habla y entusiasma : lucha y enardece ; y siempre á la vanguardia, subordina, y hace propias, por su modo de ser, las voluntades de los demás.

En la correcta apacibilidad de su vida, no es fácil columbrar la cima de su heroismo, ni darle relieve, de un modo definitivo, al juicio que merece como guerrero, como político, como amigo, y como lealtad definida en la lealtad de los hechos.

Es vario en sus derroteros, como múltiple en sus grandezas; pues tan pronto está en los campamentos con sus cargas y su coraje, como en las cementeras con su acción fructuosa y constante por demás.

No es un cortesano, que se engríe con las venias incómodas á las almas sencillas.

No es un sibarita, que se deleita con voluptuosidades extravagantes.

No es un vanidoso, á quien los encomios perfuman y embelesan.

No es una ambición, que jamás se sacia, ni un egoísmo dispuesto á la represalia y al encono.

Gómez es un héroe, porque tal fué su destino.

Una virtud, porque complementa su vida.

Una sencillez magnífica, porque dibuja su carácter.

Una lealtad que no duda, porque la fe lo sostiene.

Y un patriotismo en acción, porque goza con la felicidad de los pueblos y la fortuna del País.

Hablarle de las intrigas que incomodan, es disgustarlo.

Conoce el mal cuando lo hieren; y como nació para estar lejos de las asperezas de la miseria humana, siempre va en la vanguardia del bien, porque el bien le sirve de regocijo.

No es profuso en fraternidades, ni en comunicaciones íntimas.

Es demócrata y popular, pero no tumultuoso, ni gusta confundirse con lo que no está en el radio de su espíritu, ni en el horizonte de sus simpatías.

Es jovial, muy jovial, pero rudo por naturaleza y por costumbre, y la mentira puede no repudiarla por conveniencias políticas, pero la repele y la desprecia.



Los hombres en las curules oficiales, cuando se les satisfacen las pasiones que los engríen, no son los mismos en los ejercicios ciudadanos.

Pero Gómez siempre tendrá un mismo análisis en los hechos, una misma entidad en los prestigios, un mismo homenaje en los pueblos, y en la historia un justísimo valor.

Porque no conspira contra ningún progreso, ni desmiente ninguna integridad en las faces de la República.

Quiere á los que lo acompañan en las rudas inquietudes de la guerra, con solicitudes excepcionales, y defiende á los suyos sin recomendaciones de los demás, y sin que priven intereses que no ve su abnegación.

Es libre en sus pensamientos, como expansivo, muy expansivo en las interioridades de su sér moral.

Cuando designa con su confianza á un amigo, es porque está de acuerdo con su temperamento, con sus doctrinas que no proclama, pero que practica en la más austera liberalidad, y en los detalles de su vida.

donde hay panoramas, como en las auroras, y majestades, como en las cóleras de los mares.

Gómez es axequible al bien, porque el bien pulimenta las siluetas de su nombre.

Pero le repugna el abuso, odia el dolo, y gusta de lo que es digno y propicio al honor en la Fama.

Abunda en las galanterías más puras que la etiqueta no enseña, y en el refinamiento más agudo de los sarcasmos que no se estudian.

Vive siempre de fiesta en las amistades, porque concede tal importancia al cariño, que duda de que existan seres incapaces de amar.

No pregunta quién llora, para remediar, sino quién necesita, para compadecer.

Su bolsillo está siempre exhausto, porque su dinero le estorba cuando otros lo han menester.

En la vida pública es diáfano, como sus compromisos, y difícilmente contiene sus impresiones, cuando está disgustado, como su arrojo, cuando hay que combatir.

Tiene mansedumbres de león enamorado, y en los campos de batalla fierezas inestinguibles, como la tigre cuando le arrebatan sus cachorros.

Como su vida es jovialidad, su semblante es placentero y atractivo; pero el que traspase los límites de su prudencia, su hidalguía y su abnegación, está expuesto á irritarlo sin que lo beje, y á que teste su nombre entre sus afectos, sin hostilizarlo.

Hay tal armonía en el conjunto de todos sus actos, que su nombre significa bondad, republicanismo, trabajo, organización, denuedo, lealtad y siempre lealtad, y como

apéndice lógico, un sentimiento íntimo por el pueblo, por la Patria y la democracia.



Con frecuencia se le atribuyen al Poder abusos que no comete, y á los oposicionistas á los Gobiernos virtudes que no tienen.

Los hombres de Estado no pueden realizar todos sus programas, ni dejar contentas todas las ambiciones.

Y en política, cuando no se llenan los deseos de los peticionarios, se provocan malquerencias que no se esperan.

Sólo los héroes, los patriotas y los grandes corazones, cruzan entre las multitudes, deslumbrándolas, sin herirlas; y al virtualizar en sus hechos el dogma de su carácter, disponen de las voluntades sin esclavizarlas, y del porvenir sin disminuirlo.

Y á ese número de los predilectos de la fortuna y de la Fama, pertenece el General Juan Vicente Gómez.

Como es extraño á las intrigas palaciegas, porque no conoce la pequeñez en las exhuberancias de su patriotismo, solo procura levantar al que cae, robustecer al débil, consolar al que sufre, y darle á las sociedades una esperanza en el bien, y una gloria en la virtud.

Cuando entra en los campos de batalla, nada le arredra, y tiene tal entusiasmo, después de las bregas, por los héroes que lo acompañan, como por los héroes á quienes vence.

Dispone del sentido de las grandes percepciones militares, y de una destreza suma para evadir lo que le puede ser adverso.

Pero no contemporiza con la mentira, porque la detesta; y prefiere la dignidad de un adversario, á la bajeza de un amigo.

Pasa revista con una ojeada á los que lo quieren bien; y comprende los odios, que no se atreven á lucharlo, aunque aparenten distinguirlo.

Este Hércules Fenecio sin los arreos mitológicos, capaz de soportar sobre sus hombros todas las adversidades de sus compañeros, y que tiene por maza las libertades públicas y por jardín de las Espérides el respetuoso cariño de las opiniones, no se inmuta cuando manda, ni se engríe cuando triunfa.

Podría confundirse su ademán insinuante y popular, con las risueñas jovialidades de los campesinos, que interrogan el campo, para enriquecerlo con sus fuerzas; y la familia, para que sueñe y prospere.

Gómez no es un enigma, porque la franqueza esfuma su sér moral.

No es una ambición, por que en el desprendimiento va el paisaje de su envidiable existencia.

¿Y que es entónces, en las conjeturas de la filosofía?

Los hechos definen su heroicidad en los campos de batalla.

El crédito popular lo reclama en la política.

La consecuencia partidaria bosqueja la alteza de sus doctrinas, y el porvenir le demarca los espacios donde fulgura.

Es una epopeya viviente, y algo así como la resonancia de un credo en una idea y de un hombre en la voluntad de la conciencia pública.

Gómez es más que una esperanza ciudadana, por

que está en la fe de los deberes políticos que á la democracia se ondulan.

Y es más que una altura entre las personalidades de nuestros tiempos, porque tiene la gloria por pedestal, y el futuro por consigna de sus avanzadas en la República.

*
* *

En la vida todo no es interés y malicia, aunque la malicia y el interés gravitan en todas las peripecias de la humanidad y su destino.

Conocer el mal, y no ponerlo en práctica, es darle un atributo al pensamiento, y al espíritu un atributo del cielo.

No siempre la razón más delicada se acerca á la verdad, ni el sabio más virtuoso se aleja del error.

El corazón humano cambia á cada instante de impresiones, de temperamento, de sueños y de esperanzas.

Lo que ayer nos pareció una trivialidad, lo acogemos mañana con entusiasmo en la fe y decisión incalificable.

Y es porque lo infinito es el miraje de la existencia en la tierra, y el punto de partida de los ideales humanos más allá de la tumba.

Á veces nos arrepentimos de practicar el bien, como de ejercer el mal.

Pero en el fondo de la conciencia, lo que contradice á la naturaleza mortifica; y lo que distrae á la justicia quebranta y anonada.

Hay héroes que nacen, porque en el peligro está el centro de sus espansiones; y agentes de un problema

positivo y social, ignoran, muchas veces, el bien que fundan, la ley que sanan, la reforma que imprimen, la ignorancia que abaten, la libertad que impelen, el progreso que ilustran, y la gloria que sugieren.

Y es que el hombre superior, sueña con la luz, la alcanza, se llena de claridades, y hace para su recuerdo una diadema de auroras, y no le es dable alejar de sí las congojas que evita en los demás.

En el torbellino de la política, se mide la satisfacción por la fortuna y la dicha por el poder.

Pero nadie sabe, que muchas veces, el néctar que se paladea en las ovaciones es más amargo que el agua de los mares; y que se reciben más tristezas en los aplausos, que en las soledades de la muerte.

Pero he aquí la entereza que hace menos las desgracias en los hombres públicos, cuando piensan en el pueblo, para mejorarlo, y en la Patria, para glorificarla.

Y el General Juan Vicente Gómez pertenece á las razas, exquisitas por demás, de los exploradores del bien, que se acercan á la fama, sin procurarla; y á las altas gerarquías que privan en el mundo, sin apercibirse de la distinción que todo lo colora.

Para Gómez, las decepciones las recibe con la misma impasibilidad que el plomo que silva y lo amenaza en su alrededor.

Tiene nostalgias, porque son propias de toda alcurnia elevada, y vaguedades en el sentimiento y en la idea, porque nunca faltan en los carácteres superiores.

Pero nada lo arredra; y cuando las tribulaciones lo acosan, las vence con su fe moral, como á sus adversarios cuando esgrime su espada, siempre invicta.

Y es humanamente feliz; porque solo concede importancia á los afectos; y hasta en los delirios de sus expansiones juveniles hay grandeza en sus arranques.

No se cuida del juicio de los demás, sino de su buen proceder.

Como no desperdicia el tiempo para dejar obras útiles, ignora por completo, ó quiere ignorar, donde residen los que se irritan con la ventura agena, los que blasfeman, y los que siempre están dispuestos á morder.

En este hombre excepcional, todo se combina de una manera legítima al éxito del encomio.

Sus mansedumbres lo acercan á las democracias, su arrojo á los paladines, su desprendimiento á los patriotas, su lealtad á los estóicos, y su virtud á lo que el progreso espera y no puede proscribir.

Es un prestigio, y no ha creado propagadores de su nombre.

Es una fuerza en el Estado, y no procura sustentáculos que lo apoyen.

Es una cumbre, y siempre está en las ondonadas donde el pueblo se debate, para socorrerlo y amarlo.

Va á la vanguardia en el Gobierno y en el porvenir, y se iguala en su itinerario y en sus deberes á todos los que defienden la bandera que tremola.

Su divisa va en su palabra, y su palabra en su divisa.

Entre nosotros es un coloso que tiene su pedestal en el cariño ciudadano.

No juzguemos el éxito de los hombres por los medios favorables de que dispone, sino por las iniciativas generosas que defiende.

Á veces se confunde, en las contrariedades del infortunio, la integridad del hombre con la falta de honor y de deber.

Y como la Legislación no prevé los minuciosos detalles de la vida individual, en ocasiones las leyes condenan lo que merece más bien un galardón.

De aquí, el que los hombres públicos, reserven siempre en lo más noble de sus intimidades, algo para compadecer á los que nadie compadece, y algo para hacer menos las privaciones y los infortunios de los que son víctimas de los desórdenes y las impiedades de los demás.

Pero toda magistratura requiere el ejercicio de las leyes, porque se sostiene en su moral.

Puede ser atrazada, extemporánea, y hasta peligrosa una institución; pero quien la representa no puede desconocerla, sin comprometer su autoridad.

Por eso los grandes caracteres reforman la sociedad y la política, pero sin contradecir las doctrinas á que debieron su elevación.

Y los personajes de Estado, para realizar las evoluciones que transforman á los pueblos y corrigen las costumbres, consultan de antemano los contingentes de que disponen, así como los baluartes en que han de sustentarse.

Por eso vemos que el honorable Caudillo Restaurador, con el atrevimiento de sus visiones, intenta invertir en el desorden el programa del absurdo, y flanquear de frente los sistemas que la soberbia implanta y perduran en los vicios.

Y tras los magníficos detalles de sus cuadros de

República práctica y de gloria, está Juan Vicente Gómez, como el acento en la expresión, el colorido en el arte, y en la justicia la equidad.

Y es porque conjunta, en consorcio halagador, lo que no está demás en los júbilos ciudadanos: lo que garantiza la afirmación de los Gobiernos honrados: lo que unifica á los compañeros y enlaza los partidos: lo que salva las distancias y prepara en las almas el advenimiento de nuevas siempre agradables.

El General Gómez no es un diplomático, pero está en la diplomacia porque desarma las intrigas con su ingénita bondad.

No es un orador, pero convence á las multitudes con la elocuencia de sus sentimientos liberales y patrióticos.

No es un reformador, pero impulsa, define, sostiene y sanciona lo que el progreso pide y va al progreso.

No es un periodista, pero con sus ideas se aglomeran en la Prensa los hechos de que la Historia se nutre, de que el porvenir ha menester, y de que forman las Repúblicas el blasón de sus destinos.



En nuestras guerras civiles, se desmerita el carácter de los que luchan, por más heroicidades que los enaltezcan.

Porque es muy triste que los hermanos se pugnen, se disocien, se sangren y se maten.

En las guerras de partido, se admira el valor, pero se vitupera la infecundidad de las contiendas fratricidas

y se condena el fin sangriento de las jornadas que no deben emprenderse.

Y es que en la diana de los cuarteles, cuando no es el patriotismo el que dirige las armas, se pierden en lúgubres batallares, el trabajo que necesita progresar y la ciencia que aspira glorificarse.

Y se agrupan en torno de las perspectivas de pugilatos innobles, las soledades de tumbas que acusan sin hablar, y las madres que lloran, los huérfanos que suplican, y el infortunio que clama un átomo de luz en la inmensidad de las sombras.

Y al final de la escena del encarnizamiento guerrero, la victoria, por legítima y espléndida que sea, no es bastante á compensar las catástrofes que origina el rencor, que las ambiciones sostienen, que la ignorancia impulsa, y los vicios se empeñan en acrecentar y sostener.

Y los paladines que sobresalen en contiendas personales, tienen algo triste en su continente glorioso, y algo estéril y muy lúgubre en sus perfiles simpáticos.

Y es porque no se suprime una existencia, en los campos de batalla, sin defraudarle un regocijo á los hogares, y sin introducir un luto y un dolor en las familias.

Pero he aquí la virtud de las almas lumbre y de los pensamientos soles.

Llegar á los abismos donde el rencor manda, como genio de las tinieblas, y hacer imposible el que rueden víctimas al fondo de los antros.

El General Gómez, con una constancia generosa, que el cristianismo únicamente inspira, se inter-

pone en nuestras reyertas armadas; y cuando la conciliación es imposible entre los bandos que chocan, yergue lo que es potestativo de la justicia y de la humanidad.

Y cuando es infecunda su labor inteligente y proba, entonces el apóstol que aconseja se transforma en Juez que falla; y más tarde toma las proporciones del paladín, dispuesto siempre á vencer, si las circunstancias lo requieren.

He aquí la excelsitud de este andino admirable, que va en las estelas de las opiniones entusiastas, por el impulso inicial de la justicia; y que tiene en el porvenir espacios en la democracia y la República, por lógica del progreso.

¿Y cómo no ensalzar sus actividades y el cuerpo monumental de su resumen político?

No está en los cuarteles con determinado carácter, pero los militares lo quieren.

En las Legislaturas y Congresos no enumera votos que lo recuerden, ni adhesiones que lo ensalcen; pero es verbo en la soberanía de los pueblos y resonancia en las virtudes de las esperanzas ciudadanas.

No adiestra propagandistas en las festividades del aplauso; pero la justicia lo rememora, el pueblo lo quiere, la fama lo define, y lo saludan las alboradas de los prestigios del mañana.

Y aunque ha sobresalido en la cronología de nuestros tiempos, en contiendas civiles, no hay sangre de traición en sus laureles, ni befa de apostasía en su virilidad, ni agriedad en su carácter, ni pobreza de corazón en sus dictados.

En las páginas de su vida todo es espléndido, como el resplandor de su espada en los campos de batalla.

Y todo límpido, como la fe con que sirve á su honorable Jefe y amigo el General Cipriano Castro.



En política, cuando la libertad aun no ha conquistado los laureles indispensables para la República, hasta los hechos más indiscutibles carecen de analogía.

Y es porque en las luchas que parecen deformes, y en lo que á primera vista levanta proturberancias en la sociedad, en el sentimiento, en el arte, en la magistratura y en las ideas, tiene para el filósofo desprevenido, que descrimina á los hombres y abarca doctrinas, siglos y reformas, análisis en que nivela las clases, y en que los errores de unos, son á veces el origen de las virtudes de otro.

Toda reforma es atrevimiento; porque no se introduce un adelanto en la existencia humana, sin herir intereses que no se ven, y ambiciones y soberbias, que ni disculpan la soberanía que los deprime, ni aceptan el progreso que exigen las sociedades.

Pero aquí estriba la habilidad de los Estadistas y la misión de los innovadores.

Abrirse paso entre los absurdos y las malicias, sin provocar peligros en su marcha.

Darle aureolas á las grandes ideas, y hacerles un sustentáculo de los que viven del abuso.

No hay un pueblo á quien el dolor no haya enseñado más que las festividades del regocijo.

Se aprecia la luz, cuando la oscuridad nos rodea.

Y todo reformador, anatómico del alma, toma en cuenta el cansancio social, cuando legisla; y las miserias públicas, cuando decreta.

En la parálisis del sentimiento patriótico en los pueblos, ve el filósofo la ignorancia en las clases, la penuria en su existencia, y el abatimiento en sus almas.

Y es porque toda pesadumbre acongoja, como toda pobreza debilita, y todo error menoscaba el criterio de la conciencia.

Así lo ha comprendido el General Cipriano Castro; y enciende el entusiasmo de las multitudes con las promesas de su palabra eléctrica, para que despierten en fraternidades republicanas, los que dieron la espalda al porvenir, por flaqueza, y duermen en el sepulcro de sus faltas por flaqueza también . . .

Castro, tan previsivo como audaz, y tan humanitario como pensador, ha tornado en decoro personal los bochornos que imaginaron los enemigos de la Patria, y en cúspides de gloria los abismos que circuían su Gobierno.

Y domina, como Entidad del porvenir, lo que fué oscuro en los problemas políticos, y temerario en las intrepideces guerreras.

Nada es tan heroico, y de empresa tan ardua y sobrehumana, como conocer el peligro, y no alejarse de su fondo hasta vencerlo.

Y eso ha hecho el General Cipriano Castro, desde que tremoló su bandera allá en Los Andes, hasta ho que lo acompaña la victoria por prestigio de su arrojo por virtud de su genio.

Las espadas que le fueron hostiles le sirven hoy de cerco á las instituciones que defiende; y los adversarios que quisieron impedirle su marcha al porvenir, lo saludan, lo respetan y lo aplauden.

Y es porque en este hombre todo es cónsono con su carácter y su destino.

Es porque adivina en donde está el valor para estimularlo, y el patriotismo para estimularlo también.

Es porque conoce las marchas que no ha emprendido y los hombres que no ha tratado.

Es porque subordina las opiniones con la opinión de su espíritu, y acorta las distancias con el imperió de sus energías.

Así se explica que todos desfilen en el orden más luminoso en su Administración y en su Política.

Y como tiene la serenidad en la justicia, y el estoicismo en la prueba, y quiere para la Patria grandeza en sus servidores y gloria en sus resultados, da al General Juan Vicente Gómez la vanguardia en sus Capitanes, la confianza en sus decisiones y la fe en sus afectos.

Es raro en las luchas de partido, cuando las pasiones todo lo acaban, y los vicios todo lo acaban también, encontrar hombres, que son felices cuando compadecen á los que lloran, y que están dispuestos, en la línea de los deberes políticos y sociales, á estar con el pueblo cuando aspira, con el progreso cuando espera y con la Patria en sus glorias.

Y el General Juan Vicente Gómez, en las penalidades acerbas que nos han entumecido, y en tantos conflictos como nos amargan, ha estado con la virtud oficial en

sus fidelidades, con la ciudadanía en sus incertidumbres y vigilias, y con la República en sus constantes peligros.

Y es un cruzado Adalid, de flamígera espada, que hace imposible la nube de la derrota por su arrojo varonil, y más imposible aún la mancha de las traiciones, por la alteza de su carácter y el desprendimiento de sus servicios.

Los hechos de Gómez, dispersos por las crónicas en las distancias de otros climas, son algo así como leyendas de Rusten en la Persia, de Antar en sus campamentos, de Páez en nuestras pampas, de Aguinaldo en sus resistencias, de Menelik en sus montañas, y de Krüger en el impertérrito Transwal.

Gómez supedita las pasiones, porque se olvida del hombre cuando lucha por su partido, y de su partido y de sus hombres cuando batalla por su Patria.

Es más que un personaje de Estado, porque defiende con su espada á los Estadistas.

Más que un principio personal, porque pide curules para el pueblo y para la democracia prosperidades.

Como no es una idea en conventículos calculadores, su nombre va á todas partes, como la luz, y su prestigio también, como la luz en el flujo y reflujo de los soles.

En su modestia hay las solemnidades de las grandezas innotas, como en su excesivo valor las exhuberancias de nuestras cordilleras siempre hermosas.

Es un héroe que convence con los hechos, como los sabios con sus experiencias, los filósofos con sus máximas, los artistas con sus cuadros, los poetas cor

sus idilios, y lo que fecunda en la gloria y en la gloria perdura, con ese ramillete indefinido que sirve de corona á los dioses y á los siglos.

Definir á un hombre como Gómez, que empieza á ilustrar y á engrandecer la historia de nuestros tiempos, es anticiparse á lo que guarda la prosperidad en sus penumbras, el destino en sus arcanos, la naturaleza en sus leyes, el progreso en sus evoluciones y la justicia universal en sus veredictos incógnitos.

Gómez está en las opiniones, sin estimularlas con propagandas interesadas.

En el aplauso, sin recomendar lo que se debe á su nombre.

Y en el futuro, sin que enumere sus títulos, límpidos en extremo, donde no cabe la duda, ni la sombra puede caber jamás.

Gómez es la lógica de una aspiración ciudadana, que en el programa del General Cipriano Castro, llena su cometido, por orden de la virtud y del genio del Caudillo Restaurador.

Hoy más que nunca necesitan los pueblos de voluntades que los dirijan, de prestigios que los comprendan, de pensamientos que los levanten, de virtudes que los moralicen, y de patriotismos que los salven.

Las ideas, en maridaje generoso y genuino con las opiniones y las leyes, explenden sus doctrinas, afirman sus pareceres, sostienen sus derechos, piensan en la Patria y luchan por la República.

Ya las represalias son ténues en la política, y

en los problemas de Estado todo se resuelve sin discordias, sin enconos, sin batallas, y en cordialidades que regocijan y determinan un flanco de frente al porvenir.

El Gobierno, con la omnipotencia de los deberes que se cumplen y del patriotismo que se iguala á la democracia, abre páginas de honor, en la historia de la Patria, á los que se distinguen como guerreros, como jurisconsultos, como escritores, como poetas, como artistas, como créditos nacionales y hombres de Estado.

Y el pueblo modela con sus simpatías, en sus recuerdos, á los que han de merecer más tarde su confianza y sus aplausos.

Y por lógica de la justicia popular, tiene rango en las predilecciones de las mayorías, el General Juan Vicente Gómez, porque llena una época con sus hechos, y con sus virtudes ilustra los fastos de su nombre.

Perfilarlo es definir la sinceridad.

Definirlo, es dibujar una excelencia, y exponer una miniatura de heroicidades, de abnegaciones, de enterezas, de liberalismo pródigo, y de humanitaria doctrina.

Forma con sus actos, la arcada donde descansan sus laureles; y con el privilegio de sus energías construye el escudo para sus luchas políticas, así como el auge que lo rodea se multiplica en su lealtad, en su honor militar, en sus sacrificios por su Jefe y por su Causa, y en la rigidez con que cumple su palabra como ciudadano y hombre público.

Circunscrito el General Juan Vicente Gómez á los hechos, es un héroe de primer orden.

A las doctrinas democráticas, un prestigio en la voluntad ciudadana.

Y cuando se admiran sus esfuerzos hercúleos y la firmeza de sus convicciones, la lealtad confirma la fama de sus laureles, y la virtud le abre paso y lo encumbra al porvenir.

La mansedumbre, como dice el Evangelio, sirve para enaltecer las propiedades de las grandes fisonomías.

Y en Gómez esta condición es naturaleza y carácter.

Mientras Venezuela cuente con hombres así, las armas tendrán lustre, rangos y gerarquías las faenas políticas, y la Patria fanales en las ideas de sus hijos, y salvaguardia y respetabilidad en sus hijos también.

Es imposible el desmoronamiento de una raza y el cataclismo moral de una Nación, donde hay espíritus que sostienen con sus luchas el edificio imponderable de la familia, y alejan con el denuedo de su voluntad, el egoísmo corrosivo, la pérfidia sangrienta, la traición infamante, y la bajeza que deshonra y esclaviza.

Por eso, el General Juan Vicente Gómez, como un paréntesis en los tenebrosos capítulos de nuestras guerras civiles, aclara con su magnanimidad las noches lóbregas y glaciales de los odios, y convida á la República, en la comunión de los afectos y los deberes mutuos, á las alianzas que la democracia exige, la filosofía política aconseja, la Patria insinúa y los hombres anhelan.

Cuando se aplaza el disimulo de las ambiciones, para que yergan las doctrinas humanitarias su sacerdo-

cio, la fe republicana razona y la justicia también razona.

Y desaparecen las pequeñeces que contradicen los hechos, y se ahuyentan las paradojas que simulan la verdad; y el raciocinio ciudadano inquiere lo que entraña una máxima, procura lo que reporta un consuelo, se asimila á lo que desprende progreso, y se confunde en las expansiones que existen en la moral, y que sólo la moral crea y sostiene.

Y de aquí vienen las propagandas republicanas, en que el pueblo se unifica, cuando proclama una causa, y las que vencen por las armas con las ideas, cuando abren una cruzada.

Y es de aquí de donde toman el auge de sus créditos, los que como el General Juan Vicente Gómez, van á la vanguardia de las transformaciones políticas y sociales, por esas leyes que impelen el progreso, y se radican en el progreso también.

No es el triunfo el que garantiza la estabilidad de una cumbre, ni la fortuna la que consagra el brillo de los laureles.

Más allá de todo lo que priva por combinaciones de Estado y por mandato de la fortuna, están la conciencia pública como Tribunal irrecusable que no se inmuta; y el progreso de los tiempos, donde la posteridad falla, y la justicia imperecedera discierne sus atributos.

Y es que por sobre los escrutadores humanos, están los númenes divinos; y así es imposible que la pasión desvíe los hechos, y la historia parcialice sus dictados.



Y para los hombres que esboza este trabajo, el egoísmo no ofrece ocaso, ni los siglos tumba.

Como se empinan en el verbo de los principios que invocan, sobresalen más y más, por razón directa de los triunfos que obtienen.

Como combaten por la ciudadanía, está en el interés popular el sostenerlos.

Como la gloria es el aura que nutre sus existencias, siempre están en alturas y cerca del infinito y del aplauso.

Pugnarlos, es reaccionar contra la naturaleza y los tiempos; y desmentirlos, contradecir la historia.

Estos hombres, como el huracán, todo lo empujan, lo desvían y lo arrastran; y como las grandes inundaciones dejan la fertilidad y el renacimiento hasta en sus mismas ruinas.



Cuando la política se combina en ideas conciliadoras, se sustenta de preceptos legales, y se afianza en un progreso científico, es imposible que haga jornadas la sombra, que la maldad aconseje, y que establezca monopolio lo que carece de equidad.

Los frutos de los Gobiernos inteligentes y patriotas son radicales en el bien, y se eternizan en la gratitud del bien.

Lo que disgusta á las opiniones menoscaba el concepto oficial.

Lo que empobrece la energía de los que mandan, aquilata la audacia de los reaccionarios por su fama y por sus tenebrosos fines.

Hay un medio de hacer la felicidad de los pueblos, sin ofuscarlos: ilustrándolos.

Una manera de corregirlos, sin degradarlos; y de acercarse su voluntad, sin imposiciones que siempre hieren: llevando la ley á sus costumbres y á sus prácticas, y la justicia cristiana á sus labores y á su destino.

Cuando el trabajo convida al bienestar, y la libertad garantiza lo que se adquiere, es respetable la palabra del Gobierno, y dócil, por satisfecha, la voluntad ciudadana.

Todos los estadistas están conformes, en multiplicar sus dotes, para que la miseria no agrie el carácter de los obreros, y la ignorancia no ennegrezca el cielo siempre brillante de las almas dóciles.

El despotismo de los Magistrados venales, crea con frecuencia, las catástrofes en que las discordias azolan, en que los anarquismos enlutan, y la desgracia pública llora y pordiosea en las desgracias de la Patria.

Pero á los hombres de Estado les es fácil cohibir las explosiones sociales, cuando no trastornan el orden de sus programas, y cuando alían á sus destinos el destino de los pueblos, y á sus glorias la equidad de los asociados.

Los mandatarios que contentan á las clases trabajadoras, tienen la retaguardia cubierta con el cariño popular.

La idea que ilustra es el apostolado que enseña: el proletario que se activa es la cimiente que florece y el brazo en que se apoya la paz con sus doctrinas y la libertad con sus prodigios que regeneran.

Los servicios que reciben los pueblos de los Magistrados, son adhesiones tácitas en la conciencia pública.

Las deficiencias y los abusos oficiales son la derrota de sus promesas y la negación de sus esperanzas.

No es buen gobernante el que disgusta á las mayorías.

No es buen cristiano quien no respeta las creencias de los demás.

No es patriota quien pone á prueba la integridad de la Patria, y suprime la verdad para legalizar todos sus actos.

No es virtuoso, quien se olvida en sus aplausos y júbilos, que consolar al que llora es engrandecerse, purificarse, y comprender la naturaleza y el cielo.

Y el General Juan Vicente Gómez, que siente en su espíritu las placideces de su amor á los pueblos, y los entusiasmos que produce el trabajo, enumera en sus pensamientos lo que entrañan estas ideas, y va, en progresiva marcha, á donde están la República con sus doctrinas inmortales, y el porvenir con el progreso libre y suspirado.

Y viaja en la historia Restauradora, como su afecto en la imparcial justicia del Egregio Conductor de las huestes andinas, y en las soluciones que la democracia combina en la paz y las leyes.

En la República de hoy se ventilan, de un modo perentorio, la preponderancia de un Partido inmortal, por sus doctrinas y sus triunfos, y el progreso y las grandezas de la Patria.

Ya todo es visible en nuestra política, y es tal la experiencia en nuestros dolores, que lo que se funda en la democracia es positivo, estable y propio

de la voluntad ciudadana y de las inspiraciones del pueblo.

Con cada nombramiento simpático á las mayorías, en que el Gobierno eleva una justicia y reconoce un merecimiento, la Autoridad se afirma, la prevaricación se aleja, la rectitud se acerca, el patriotismo influye, y la confianza se esparce en todos los corazones.

Cuando los contrapesos políticos, dan carácter en las atribuciones oficiales, á lo que no es simpático en el decoro, útil en la suficiencia, respetable en el deber, ni prestigioso en las controversias, se siente un disgusto que produce atonía, un cansancio que engendra desconfianza, y una protesta muda que paraliza lo que trabaja, lo que se eleva, lo que ilustra, lo que es digno, lo que glorifica y perdura en la estirpe de los hechos.

Y esto es la conciencia pública, Tribunal más que augusto del criterio moral, y asilo imperecedero de lo que marcha al infinito entre claridades, y entre claridades defiende las claridades del bien.

Hay una aspiración en todas las zonas, en todas las razas, en todas las sociedades y en todos los tiempos, de sobresalir los pueblos y tener autoridades de acuerdo con su carácter, con sus costumbres, con su naturaleza, con su origen y su historia.

Como el progreso es una ley universal, ó mejor dicho, es la naturaleza en acción, nadie quiere retroceder, sino marchar adelante.

De aquí vienen las deferencias con que mimamos

á los hombres públicos, cuando son dignos de entrañar la solidez de las opiniones.

De aquí germinan los entusiasmos que ovacionan á los guerreros, cuando la heroicidad acaricia á los militares.

De aquí toman rumbo las adhesiones á los que saben merecerlas, y el deseo de agradar á los que tienen estatura en el pueblo, estatura en la justicia, como en los siglos estatura muy estable.

Y todo esto es inmanente en las almas, que procuran por distintos senderos, asirse á la perfección y distinguir la perfección.

Por esto hoy, en nuestras grandes agitaciones por la paz de la República y el bienestar de las familias, ve el General Juan Vicente Gómez, en su contorno, festividades de encomios, solicitudes de afectos, la cordialidad en el respeto, y la fe que inspira la moral de sus actos.

Y es porque este hombre, quizá una gerarquía en nuestros tiempos, por sus hábitos, sus costumbres, los círculos en que gira, las combinaciones que impulsa y los contingentes morales en que influye,—no gravita en las autocracias, no demuele los basamentos de la libertad, no se erige en los cultos del abuso, ni festina con impaciencias las soluciones del mañana.

Gómez, con su habitual abnegación y su inquebrantable voluntad, ve en Castro al Jefe á quien obedece, al Magistrado á quien respeta, al amigo á quien quiere; y por sobre todas estas maravillosas excelencias, al Caudillo de un pueblo indomable, al agente de una cruzada dentora, y al que estará en la posteridad por sus pro-

pias obras, como en el porvenir de sus obras por el veredicto de la posteridad.

Gómez fulgura en las jornadas Restauradoras, y caloriza el recuerdo de los pueblos cuando luchan y vencen.

Si el porvenir pertenece al arrojo, á la abnegación, á la disciplina, á la lealtad, al crédito, á la fe en las convicciones y á la rectitud invariable, el General Juan Vicente Gómez reune estos ricos talismanes, y bien merece la justicia del mañana.



DOCUMENTOS
DEL
General Juan Vicente Gómez





ESTADO TACHIRA

GENERAL JUAN VICENTE GOMEZ.

JEFE CIVIL Y MILITAR DEL ESTADO TÁCHIRA,

A los habitantes del Estado.

Honrado por el Jefe Supremo de la República para desempeñar la Jefatura Civil y Militar de este heroico Estado, me siento satisfecho y henchido de júbilo al encontrarme de nuevo entre vosotros y daros en medio de los esplendores de la paz, que ya se vislumbran muy de cerca, el abrazo de solidaria confraternidad.

No soy extraño entre vosotros: tengo la dicha de haber heredado las energías de mi carácter y la firmeza de mis propósitos bajo un mismo cielo, el cielo azul del Táchira, donde la luz alienta y vivifica y todo respira dignidad y altivez.

Á las órdenes de mi Jefe y amigo, General Cipriano Castro, el egregio vencedor de la funesta dictadura que sumía la Patria en la miseria y la abyección, tuve la gloria de formar en las filas del Ejército que condujo asta las almenas del Capitolio Federal, orlada de triun-

fos y laureles, nuestra bandera de Causa, la bandera de la Restauración Venezolana; y hoy, á las mismas órdenes del General Cipriano Castro, vuelvo al seno de vosotros, á la tierra de mis grandes afecciones, trayéndoos como gaje de mi amor los laureles conquistados, y victorioso y radiante el pendón de la libertad y del progreso !

Compatriotas:

Comprendo las grandes dificultades que tendré que vencer para dar cumplimiento á mis deberes y regularizar la administración de esta Entidad Federal que está hoy en mis manos: para ello reclamo el concurso franco y decidido de vosotros, que tanto como yo os empeñáis por levantar del lecho de postración en que se encuentra nuestra heroica tierra, digna por más de un concepto y muy justos títulos, á ocupar el primer puésto en los salones de la Patria.

Heroico Pueblo del Táchira:

La hora de las reparaciones ha llegado. Ya es tiempo de olvidar viejas y odiosas rencillas que no son sino rémora para el progreso y entorpecimiento para los beneficios de la paz.

Es tiempo ya de que las pasiones de localidad no sean torpes escollos para las grandes conquistas nacionales. Confundámonos todos en un mismo fraternal abrazo y así unidos marehemos en pos de ese tan preciado bien que anhelan nuestros pueblos: la paz.

Laboremos todos como hijos de un mismo suelo y alentados por un mismo ideal: el progreso y felicidad de nuestra Patria.

Jefes, Oficiales y Soldados de mi Ejército:

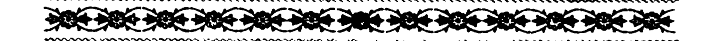
Retornáis á vuestros hogares. Si después de haber realizado la campaña más portentosa que registran las páginas de nuestra historia política, venís á ellos cubiertos aún vuestros cuerpos con los mismos harapos que vestíais cuando se inició aquélla, también es cierto que traéis vuestras frentes orladas con los laureles inmarcesibles de la victoria, conquistados en los campos de batalla á fuerza de bravura é intrepidez. Y sabed que esta recompensa con que la Patria premia á los hijos que la sirven, ha de ser de más alto precio para vosotros que cualesquiera otras. Pondréis, por tanto, empeño en mantenerlos siempre vivos y frescos, regándolos con sangre generosa cuando ella lo reclame, con las virtudes de vuestras grandes almas y con los sentimientos de vuestros nobles corazones.

La Patria os está agradecida.

Yo espero que hoy en la paz, como ayer en la guerra, todos colaboréis conmigo en la hermosa obra del bienestar y engrandecimiento de nuestra querida Venezuela.

San Cristóbal: 2 de marzo de 1900.

JUAN VICENTE GÓMEZ.



ESTADOS
Aragua, Guárico, Carabobo, Cojedes y Yaracuy

Estados Unidos de Venezuela.—Jefatura de Estado Mayor.—San Juan de los Morros: 23 de diciembre de 1901.

Ciudadano General Juan Vicente Gómez, Jefe del Ejército Expedicionario Liberal Restaurador.

Vengo á darle cuenta después de nuestra salida ayer de Cagua, de donde por disposición de usted se movió nuestro Ejército al pasitrote hasta el punto denominado Casa Blanca, donde encontró nuestra descubierta la primera avanzada enemiga y que al romperse los fuegos huyó cobardemente.

De Casa Blanca hasta Los Colorados encontramos otra segunda avanzada que como la primera, fué pasto de igual suerte. En seguida ocupamos la plaza de Villa de Cura, donde el enemigo tuvo varios muertos y heridos; tal fué el arrojo de los que allí combatieron que su valor puede decirse rayó en la temeridad. Inmediatamente ordenó usted la persecución activa del enemigo, y á las tres leguas le alcanzamos en el punto denominado La



Puerta, donde en balde hizo una fuerte resistencia, debido al empuje bravío de usted y de los oficiales que formaban el Cuerpo de Ayudantes del Estado Mayor General.

El enemigo dejó en el campo muchos muertos y heridos y en nuestro poder armas, municiones y prisioneros. Como he venido personalmente en el Cuerpo avanzado de persecución no he tenido tiempo de recoger los informes detallados del desastre del enemigo; pero dos ayudantes de este E. M. General recorren actualmente los campos de acción por orden mía, y al regresar ellos, comunicaré á usted detalles.

Por nuestra parte, las bajas del Ejército han sido relativamente pequeñas en relación con las del enemigo.

Tenemos que lamentar la herida de nuestro amigo y compañero el General Abelardo Gorrochotegui, Secretario General del Ejército, quien como usted sabe, combatía bizarramente á nuestro lado, en La Puerta. Su herida es leve y está bien asistido.

Eran los Jefes que comandaban las fuerzas revolucionarias, el infidente Luciano Mendoza y los Generales A. Lutowsky y Francisco Batalla.

Desalojados de La Puerta se refugiaron en esta población donde fueron nuevamente arrollados, produciéndose en sus acobardadas filas un verdadero desastre, pues se dispersaron por completo, tirando al camino las armas y las pocas municiones que le quedaban.

Pláceme, pues, darle cuenta de tres combates

afortunados que libró el Ejército en el memorable día de ayer; combates gloriosos si se advierte, que con ellos, se ha redimido á La Puerta de la fatalidad que la oscurecía en la historia como campo siempre adverso á las armas de la República. Á ese Ejército que ha seguido con lealtad y con cariño las huellas de usted y las inspiraciones de nuestro Benemérito Jefe General Castro, le corresponde esa satisfacción y esa gloria.

Felicito al Presidente de la República y á usted, como también á todos los compañeros que han cumplido su deber con el entusiasmo que siempre nos ha hecho invencibles.

El Jefe de Estado Mayor General,

José A. Dávila.

Telégrafo Nacional.—Ortiz: 24 de diciembre.—Las 4 a. m.

General Castro.

Caracas.

Anoche á las 7 p. m. pasó por esta ciudad en fuga precipitada el General Luciano Mendoza, acompañado de Batalla, Lutowsky, Alarcón y otros oficiales, todos á caballo en número de 30, poco más ó menos. Una hora después, es decir, á las 8, entré yo con el Ejército. Inmediatamente hice remontar el Cuerpo de Caballería que he organizado en la marcha y lo despaché, dos horas después, al mando del bizarro General Secundino Torres, sobre las huellas de Mendoza.

Dejo aquí el Batallón "Junín" con los prisioneros y

casi todas las armas que tenía la infantería de Mendoza, las cuales hemos ido recogiendo en todo el camino.

Del General Antonio Fernández acabo de saber que anda con unos cien hombres mal armados y que, cuando llegó á su campamento la noticia del desastre de Mendoza, la deserción fué grande.

No he puesto en manos las armas que le quité á á Mendoza porque, para terminar esto, basta el Cuerpo de Caballería que salió al mando del General Torres. Yo sigo marcha ahora mismo con una guardia ligera.

Para su satisfacción, tengo el gusto de informarle, que la traición de Mendoza no ha tenido cómplices en este Estado, ni siquiera encubridores, pues los habitantes de estos lugares, todos, á cual primero, han salido voluntarios al camino á informarme del derrotero del traidor.

Por el órgano del Jefe de Estado Mayor General, doy cuenta á usted de los puntos que ocupan los varios Cuerpos del Ejército, que dejo acampados por creerlos innecesarios para lo que falta de esta campaña.

Dios y Federación,

Juan V. Gómez.

Telégrafo Nacional.—De Parapara, el 25 de diciembre de 1901.—Las 7 hs. p. m.

Señor General Castro.

Vengo á darle cuenta detallada de las operaciones emprendidas por mí desde San Juan el día 23 del presente.

Ese día, á las 10 a. m., dí orden al General Secundino Torres de marchar con el Escuadrón de oficiales andinos en persecución del traidor Luciano Mendoza, é inmediatamente emprendí marcha con el Ejército durante el día y la mayor parte de la noche, marcha tan rápida que el mismo día pude acampar en Ortiz, donde el Escuadrón había ya tiroteado al espionaje del enemigo.

En esa plaza dí orden al General Secundino Torres para que marchara inmediatamente en persecución activa de día y de noche sobre él.

Á las inmediaciones de la mencionada plaza fueron hechos varios prisioneros de tropa, los que fueron puestos en libertad en seguida.

En la ya citada plaza, como ya usted lo sabe, por mis comunicaciones anteriores, dejé al Batallón "Junín" al mando de los Generales Pascuale y Nieves. La determinación tomada de dejar el Batallón "Junín" fué con el fin de interceptar á Fernández y á Mendoza en sus operaciones, teniendo en cuenta que estos Jefes tratarían de unirse.

De Ortiz para San José de Tiznados, encontrándome en Morrocoyes con la noticia de que el Escuadrón había de nuevo tiroteado un cuerpo de inspección enemigo, en Morrocoyes, envié á los Coroneles Carabaño y Navarro con comunicaciones sobre el particular á los Presidentes de los Estados Guárico, Apure y Zamora.

Ya en San José de Tiznados, adonde llegamos el mismo día 24, tuve noticias del tiroteo de Torres con otro cuerpo de inspección en ese lugar. En "El

Desembocadero" alcanzado y acosado el enemigo, quiso en los estertores de su agonía, hacer el último esfuerzo, el cual no resistió sino algunos instantes el empuje de nuestras armas victoriosas, dejando en nuestro poder algunos heridos y un muerto.

En ese lugar tuvo que apelar Mendoza al *sálvese quien pueda*, de tal manera que, según informes de los baqueanos hechos prisioneros, sólo se escaparon de allí por ir muy bien á caballo, Mendoza, Lutowsky, Batalla, Rafael M. Guardia, Roberto Córser, Esteban Herrera Sucre, Narciso Sucre, Gil Lima, J. R. Bogado, Eusebio Borges, Guillermo Willet, Martiniano Torres, León Arístides Bello, Jiménez Liscano, Candelario Mato, Gabante (ayudante de Lutowsky), Sixto Borges, Luis Ponce, J. V. Acosta, José Inés Aguilera, Doctor V. Vargas, Antonio Martínez Sánchez, Feliciano Anzola, Alarcón (herido), Martín Muguerza y dos baqueanos.

El Escuadrón ocupó á San Francisco de Tiznados el 25 en la tarde, y teniendo informes de que Mendoza había torcido el rumbo que llevaba, siguió vía Caujarito, donde nuevamente tuve noticias que el enemigo seguía hacia Santa Isabel, donde efectivamente llegó y pasó por corto tiempo, siguiendo hacia El Barbasco, hato de los Iturriza.

El General Torres llegó á Santa Isabel y esperó allí mis órdenes, las cuales fueron que se detuviera allí teniendo en cuenta de que estaban ya tomadas las medidas en los Estados limítrofes, á fin de cortarle la retirada.

En San José de Tiznados recibí su importante tele-

grama en que ordenaba contramarcha para comunicarnos por telégrafo directamente.

Inmediatamente ordené la contramarcha. Salí de San José de Tiznados el 27 á las 7 p. m., marché toda la noche y llegué á Ortiz á las 7 y media de la mañana del día 28; allí fuí informado de que Antonio Fernández había llegado á los alrededores de Parapara á las dos de la mañana como con 60 hombres. En seguida y sin tener ningún descanso, abrí operaciones sobre él, mandando al General Dávila por vía de Rinconcito con el Batallón "Junín", y marchando yo con el Batallón "Victoria" y cuerpo de artillería por la carretera.

Como para seguir las operaciones se necesitaba marchar á este lugar, por ser la línea más corta, así lo hice; ocupada esta plaza, ordené que el Batallón "Junín" marchara rápidamente en persecución de Fernández pues él siguió la marcha á la misma hora que llegó.

Rindiendo tributo de justicia, cábeme el placer de hacer constar aquí para su conocimiento, que la oficialidad andina se ha conducido tan digna y abnegada, que no omitió sacrificios ni fatigas para que nadie la superara.

También hago mención especial del Batallón "Victoria," que con sus Jefes y oficiales ha marchado junto conmigo á todas partes sin descanso y sin notar en ellos la menor muestra de desaliento, distinguiéndose entre el Batallón la compañía que al mando del Coronel Vicente Alfonzo ha marchado á descubierto siempre.

El resto del Ejército ha cumplido su deber.

Después de la muy sensible herida del General Gorrochotegui, he nombrado para mi Secretario al Doc-

tor Tomás Contreras Troconis, quedando como médico del Ejército el Doctor Luis Godoy.

Su amigo,

J. V. Gómez.

Telégrafo Nacional.—Caracas: 26 de diciembre de 1901.

General Juan Vicente Gómez.

Urgente.—Donde esté.

He recibido su telegrama de Ortiz y quedo en cuenta de todas sus operaciones. Estoy de acuerdo con usted en que marche sobre la Sierra de Carabobo, advirtiéndole que el Batallón del General Arvelo con el General Rafael María Carabaño, por mi orden, salió desde ayer de San Juan de los Morros, cortando directamente á la mencionada Sierra, por lo que creo que para hoy esté interceptado el General Mendoza y sus compañeros, si es que no esté ya en nuestro poder.

Mas, á pesar de esto siempre creo que usted tome tal vía porque esos fugitivos son los que constituyen nuestra atención y también porque unido usted con Carabaño y Arvelo, acabarán con Cedeño y Pinto, Rivero y los Colmenares, pudiendo también, si las circunstancias lo requieren, cortar á salir á San Juan de los Morros por la misma vía que han llevado Carabaño y Arvelo, ó por más adelante á salir á Villa de Cura.

Por aquí ninguna novedad.

Lo saluda su amigo,

CIPRIANO CASTRO

Telégrafo Nacional.—Caracas: 26 de diciembre de 1901.

General Juan Vicente Gómez.

Urgentísimo.

Adiciono mi telegrama anterior para participarle que acabo de tener conocimiento que el fugitivo Mendoza pasó por el hato de Santa Isabel y que se dirige por el Baúl al Estado Portuguesa. En tal virtud, creo que lo conveniente es que usted regrese á Ortiz ó San Juan de los Morros para ponernos de allí al habla por telégrafo y resolver lo conveniente. Ya dí orden al General Carabaño para que las fuerzas de Arvelo carguen en combinación con las del General Ramón Castillo G., que salió de Güigüe y hacia Belén sobre los alzados de la Sierra de Carabobo.

Lo saluda su amigo,

CIPRIANO CASTRO

Telégrafo Nacional.—De Ortiz, el 28 de diciembre de 1901.—La 1 h. 30 ms. a. m.

Señor General Castro.

Recibido en este momento su telegrama del 26 á las 8 p. m., y la adición de las 9 horas del mismo día. Conforme sus órdenes procedí inmediatamente á organizar la contramarcha para Ortiz, donde por telégrafo me pondré al habla con usted. Desde aquí he dado mis órdenes al General Secundino Torres que ocupa el hato Santa Isabel, desde ayer, para que contramarche á incorporárseme en Ortiz como también á la Compañía d

infantería que iba de refuerzo de dicho General. Desde allí me participó la interminable fuga de los Generales Mendoza, Batalla, Lutowsky y doce compañeros que junto con baqueanos siguen una marcha sin descanso día y noche. En El Desembocadero, el mismo General Mendoza en vista de la persecución tan activa que se le hacía, se acercó á los pocos de infantería que le quedaban y díjoles: «*sálvese quien pueda.*» En los distintos encuentros tenidos con el ya citado Mendoza han quedado muertos y heridos, los que con sus nombres y apellidos comunicaré de Ortiz.

Su amigo,

J. V. GÓMEZ.

Nota.—Fechado en San José de Tiznados el 27 á las 4 p. m.

Telégrafo Nacional.—Parapara: 29 de diciembre de 1901.—Las 11 a. m.

Para General Castro.

Caracas.

Vengo á informarlo como le dije en mi telegrama, de los muertos que le hice al enemigo y de los cuales hasta ahora tengo conocimiento: General Capote, Coronel Julio Hernández, José de Jesús Jiménez y dos oficiales que ví en Villa de Cura, como también varios de tropa encontrados en el camino. De los heridos que pasaron por San Juan de los Morros, que me dicen eran varios, han venido dejándolos ocultos en su marcha, tan sólo dos, tengo conocimiento fueron dejados en Ortiz,

á los cuales he dado orden al Jefe Civil los busque y me informe de sus nombres. Hasta ahora ninguna novedad.

Su amigo,

J. V. GÓMEZ.

Telégrafo Nacional.—De Parapara, el 29 de diciembre de 1901.—La 1 h. 30 ms. p. m.

Señor General Castro.

En este momento acaba de llegar el General Carlos Silverio con su Batallón y trae presos á los Coroneles Leopoldo Tailhardat y Víctor Sáa, quienes fueron capturados anoche por dicho General Silverio.

Su amigo,

J. V. GÓMEZ.

Telégrafo Nacional.—De Parapara, el 29 de diciembre de 1901.—Las 7 hs. 30 ms. p. m.

Señor General Castro.

Desde ayer están en mi poder los prisioneros de guerra, Coroneles Matías Jiménez Liscano, Enrique Navas y un Comandante.

Su amigo,

J. V. GÓMEZ.

Telégrafo Nacional.—De Parapara, el 30 de diciembre de 1901.—Las 6 hs. 50 ms. p. m.

Señor General Castro.

Por informes de los espionajes sé que Fernández se halla por Lambedero, frente á Chacao á salir á La Puerta, en donde derroté á Mendoza.

Para que no se me pueda escapar le tengo escalonada fuerza desde aquí hasta La Puerta con buenos espionajes.

Así, pues, me prometo terminar de aquí á mañana con esa facción, como un obsequio de Año Nuevo que le haré á usted.

Lo abraza su amigo,

J. V. Gómez.

Telégrafo Nacional.—De Parapara, el 30 de diciembre de 1901.—Las 7 hs. p. m.

Señor General Castro.

En este momento acaban de romperse los fuegos de mi fuerza al mando del General Torres con las fuerzas de Fernández en La Puerta.

Desde luego le prometo el triunfo.

Su amigo.

J. V. Gómez.

Ad.—Seguiré comunicándole lo que ocurra.

Vale.

Telégrafo Nacional.—De La Victoria, el 30 de diciembre de 1901.—Las 7 hs. p. m.

Señor General Castro.

En este momento recibo telegrama en que se me anuncia que el General Adolfo Torres combate con Fernández en La Puerta. De San Juan y de Tierra Blanca se oyen los fuegos: ordeno al Jefe Civil de Villa de Cura apure la marcha del General Lara en auxilio del General Torres.

Confío en que dentro de poco tendrá usted noticia de nuevo triunfo de nuestras armas.

Su adicto amigo,

F. L. Alcántara.

Telégrafo Nacional.—De Parapara, el 30 de diciembre de 1901.—Las 9 hs. p. m.

Señor General Castro.

Después de una hora de combate en La Puerta quedó destruido Fernández; nuestro Ejército triunfador sigue persecución. Hay muertos y heridos. Mañana le daré detalles. Reciba mi abrazo de felicitación.

Su amigo,

J. V. Gómez.

Telégrafo Nacional.—Caracas: 30 de diciembre de 1901.

General J. V. Gómez.

Recibido su importante telegrama. El triunfo sobre Fernández es el sello de la Revolución, con cuy

motivo me felicito y lo felicito á usted calurosamente en unión de todos sus valientes compañeros.

Estaba escrito y dispuesto por la Providencia que á usted, el más leal de mis compañeros y amigo más decidido, había de tocar en su suerte la destrucción de los traidores.

Envidiable gloria la que por otra parte ha tocado á usted y sus compañeros, como es la de que los tres reveses sufridos en ese histórico campo de "La Puerta" por nuestros eminentes patriotas en la célebre campaña que nos diera independencia y libertad, quedan hoy borrados con las dos célebres jornadas en que usted le devuelve la paz y tranquilidad á la República.

Lo abraza su amigo,

CIPRIANO CASTRO

Telégrafo Nacional.—Caracas: 31 de diciembre de 1901.

General J. V. Gómez.

Recibidos sus telegramas.

Felicito á usted de nuevo y á sus compañeros por tan gloriosa campaña y espero que usted en esta vez y en mi nombre lo hará con especialidad al General Torres. Las operaciones del momento en mi concepto deben ser las siguientes: que el General Herrera con su fuerza permanezca ocupando el importantísimo punto de San Francisco de Tiznados, que el General Dávila permanezca en San Juan de los Morros, que los Generales e Pascuale y Rufo Nieves se internen en la Sierra de ırabobo, donde ya están los Generales Carabaño y

Arvelo, para de acuerdo, seguir haciendo una persecución activa y eficaz á los dispersos y merodeadores de esa Sierra y usted con la fuerza restante situarse en Ciudad de Cura como centro de operaciones para atender á todas partes.

Debo advertirle que el General Ramón Alfonzo salió desde esta madrugada de Los Teques sobre Palomas, en persecución de los derrotados, así como el General Alcántara despachó otra fuerza de La Victoria con el mismo fin. De modo que con esta red el General Fernández no se podrá escapar. También le participo que según telegrama del General Julio Montenegro el traidor Mendoza y comparsa caerán de un momento á otro en su poder.

Me parece que la Providencia no puede ser más pródiga en beneficios para la Causa de la República.

Lo abraza su amigo que le desea un Año Nuevo lleno de felicidades como lo merece el más abnegado y humilde de mis amigos.

CIPRIANO CASTRO.

Telégrafo Nacional.—De Ciudad de Cura, el 31 de diciembre de 1901.—Las 9 p. m.

General Castro.

En marcha para Villa de Cura, á donde llegaré esta noche, me es grato anticiparle los detalles exactos del combate de ayer, librado entre La Puerta y Las Minas por un cuerpo del Ejército de mi mando contra el General Antonio Fernández y su partida.

Apostado el General Adolfo Torres, en La Puerta, por orden mía, tuvo aviso por el espionaje que el enemigo se aproximaba á aquel punto por la vía del Pao.

Serían más ó menos las seis de la tarde cuando se rompieron los fuegos entre ambos cuerpos de fuerza, prolongándose la pelea por espacio de casi una hora, decidiéndose la acción á favor de nuestras armas. Amparados por la noche los derrotados huyeron en distintas direcciones dejando en nuestro poder armas, bestias y municiones, seis prisioneros, tres muertos y nueve heridos.

Por nuestra parte sólo lamentamos las heridas de un oficial abanderado y de algunos individuos de tropa.

Debo advertirle, para vergüenza de los revolucionarios de oficio, que ninguno de los Jefes contendores, inclusive Fernández, entraron en combate, y se limitaron, presas de inícua cobardía, á llevar al sacrificio á un pequeño número de soldados que peleaban sin orden y sin plan, mientras ellos aseguraban la retirada con los poquísimos que le siguen.

No doy á usted, como se lo ofrecí ayer, la grata noticia de la captura de Fernández, pero sí le aseguro con la franqueza y sinceridad que me caracterizan, de que la Revolución ha tocado á triste término y de que Fernández, á quien sin tregua y sin descanso se le persigue, caerá en nuestro poder de un momento á otro, pues sé de positivo que la vía que tomó hoy es la de Pedregal para salir á las Tejerías, y por todos estos puntos tengo fuerzas apostadas.

Dios y Federación,

J. V. Gómez.

Fechado hoy en "Virgen Pura."

Telégrafo Nacional.—De Villa de Cura, el 1º de enero de 1902.—Las 8 y 15 a. m.

Señor General Castro.

Después de mi último parte de Parapara en que le daba noticias de la guerra, me puse en marcha á San Juan de los Morros por creerlo de suma importancia, para desde allí atender y dirigir mejor las operaciones militares; sucedido el combate de nuestra fuerza contra las del faccioso Fernández entre La Puerta y Las Minas, y fugado este Jefe por rumbo que ya de antemano conocíamos, me puse en marcha incontinenti para seguirle la pista á Fernández y dejé encargado de la plaza de San Juan al General José Antonio Dávila. Al llegar á Virgen Pura tuve noticias de que Fernández tomaba la vía de Pedregal para salir á Las Tejerías, como se lo digo en mi parte anterior, y por tal dispuse su activa persecución, encomendada á Jefes y oficiales valerosos y expertos.

Anoche á las diez fuí informado de que Fernández y tres ó cuatro que le acompañan se han refugiado en La Mata de Las Veguitas, donde se le han tomado tres bestias aperadas y se le han hecho prisioneros al General Silva Paredes, quizá el más caracterizado de sus Jefes y su hijo.

No titubeo un instante y con esto ratifico los párrafos anteriores de mi parte, al decir á usted que la paz de la República, tan ansiada por los hombres de buena voluntad y tan quebrantada por los revolucionarios de oficio y por los ambiciosos por índole y por temperamento, será asegurada por muchos años, pues con este

último escarmiento dado, difícilmente habrá quien se atreva á interrumpir el fuero más sagrado de la República, que es la paz.

Hoy día de Año Nuevo le felicito cordialmente, porque creo sinceramente que de hoy en adelante se inaugura una nueva era de progreso, de paz y de felicidad para Venezuela.

Ocúpome en leer detenidamente toda la correspondencia y obraré perfectamente de acuerdo con su contenido.

Lo abraza su amigo,

J. V. GÓMEZ.

Telégrafo Nacional.—De Ciudad de Cura, el 1º de enero de 1902.—Recibido en Valencia el 1º de id. á la 1 h. 20 ms. p. m.

Señor Presidente del Estado.

Pláceme comunicar á usted que en este momento acaban de entrar á esta plaza las fuerzas de mi mando, con los prisioneros de guerra que á continuación expreso: General Silva Paredes, General Demetrio Ibarra, Coronel Manuel Antonio Silva y Coronel Gabriel Colmenares.

Los individuos de tropa, que son incontables y que también han sido hechos prisioneros en el campo de batalla y en la persecución, los he puesto en libertad á nombre del General Cipriano Castro para que se vayan á sus respectivos hogares, se entreguen á sus faenas ordinarias y sea esto un canto elevado á la prosperidad y al progreso de Venezuela.

De Fernández tengo en mi poder la bestia aperada, su espada y binóculo. Va á pie cansado y maltrecho y la persecución es por demás activa.

A pesar de su baquía, júrole que difícilmente dejaría de caer en nuestro poder.

Su amigo,

J. V. GÓMEZ.

Telégrafo Nacional.—De Caracas, el 1º de enero de 1902.

General J. V. Gómez.

Con posta bueno comuníquele orden á los Generales De Pascuale y Rufo Nieves, ocupar lo más presto posible á Manuare, punto céntrico de la Sierra de Carabobo, que se comunica para todas partes.

Mientras usted con parte de sus fuerzas puede abrir operaciones sobre la Sierra, dejando un Batallón en esa ciudad ó San Juan de los Morros, donde á usted le parezca mejor, pues tengo conocimiento que Mendoza, corrido de Cojedes ha doblado sobre dicha Sierra por El Pao.

Los Coroneles Rueda y Padrón ya se encuentran sobre esos lugares con sus respectivas fuerzas y el General Arvelo saldrá con su Batallón mañana muy temprano de Valencia con el mismo objeto. Avíseme recibo.

Dios y Federación,

CIPRIANO CASTRO.

Telégrafo Nacional.—Las 7 p. m.—Villa de Cura: 1º de enero de 1902.

General Castro.

Caracas.

Contesto su telegrama fecha de ayer en que me felicita en unión de mis compañeros de armas, por la campaña realizada obra única y exclusiva de su genio guerrero que con tino y discreción increibles ha sabido usted dirigir las operaciones militares, puestas en práctica y llegadas á feliz término.

También es grato decir á usted que sus órdenes dictadas, de que el General Herrera con sus fuerzas permanezca ocupando el importante punto de San Francisco de Tiznados; de que el General Dávila permanezca en San Juan de los Morros; de que los Generales Luis De Pascuale y Rufo Nieves, de quienes no tengo más noticias desde el día 28 de diciembre á las 3 p. m., que ocupamos la plaza de Parapara, por participación de éllos, que me hicieron de que se encontraban á legua y media del enemigo; y de que yo, con el resto de la fuerza me sitúe en esta ciudad, como centro de operaciones para atender á todas partes.

Todas sus disposiciones han sido cumplidas y seguirán cumpliéndose á plena satisfacción de usted, excepto lo que respecta al Batallón "Junín" al que he enviado postas por distintas vías dándole sus instrucciones.

Quedo también en cuenta de que el General Ramón Alfonzo salió en la madrugada de ese día de Los Teques sobre "Palomas" en persecución de los derrotados y de que el General Alcántara despachó fuerzas de La Victoria con el mismo fin.

Gran satisfacción he sentido al leer en el mismo telegrama la noticia que me comunica de que el General [illegible] Montenegro [illegible] para acabar a [illegible] Venezuela y [illegible].

Dios quiera que la Providencia no puede ser más pródiga en beneficio para la causa de los pueblos de la República. La Providencia que está siempre al lado de las causas justas y que castiga [illegible] la deslealtad y la [illegible].

No quiero terminar este telegrama sin decirle que [illegible]

Su amigo afectísimo

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Recibido su telegrama.

[illegible]

General Alcántara y en cuanto á los vestuarios, lo más práctico y rápido es que usted proceda inmediatamente á comprar las telas en esa y mandarlos á hacer, distribuyéndose la hechura por compañías, de modo que en un instante tenga usted vestida á su fuerza. Tengo el gusto de participarle que anoche fué capturado en Caricuao el señor General Pietri afeitado y su Jefe de Estado Mayor, Noales. De modo, pues, que por este lado se acabó la guerra. Por el costo de los vestidos puede usted girar á esta ciudad contra el Ministro de Hacienda. He dado orden al General Alcántara para la captura de Fernández. Avíseme recibo.

Dios y Federación,

CIPRIANO CASTRO.

Telégrafo Nacional.—Sierra Morena, (Carabobo) 5 de enero de 1902.—Las 12 m.

Para General Castro.

Caracas.

Ayer á las seis llegué á la fila de Pacaragua (corazón de la Sierra) después de haber lanzado al enemigo á "Los Naranjos" y "Lagunitas" centro de operaciones de la Revolución y donde tuve conocimiento se reconcentraron ese día. Inmediatamente abrí operaciones sobre esos dos lugares, obrando todas mis fuerzas en combinación, la cual fué trastornada por la llegada del General Arvelo durante la noche con las fuerzas que comanda, quien atacó al enemigo, cuando éste pretendió evadir las fuerzas del Gobierno en el lugar denominado "El Ba-

rro,'' á las seis a. m. Debiendo hacer constar que Arvelo no tenía conocimiento de mi llegada, ni yo de la de él; por cuyo motivo logró escapar el enemigo, pero en derrota y ya disperso. He dejado al General Arvelo con sus fuerzas recorriendo el campo y persiguiendo por otras vías al enemigo, en tanto que yo continúo con el Escuadrón y un Batallón sobre el llano.

Por los presos hechos al enemigo he sabido que los Jefes de estas montoneras son Mendoza, Cedeño, Lutowsky, Colmenares, Pinto y Muguerza, los cuales llevan distintas vías en su dispersión y se le sigue la pista.

Siendo innecesario ya el Cuerpo de artillería, he resuelto que el Coronel Pedro T. Rueda la traslade á Valencia, quien volverá á ocupar su puesto en la Sierra con el fin de dejar restablecido allí el orden constitucional, como lo he hecho por donde quiera que he pasado. Resolví dejar estacionado en estos lugares el Batallón ''Junín'' al mando de De Pascuale, las fuerzas de Arvelo que las regresaré de El Pao y las que comandan el General Rojas Muñoz y Julio León.

Creo necesario decir á usted que puede disponer del Batallón ''Junín'' y las fuerzas de Arvelo, pues con la que tienen Rueda y Rojas Muñoz, es más que suficiente para que no se organicen los enemigos y pueda dárseles caza á los fugitivos.

Me complazco en comunicarle estas buenas nuevas como presente ya ofrecido en la Pascua de Reyes.

Su affmo. amigo,

J. V. Gómez.

Telégrafo Nacional.—De Güigüe, el 6 de enero de 1902.

General Castro.

Ayer á las 6 de la tarde llegué con el Ejército á la fila de "Paragua," el corazón de la Sierra de Carabobo, donde tuve conocimiento que el enemigo reconcentraba sus fuerzas hacia los «Naranjos» y «Lagunitas.»

Inmediatamente abrí operaciones sobre esos dos puntos en combinación con el Batallón del General Jesús María Arvelo. El General Arvelo llegó adelante y como á las 8 de la mañana rompió los fuegos sobre el grueso del enemigo. A pesar de ir mis fuerzas á marchas forzadas, llegaron más tarde por lo malo del camino, pero así y todo, fué eficacísima la cooperación para la completa destrucción de los enemigos en este lugar que puede decirse era el de sus últimos atrincheramientos.

La acción fué vigorosa, quedando completamente destruida después de una refriega de media hora, la facción de esta Sierra que comandaban los Generales Mendoza, Cedeño, Lutoswky, Colmenáres, Candelario Matos y Callejones.

Son varios los muertos y heridos del enemigo, y entre los prisioneros que hicimos, están los Generales Simeón Colmenáres, Candelario Matos y Callejones y otros Jefes y oficiales, de cuyos nombres les dará cuenta el General Arvelo á quien dejo recorriendo el campo, recolectando armas y cogiendo los dispersos que han quedado por estos montes. Yo sigo á esta misma hora, tan luego firme y despache este parte, la persecución

de Mendoza que tomó vía de El Pao con quince oficiales de á caballo, y doy órdenes al Batallón «Junín» y sección de artillería que regresen mañana á Valencia á esperar las órdenes de usted, por no necesitar ya los servicios de esos aguerridos cuerpos en la campaña del Centro, que para honra de las armas nacionales y de usted, su Invicto Jefe, ha terminado con la acción de que le doy cuenta.

Por los prisioneros he sabido que Mendoza se refugió en esta Sierra con veinte compañeros de á caballo que huían de la activa persecución que le hicieran las fuerzas de Cojedes.

Yo dejo esto en perfecta paz, pues el escarmiento ha sido soberano, y como ya le he dicho, el General Arvelo con su Batallón triunfador, queda en estos lugares.

Sigo detrás de Mendoza, quien se escapará en esta vez, si tiene alas con que salvar las distancias.

Lo abraza su amigo.

JUAN VICENTE GÓMEZ.

Fechado anoche á las 11½ en Juan Félix.

Telégrafo Nacional.—Valencia: 6 de enero de 1902.

General Castro.

Acabo de recibir el parte del combate librado ayer en la Sierra de Carabobo por el Ejército del General Gómez, en combinación feliz con el Batallón al mando del General Jesús María Arvelo, el cual tengo la satisfacción de trascribirle íntegro:

"El Barro," enero 5 de 1902.

Señor Doctor Gerónimo Maldonado h., Comandante en Jefe del Ejército del Estado.

Valencia.

Estimado Jefe y amigo:

Hoy como á las 8 a. m. nos encontramos con toda la facción Mendoza en este punto y después de media hora de combate quedaron completamente destruídos y derrotados. Todavía no he recorrido el campo porque esta primera noticia del truinfo se la doy en momentos en que se declara la derrota del enemigo. En las primeras cargas hice prisioneros á los Generales Simeón Colmenares, Candelario Matos y Callejones. Muchos otros prisioneros, muertos y heridos son el resultado de este combate decisivo para la paz de Carabobo. Detalles irán después.

Los Coroneles Ortega y Padrón y la oficialidad y soldados de mi Batallón se han batido como valientes veteranos.

El General Mendoza con 15 hombres de á caballo, huyó por el camino de El Guárico hacia El Pao, y el General Cedeño, como con 20 hombres se escapó por las Maporas.

La persecución que ha ordenado el General Gómez es activísima y él personalmente va sobre Mendoza.

Dios y Federación,

Jesús María Arvelo."

Lo felicito, por este nuevo triunfo de las armas nacionales, con el cual puede decirse está terminada la guerra en este Estado.

Lo abraza su amigo,

G. Maldonado H.

Telégrafo Nacional.—El Viento, Hacienda de los Cedeño: 8 de enero de 1902.

Para General Cipriano Castro.

Caracas.

Paso á darle á usted una relación detallada de los últimos sucesos después de mi telegrama fechado el seis en "Espinita" y que dirigí á usted por vía de El Pao. Teniendo conocimiento de que Mendoza, Cedeño y otros Jefes con poca infantería habían contramarchado buscando la vía de esta Hacienda y aunque ya había dado mis instrucciones al Coronel Pedro F. Ruedas, verbalmente y por escrito, para que se las trasmitiera al General Arvelo, de que ocuparan todas las distintas vías por donde pudieran escaparse, lo hice inmediatamente de nuevo por medio de dos postas de á caballo. Dadas estas órdenes seguí la persecución activa día y noche con una Compañía y algunos de á caballo, creyendo que si no les daba alcance caerían de un momento á otro en poder de las distintas avanzadas que había ordenado apostar. En efecto, el enemigo pasó por varios de los puntos señalados, sin que en ellos se encontraran fuerzas del Gobierno por no haber cumplido mis instrucciones ni el General Arvelo, quien me dicen siguió para Valencia, ni el Coronel Pedro F. Rueda, quien se fué para Belén, lugar distante 14 leguas del punto de operaciones.

En "El Gengibre" mi persecución era tan activa que creí cayeran en mi poder de un momento á otro, pero desgraciadamente una fortísima lluvia trastornó un poco la marcha, circunstancia que aprovechó el enemigo para coger por veredas y por entre montañas intransitables ' vía que llevaban. Alcanzado de nuevo á inmediacio

de esta hacienda y á punto á capturarlos, cogieron el monte dejando los bagajes en mi poder. He regado desde ayer en esta hacienda, en sus inmediaciones y los lugares á que puedan dirigirse, todas las fuerzas de mi mando, esperando que de hoy á mañana pueda tener la satisfacción de anunciarle su captura.

El número al cual se reducen estos facciosos, no pasa de quince, por haber dejado todas sus fuerzas dispersas con la persecución activa que les hice; y tengo casi la seguridad que para estas horas no hay dos reunidos.

El General Dávila con dos Compañías, se incorporó ayer tarde á mis fuerzas.

Su afectísimo amigo,

J. V. Gómez.

Telégrafo Nacional.—Caracas: 8 de enero de 1902.

General J. V. Gómez.

Donde esté.

Acabo de recibir su parte fechado hoy en El Viento. Creo que pronto estarán en su poder esos traidores y al efecto no debe usted retirarse de allí, pues con los recursos de su asombrosa actividad, indefectiblemente han de ser capturados. Si necesita más fuerzas para cubrir convenientemente los puntos por donde puedan evadirse, pídalas á Carabobo, Cojedes ó Aragua. El resto de la República no tiene novedad. El Oriente en paz y hoy me he estado comunicando por telégrafo con Coro y San Cristóbal.

Lo abraza su amigo,

CIPRIANO CASTRO.

Telégrafo Nacional.—Villa de Cura: enero 25 de 1902.

Para General Castro.

Caracas.

Tuve el placer de recibir su telegrama de hoy.

Una vez más agradezco á usted á nombre de mis denodados compañeros y en el mío propio, sus honrosas felicitaciones, que se sirve presentarnos, por los buenos resultados de la campaña.

Los brillantes triunfos alcanzados en esta cruzada por el Ejército que he tenido la honra de comandar, no son nuestros, pertenecen á usted, y á la gloriosa Causa Liberal Restauradora, cuya estrella fortunosa no se eclipsará en el cielo político de nuestra Patria.

Su afectísimo amigo,

J. V. Gómez.

Telégrafo Nacional.—De El Tinaco: febrero 4 de 1902.

Para General Castro.

Caracas.

Por motivo de interrupción de la línea no había tenido el placer de dirigirme á usted.

En la creencia de verme obligado á practicar una importante operación, hice avanzar hoy á esta plaza la fuerza que dejé en Tinaquillo; pero no habiendo tenido lugar dicha operación, hago regresar mañana temprano cien (100) hombres á aquella ciudad á mando del General Secundino Torres, pues este número de fuerza es más que suficiente para resguardar aquella plaza.

Hoy recibí dos comisionados del General J

Montenegro, y convinimos en que Montenegro abrirá operaciones mañana mismo, en debida forma con fuerzas del Estado, sobre las dos facciones de Loreto Lima y Santiago Sánchez, los cuales, según asegura el mismo Montenegro, no pasan de sesenta (60) hombres, ambas.

La plaza de San Carlos queda con cien (100) hombres del Estado, y yo quedo aquí con resto de mi fuerza, deducidos los cien hombres que pasan á Tinaquillo.

Lo saluda su amigo,

J. V. GÓMEZ.

Telégrafo Nacional.—De El Tinaco: febrero 7 de 1902.

Para General Castro.

Caracas.

Habiendo tenido conocimiento de que Loreto Lima se encuentra en el hato de "El Totumo Berretero" con un grupo de facciosos, he resuelto salir ahora en su persecución con el Batallón "Victoria," quedando en esta plaza el General Gutiérrez Méndez con el resto de fuerzas que monta á ciento cincuenta hombres y en Tinaquillo el General Secundino Torres con cien hombres.

Según participación que me hizo el General Julio Montenegro, ayer temprano fué derrotada la facción de Sánchez.

Así, pues, creo que en breves días quedará terminada la Revolución en este Estado.

Lo abraza su amigo,

J. V. GÓMEZ.

Telégrafo Nacional.—El Tinaco: 10 de febrero de 1902.
4 p. m.

Señor General Castro.

Con la mayor satisfacción participo á usted que acabo de recibir aviso de que en "Las Galeras," punto que dista diez leguas de esta plaza, fué capturado hoy en la mañana por parte de mi oficialidad, el General Luis Loreto Lima, el cual fué encontrado herido en un rancho y abandonado de todos sus compañeros. Esta tarde de cinco á seis llegará dicho prisionero á este campamento. Al hacer á usted esta participación, me atrevo á asegurar á usted que la paz tanto tiempo perturbada por este sempiterno faccioso en las pampas venezolanas, será de hoy en adelante un hecho incontrovertible.

También ha sido capturado el General Froilán Barreto.

Reciba usted mis abrazos y congratulaciones.

Su amigo,

J. V. Gómez.

Telégrafo Nacional.—El Tinaco: febrero 11 de 1902.

Para General Castro.

Caracas.

A las 6 p. m. fué traído á este campamento el faccioso Loreto Lima.

Mañana muy temprano salgo con el prisionero para Tinaquillo.

Cumpliré sus órdenes al llegar á Villa de Cura.

Su amigo,

J. V. Gómez.

Telégrafo Nacional.—De Tinaquillo, 12 de febrero de 1902.

Para General Castro.

Caracas.

A mi llegada á esta plaza recibí su telegrama de las 7 y 40 a. m. dirigido al Tinaco.

Quedo impuesto de todos sus pormenores.

Con la fe que acompaño á usted siempre en todas sus determinaciones, que es la misma que no me abandona desde que salí de esa Capital, al confiarme usted la Jefatura del Ejército Expedicionario, y con la mayor buena voluntad, prosigo la marcha mañana muy temprano hacia los pueblos de Bejuma y Montalban, en donde solicitaré al enemigo hasta darle alcance y vencerlo.

Descanse usted tranquilo General y amigo, que la protección de la Providencia no nos abandonará un solo momento.

Para Tocuyito sale mañana el General Secundino Torres, con fuerzas suficientes y llevándose al preso Loreto Lima.

Lo abraza su amigo,

J. V. Gómez.

Telégrafo Nacional.—Las 6 p. m. Tocuyito, febrero 18 de 1902.

Para General Castro.

Caracas.

Recibí su telegrama de hoy. Desde hoy temprano tán reconcentrados en este campamento los cuerpos

que envié á recorrer á Montalban, Canoabo, Chirgua y otros vecindarios en donde no se halló ningún enemigo, pues los infelices facciosos de Pinto y Mesa fueron destruídos con una sola descarga que les hizo las fuerzas del General Adolfo Torres.

Refiriéndome á lo que me indica usted sobre la incorporación del General Adolfo Torres, al resto del Batallón "Victoria" que está aquí, creo que, debiendo pasar este Batallón á Maracay, es mucho más cómodo que el expresado Torres, en vez de marchar á esta plaza, haga alto en Valencia al regresar de la persecución, para que, reunido allá al resto de fuerzas que le enviaré, siga luego á acantonarse en Maracay.

En telegrama que le dirigí en días pasados desde Villa de Cura, informé á usted que el General Gutiérrez Méndez, había pasado á ocupar la Secretaría General del Ejército, quedando como 1º y 2º Jefes del "Victoria" el General Adolfo Torres y el Coronel Vicente Alfonzo, respectivamente, y como usted indica que Gutiérrez Méndez y Torres pasen á Maracay, sírvase decirme si hay necesidad que Gutiérrez vuelva á ocupar su puésto de Primer Jefe ó si puede continuar conmigo como Secretario, quedando vigentes los nombramientos que hice en Torres y Alfonzo como Jefes del "Victoria".

Al resolver usted los puntos consultados, me pondré en marcha hacia esa Capital, siguiendo el itinerario indicado por usted.

Su amigo,

J. V. Gómez.



CORO

1902

Cable.—Coro: 25 de marzo de 1902.

General Castro.

Caracas.

Trascribímosle parte del General Luis Varela, fechado en Píritu de Yacuara que acabamos de recibir para usted.

«Anoche sorprendí al General Montilla en este punto con parte de mi Ejército, y después de dos horas y media de combate quedó destruido completamente, dejando en nuestro poder bestias, equipajes, armas, prisioneros, heridos y bajas de consideración. Por nuestra parte tenemos que lamentar heridas de Victoriano Valero y Marcelino Gil.

Irán detalles al recorrer campo.

Nuestro Ejército batióse denodadamente. Esos nuevos laureles son para usted, digno Jefe de la Causa Restauradora.

Su amigo,

Luis Varela."

Gómez.—Tellería.

Cable.—Coro: marzo 25 de 1902.

General Castro.

Riera apenas queda con 200 hombres en mal estado perseguido de cerca por fuerzas numerosas.

Su amigo,

GÓMEZ.

Cable.—Coro: 16 de abril de 1902.

General Castro.

Caracas.

Sabaneta, 15 de abril.

Hoy á las 8 de la mañana dí alcance á los Generales Riera y Peñaloza en la cuesta «Barrio Nuevo». Rotos les fuegos, trepó el enemigo la cumbre de la montaña Urucure y en esas formidables posiciones sostuvieron combate dos horas; pero coronada por mi fuerza la montaña, declaráronse en completa derrota, dispersándose por distintas vías. Toméles presos, armas, bagajes, etc; dejé encargado al General Roque de reconocer el campo y seguir inmediatamente persecución sin descanso, hasta este momento, doce de la noche en que remonto Estado Mayor y sigo. Todos colocáronse á la altura del deber.

Mis felicitaciones.

J. V. GÓMEZ.

Cable.—De Coro á Caracas, el 23 de abril de 1902.

General Castro.

Caracas.

Anoche á las 10 p. m. llegué á ésta, de la persecución emprendida, después del combate de Urucure. Riera con tres más llegó el 16 en la noche á Taratara; y desviándose, pasó el 17 en la mañana por Canire internándose en montañas de Curimagua, buscado por mí con interés en estos lugares.

Salióse el 18 en la noche, vía Cabudare, é internóse en Hueque, donde practiqué requisa.

Salióse de aquí el 20 con cuatro vaqueanos, abriendo picas por puntos intransitables y perdiéndose en esas inmensas selvas.

Para el caso de que de allí pueda salir, he organizado persecución con amigos de esos lugares.

Anoche mismo procedí á la reconcentración de todas las fuerzas que había despachado en persecución de los derrotados, las cuales estarán juntas aquí mañana.

La paz en este Estado es un hecho efectivo, dada la organización que dejé en la Sierra.

Espero sus órdenes.

Su amigo,

J. V. Gómez.

GENERAL JUAN VICENTE GOMEZ.

DELEGADO NACIONAL EN LOS ESTADOS FALCÓN, LARA, YARACUY, ZULIA, TRUJILLO, MÉRIDA Y TACHIRA.

A los habitantes del Estado Falcón

Enviado por el Ejecutivo Nacional al Occidente de la República con este alto cargo, el Estado que para entonces más atenciones reclamaba era Falcón, y así fué que el 20 de marzo desembarqué en La Vela y pasé á Coro.

La guerra, la odiosa guerra civil soplaba aún su hálito destructor en vuestras comarcas; la misión que yo debía cumplir, era pues, más que todo guerrera. Y los hechos han demostrado todos los frutos que produjo la actitud que asumí desde mi llegada, siempre secundado eficazmente por el General Arístides Tellería, Presidente Constitucional del Estado y los elementos más importantes de su Gobierno.

Una rápida campaña nos bastó para destruir un enemigo tan tenaz en sus propósitos como engreído por una ya larga vida de facción. Riera, Peñaloza y sus secuaces, sufrieron en Urucure la más desastrosa derrota que registra la historia de nuestras luchas intestinas. Y en ese campo memorable combatieron á mi lado y con mis oficiales andinos los valientes corianos, á la par de su fama y de su bravura clásica: pocos eran en número, pero los multiplicaba el entusiasmo de la lucha y el ansia del triunfo !

Soldados Corianos !

A vosotros corresponden los laureles de la victoria en aquella gloriosa jornada !

Al Gobierno el hacerla fecunda en bienes para la Patria, que son los más vehementes deseos de nuestro Invicto Jefe el General Castro !

Hijos de Falcón !

Me voy contento de vosotros ! y convencido de que en este pueblo no vegeta el espíritu de rebeldía; de que como honrado es amante de la paz y del trabajo y solo se arma para la defensa de toda Causa justa, de toda idea grandiosa. Sueño vano, ilusión pura era el prestigio con que contaban los revolucionarios urbanos, esos eternos enemigos de las virtudes y del orden, amamantados en el vicio y las pasiones que enervan, sin valor para compartir con el pobre recluta las durezas de la campaña.

Con mi palabra de despedida os envío la promesa de estar siempre al servicio de vuestros intereses, convencido como estoy de vuestro amor y entusiasmo por la Causa Liberal Restauradora.

Que sean felices vuestros hogares al amparo de nuestra bandera siempre victoriosa!

JUAN V. GÓMEZ.

Coro : abril 26 de 1902.



DISTRITO FEDERAL

1902

EL GENERAL JUAN VICENTE GOMEZ,

SEGUNDO VICEPRESIDENTE, ENCARGADO DE LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA,

Considerando:

Primero. Que el General Manuel Antonio Matos, Jefe de la actual Revolución, al hacerse cargo de las reclamaciones extranjeras contra la Nación, se ha constituido en reo de lesa Patria; y que en ese propósito no querrán seguirle muchos de aquellos á quienes ha comprometido en su plan de revuelta;

Segundo. Que el triunfo alcanzado en Tinaquillo sobre el General Luciano Mendoza, primer teniente del Jefe revolucionario, demuestra con toda evidencia lo incontrastable de las fuerzas del Gobierno, y es nuncio de sucesivas victorias;

Tercero. Que no es posible obtener éstas sin derramamiento de sangre, dolorosa necesidad que el G bierno quiere evitar á todo trance;

Cuarto. Que sería motivo de gloria para la Causa Liberal Restauradora restablecer la paz sin tener que continuar imponiéndola por el imperio de las armas;

Decreta:

Artículo 1º Se concede todo género de garantías á los revolucionarios en armas que en el término de cuarenta días, á contar de la publicación de este Decreto en la *Gaceta Oficial,* depongan su actitud subversiva ante las Autoridades Civiles ó Militares inmediatas á los lugares donde se encuentren, y hagan entrega de las armas y municiones que tengan en su poder.

§ único. Se exceptúan los individuos que se encuentren bajo la acción de los Tribunales por la comisión de delitos comunes.

Artículo 2º Este Decreto será comunicado inmediatamente á todas las Autoridades Civiles y Militares de la República para su más fiel y estricto cumplimiento.

Artículo 3º Quedan encargados de la ejecución del presente Decreto los Ministros de Relaciones Interiores y de Guerra y Marina.

Dado, firmado, sellado con el Sello del Ejecutivo Federal y refrendado por los Ministros del Despacho y el Gobernador del Distrito Federal, en el Palacio Federal, en Caracas, á 11 de setiembre de 1902.– Año 92º de la Independencia y 44º de la Federación.

(L. S.)

J. V. GÓMEZ.

Refrendado.

El Ministro de Relaciones Interiores y Encargado del Ministerio de Relaciones Exteriores,

(L. S.)

R. López Baralt.

Refrendado.

El Ministro de Hacienda y Crédito Público,

(L. S.)

R. Tello Mendoza.

Refrendado.

El Director de Marina, Estadística y Contabilidad, Encargado del Ministerio de Guerra y Marina,

(L. S.)

M. V. Castro Zavala.

Refrendado.

El Ministro de Fomento,

(L. S.)

Arnaldo Morales.

Refrendado.

El Ministro de Obras Públicas,

(L. S.)

Rafael M. Carabaño.

Refrendado.

El Ministro de Instrucción Pública,

(L. S.)

R. Monserrate.

Refrendado.

El Gobernador del Distrito Federal,

(L. S.)

J. C. de Castro.

EL GENERAL JUAN VICENTE GOMEZ,

SEGUNDO VICEPRESIDENTE ENCARGADO DE LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA,

A los Venezolanos

Compatriotas!

Los triunfos alcanzados por el Gobierno sobre la Revolución acaudillada por el General Manuel Antonio Matos, y la reciente derrota dada en Tinaquillo á todas las fuerzas facciosas, comandadas por el General Luciano Mendoza, han comprobado una vez más el vigor incontrastable de la Gran Causa Liberal Restauradora.

Al influjo decisivo de esas victorias de las armas nacionales, el núcleo mismo dirigido personalmente por el General Manuel Antonio Matos, se disuelve sin pelear, dentro de sus protectores atrincheramientos de Altagracia de Orituco, devorado por la más completa anarquía, y por el convencimiento de su segura é inevitable derrota final.

La orden de marcha sobre él bastará para aniquilarlo por completo, y nadie, absolutamente nadie, por insensato que sea, podrá ya conservar esperanzas en el éxito de una Revolución que al través de nueve meses, pierde diariamente lo que había sabido conquistar por la sorpresa, y después no supo conservar por la fe, la energía, y la alteza de miras políticas, y de convicciones patrióticas, que forman la virtualidad de las Causas y de los Partidos llamados á vivir únicamente en la conciencia pública.

Los alzados contra las Instituciones y Leyes de la epública, emanadas del esfuerzo de la voluntad popu-

lar por levantar la Causa Liberal Restauradora, sobre los escombros de un pasado en donde la fe ha brillado apenas como luciérnaga en la oscuridad de la noche en que han estado sumidas todas las creencias del País, en punto de hombres y de cosas existentes en él; la energía, no ha sido más que la violencia inconsulta de las guerras civiles, y rara vez, el ejercicio del derecho ciudadano por los medios y trámites que pauta la Ley; la alteza de miras políticas, desenfrenada ambición personal; y las convicciones patrióticas, letra muerta, aunque nunca olvidada en el repetido vocabulario de las Revoluciones sin bandera; los alzados contra ese esfuerzo nobilísimo del Pueblo venezolano, repito, vinculado en los ideales que defiende la Causa Liberal Restauradara, están llamados á desaparecer, y desaparecen ya envueltos en las sombras de ese luctuoso pasado, al cual pertenecen.

Ha llegado, pues, el gran momento de la magnanimidad, nobilísimo sentimiento que ha inspirado siempre las prácticas del Partido Liberal en todas las épocas de su vida, caracterizado sus principios, y coronado sus mayores y más trascendentales triunfos; y consecuente el Gobierno Nacional con los recuerdos y enseñanzas de esa historia, é inspirado además en los nunca bien ponderados generosos procedimientos del Invicto Jefe de la Causa Liberal Restauradora, el General Cipriano Castro, abre hoy los brazos del perdón y del olvido, á todos los venezolanos que sin haberse manchado con el infamante delito de traición á la Patria, han tomado únicamente armas contra las Instituciones de la República.

A virtud de todas las consideraciones expuestas, el Decreto de Garantías expedido con fecha de hoy por

Ejecutivo Nacional, lo acogerá patrióticamente, sin duda, la mayoría de los que aún continúan guerreando, prefiriendo así, colaborar en la salvación de Venezuela, á perdurar en su propósito, que la arruina en el interior, la desacredita en el exterior, y la lleva á punto de ser vendida, como el Cristo de la Redención, en los mercados extranjeros, por unas miserables monedas.

Venezolanos:

Una dolorosa y larga experiencia nos ha evidenciado lo infecundo de las guerras civiles. Pongamos término á ésta que hoy devasta la República, y tiende á humillar la Soberanía Nacional; pues ya es sobrado el tiempo para sustituir esas prácticas de fuerza y de violencia, por los procedimientos de la justicia y del derecho, para lo cual el General Cipriano Castro hace hoy por mi órgano un llamamiento á todos los venezolanos, que sin odios y sin prevenciones de ningún género, atentos solamente al peligro que está corriendo la Patria de desaparecer como Nación libre é independiente, quieran colaborar con él en la magna obra de la pacificación, sin lo cual es imposible impedir tan gran desastre.

Vosotros los que aún continuáis en rebeldía contra el Gobierno, entrad, confiados en su palabra, á la vida de las garantías individuales. Él olvidará voluntariamente la guerra que le habéis hecho; pero será inflexible en el castigo de vuestro error, si continuáis colaborando en el crimen de lesa Patria de que se ha hecho reo el General Manuel Antonio Matos.

Caracas: 11 de setiembre de 1902.

J. V. Gómez.

Estados Unidos de Venezuela.—Telégrafo Nacional.—De Caracas el 14 de setiembre de 1902.—Las 9 hs. 20 ms. p. m.

Para señor M. I. Leicibabaza.

Recibido.

Para que juzgue como quedó el traidor Alfonzo, lea el parte que me dan los Ayudantes del Batallón "Gómez:

"Los Teques, 14 de setiembre de 1902.—Las 7 p. m.

Para General Juan V. Gómez.

Tenemos el honor de participar á usted los últimos detalles del triunfo obtenido sobre el faccioso General Ramón Alfonzo. Se le tomaron cincuenta y seis (56) maussers, dos (2) winchesters, cuatro (4) mosquetones, tres mil (3000) tiros, y noventa y cinco (95) bajas entre muertos y heridos, encontrándose entre estos últimos, los importantes Generales Algimiro Conde, Sebastián Carmona y su hijo; muertos: Coronel Ramón Peña, Comandante Ramón Ávila; heridos graves: General Lucas Pacheco, Capitán José Chávez; dos (2) prisioneros, cinco (5) pabellones, siete (7) bagajes, y la mula del General Alfonzo. De nuestra parte: siete (7) muertos de tropa y veinte y dos (22) heridos; entre éstos tenemos que lamentar la herida del valeroso Coronel Teófilo Angulo y la del Capitán Rosario Parra.—Dios y Federación.—*Abel Guerra.—Alejandro Martínez.*"

Su amigo,

J. V. Gómez.

Telégrafo Nacional.—De San Juan: 28 de setiembre de 1902.—Las 3 y 40 ms. p. m.

Señor General Juan V. Gómez.

Me comunica el General Garrido desde Ortiz, que la dispersión del enemigo fué casi absoluta; que en la derrota de Mendoza, Riera, etc., etc., en Las Flores, el enemigo fué interceptado, quedando hacia la vía del Caliche y Canuto los Generales Maduro y Pedro Conde con la retaguardia; que éstos salieron ayer á Ortiz en momentos en que nuestra vanguardia también llegaba, habiendo sido dispersados después de un ligero tiroteo; que entre los heridos llevan de gravedad al General Azuaje de Barquisimeto y otros tantos cuyos nombres ignora; que por nuestra parte tan sólo tuvimos cuatro muertos y 25 heridos, entre los cuales se encuentran los Generales Roble y Corona, y el Coronel Esteban Díaz.

Me prometo, pues, que en pocos días habremos terminado con esta guerra desoladora que tiene agotados y asolados nuestros pueblos.

Lo felicita de nuevo y saluda

Su amigo,

CIPRIANO CASTRO.

EL GENERAL JUAN VICENTE GOMEZ,

SEGUNDO VICEPRESIDENTE, ENCARGADO DE LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA,

Decreta:

Art. 1º Haciendo uso de la facultad constitucional establecida en la atribución 21ª del artículo 89 de la

Constitución Nacional, y por razones de orden público, se trasladará transitoriamente el Poder Ejecutivo al Distrito Guaicaipuro, del Estado Miranda.

Art. 2º Los Ministros del Despacho quedan encargados de la ejecución de este Decreto.

Dado, firmado, sellado con el sello del Ejecutivo Nacional y refrendado por los Ministros del Despacho Ejecutivo, en el Capitolio de Caracas, á 13 de octubre de 1902.—Año 92º de la Independencia y 44º de la Federación.

(L. S.)

J. V. GÓMEZ.

Refrendado.

El Ministro de Relaciones Interiores y Encargado del Ministerio de Relaciones Exteriores,

(L. S.)

R. LÓPEZ BARALT.

Refrendado.

El Ministro de Hacienda y Crédito Público,

(L. S.)

R. TELLO MENDOZA.

Refrendado.

El Ministro de Guerra y Marina,

(L. S.)

JOAQUÍN GARRIDO.

Refrendado.

El Ministro de Fomento,

(L. S.)

ARNALDO MORALES.

Refrendado.

El Ministro de Obras Públicas,

(L. S.)

RAFAEL M. CARABAÑO.

Refrendado.

El Ministro de Instrucción Pública,

(L. S.)

R. MONSERRATTE.





ARAGUA

1902

Estados Unidos de Venezuela.—Ejército Liberal Restaurador.—Jefatura de Estado Superior General.—Cuartel General en Caracas: 12 de noviembre de 1902.—92º y 44º

Ciudadano General Cipriano Castro, Presidente Constitucional de la República en Campaña y Comandante en Jefe de sus Ejércitos.

Es hoy cuando atenciones de inmediata urgencia, relacionadas con el servicio del Ejército y de la campaña misma, me permiten dar á usted en mi carácter de Jefe de Estado Superior General, el parte detallado de las brillantes acciones de armas libradas bajo su experta dirección en los históricos campos de La Victoria y San Mateo.

Á fin de precisar mejor los pormenores y circunstancias importantes de esa parte de la gloriosa campaña mprendida por usted el 5 de julio, dividiré esta rela-

ción en tres secciones, á saber: Primera: Movimientos de las tropas conforme á los avisos de nuestros cuerpos de observación sobre el enemigo. Segundo: Determinación y ocupación de nuestra línea de batalla. Y Tercera: Etapas de la gran jornada.

I

Después de los combates de «Flores» y «Mal Paso» contra el núcleo faccioso de Occidente–3.000 hombres más ó menos–comandados por los Generales Luciano Mendoza, Gregorio S. Riera y Amábile Solagnie, quienes desalojados de aquellas fuertes posiciones, lograron ganar al favor de la noche las vías del Guárico hacia San Sebastián,–dispuso usted la contramarcha del Ejército; pensando muy juiciosamente que, una vez reconcentrada las numerosas fuerzas en aquel punto–donde á la sazón vivaqueaba ya la vanguardia del señor Matos–sus Generales las moverían hacia Caracas, tal como allí lo indicaban claramente ciertos principios elementales de la guerra.

En tres días de forzadas marchas, nuestras Divisiones acamparon en la zona estratégica indicada por usted, desde Los Teques y «San Diego» pasando por «El Carrizal,» hasta «El Prado» y «El Guayabo,» con fuertes columnas avanzadas sobre algunas otras posiciones de las vías que pudiera traer el enemigo. En el campamento de cada División hizo usted montar una Oficina Telegráfica para la comunicación instantánea con el Cuartel General.

Así las cosas, la noche del 4 de octubre recibió us-

ted autorizados avisos de que los cuerpos enemigos reconcentrados en San Sebastián, venían todos marchando hacia Villa de Cura, en cuyas inmediaciones acampaba ya la vanguardia. Acto continuo dió usted orden de poner el Ejército en disposición de marcha, y previno también que el Doctor y General Leopoldo Baptista pasara á ocupar Los Teques y «Las Canales,» con la División á sus inmediatas órdenes; y que el General y Doctor R. González Pacheco, con los Batallones «5 de Julio» y «Páez,» al mando inmediato del General Eulogio Moros, el Batallón del General Eduardo Mendoza y una pieza de artillería, se mantuviera hasta nueva determinación en las mismas posiciones que entonces ocupaba.

El día 5 salimos de nuestros respectivos campamentos vía de Los Teques, «San Pedro» y «Las Lajas,» y el 6 entramos en La Victoria.

II

Confirmados y verificados los informes sobre la presencia de todo el Ejército enemigo desde Villa de Cura hasta San Juan de los Morros, procedió usted á estudiar y fijar la línea que debía ocupar nuestro Ejército para una batalla campal decisiva.

Hé aquí el orden de las primeras disposiciones de usted en tal sentido:

El General Emilio Rivas con su Batallón y una pieza de artillería al mando del Comandante Balmores Chirinos, pasó á situarse en las primeras alturas de «El Calvario;»

En «La Calera» y colinas inmediatas hacia el Noroeste, tomaron posiciones los Generales Modesto Castro y M. S. Araujo con la 3ª y 2ª División del 1er Cuerpo;

Seguidamente, por la línea del Ferrocarril y sobre el cerro de «El Zamuro» hasta «El Portachuelo,» acampó la 1ª División del 1er Cuerpo, regida por el General J. B. Bravo Cañizales;

La defensa del cerro de «El Cují» se confió á la 1ª División del 3er. Cuerpo, bajo la dirección del General Miguel V. Ponce, con una sección de artillería á las órdenes del General Rufo Nieves.

En la prolongación oblícua de esta línea, hacia la altura de "La Palma" y á vanguardia de la 3ª División del 3er. Cuerpo comandado por el General Régulo L. Olivares, se situaron un Batallón y una Columna Sagrada de las fuerzas del General Alcántara, á las inmediatas órdenes del General Adolfo Torres, con la pieza de artillería del Coronel Miguel A. Falcón. Las fuerzas de los Generales Olivares y Pino cubrían todo el frente del camino de "Zuata" y de la Hacienda "San José."

Por la línea del Ferrocarril hasta la Hacienda de "Túcua" se tendió el General Ovidio Pérez Bustamante con la Guardia de Honor y el General J. A. Chirinos con su Batallón;

Y por el frente de la Hacienda "La Quebrada" hasta "La Concepción" y demás puntos estratégicos inmediatos sobre la carretera de San Mateo, se desplegó el General Pedro Mª Cárdenas con la División Táchira.

El aguerrido Batallón "Castro," y el 1º de Línea,

la División "Lara-Yaracuy," la Columna "Granaderos" y cuatro compañías de tropas aragüeñas constituían el Cuerpo de Reserva.

III

Mientras tanto, numerosas columnas enemigas avanzaban por los cerros de "El Toro," fila de "Los Naranjos" y caminos de "El Pao," para caer por allí simultáneamente sobre las alturas de "La Palma," fila de "Guacamaya" y la cuesta de "Las Mulas."

El Cuerpo de observación que usted había mandado destacar sobre este último punto hasta "Casupito," rompió sus fuegos el 11 contra las avanzadas enemigas, y allí se mantuvo hasta la mañana del 12, que la proximidad del enemigo por los puntos arriba indicados y la marcha de otros Cuerpos por la carretera hasta Cagua, le indicaron la necesidad de replegar sobre nuestra línea, movimiento que efectuó en correcto orden marcial, tiro á tiro con las montoneras que pensaron hacer presa de aquel puñado de valientes, mandados por el General Francisco E. Rangel y el Coronel Francisco Sandoval, quienes, habiendo pasado por San Mateo, se encontraron con usted á las 4 p. m. entre "La Quebrada" y "La Concepción," donde usted les determinó los puntos que debían ocupar provisionalmente.

Con nuevos y más precisos datos acerca del número total del enemigo—algo más de 12.000 hombres—y de cómo venía marchando por su flanco izquierdo de Cagua para acá, aquella misma tarde tuvo usted por conveniente ensanchar los términos Norte y Noreste de nuestra línea,

y en consecuencia, dispuso que inmediatamente saliera el Doctor A. Carnevali Monreal á situar convenientemente el Batallón "Castro" en las lejanas alturas que caen sobre "Sabaneta," "Carrizalito" y "Maletero," y que el General Rangel y el Coronel Sandoval con las tropas aragüeñas á sus órdenes, subiesen al amanecer del 13 hasta "Los Araguatos," donde ocuparía posiciones.

Informado usted por el Doctor Carnevali Monreal de que el Batallón "Castro" apenas podía cubrir débilmente todos los puntos de indispensable ocupación, resolvió verificar por sí mismo la importancia de aquellas posiciones; y al efecto, con las primeras luces del día siguiente remontó usted la difícil altura. Y en seguida dió orden de que el Batallón "Ayacucho," al mando del General J. Chiquinquirá Cárdenas, fuese á reforzar el "Castro."

Luego dispuso también que el Coronel Gumersindo Parada con la Columna "Granaderos" marchara á robustecer nuestra línea de "Túcua" hacia la "Concepción," y que los Generales Joaquín Corona, Antonio Heredia, Florencio Giménez Loyo, F. Reyes, Benicio A. Giménez, desplegaran la División "Lara–Yaracuy" desde las alturas de "El Cují" hasta "El Guaratarо." En aquellos mismos momentos, el Coronel Sandoval, á la cabeza de 25 soldados se llevaba de pechos una columna de 100 hombres enemigos que le salieron al encuentro, ya sobre la ventajosa posición de "Los Araguatos." Allí corrió la primera sangre, poca de algunos heridos nuestros y mucha de los facciosos muertos y heridos. Allí plantó el Coronel Sandoval la bandera amarilla, de donde nadie

volvió á moverla sino para guiar á los soldados del derecho tras los fugitivos conspiradores contra la paz y el bienestar de Venezuela.

De nueve y media á diez del propio día un Ayudante del Coronel Sarmiento, Jefe del Batallón "Castro," trajo al Cuartel General el aviso de que los nuestros se batían yá en las alturas de "El Calvario" con varios Cuerpos enemigos. De allí á poco, el ruido de las descargas llegaba hasta la ciudad como prolongado trueno de tempestad inmediata.

En el acto montó usted á caballo, recorrió aquellos otros puntos de la línea por donde más probablemente podía el enemigo atacar de un momento á otro, dictó las órdenes convenientes y partió á rienda suelta hacia las extremas alturas de "El Calvario." Era la una de la tarde.

La estrella de usted, el destino de la Causa, la Providencia de los Pueblos, quisieron que usted llegara precisamente en el instante crítico, gravemente crítico del lance. El enemigo, infinitamente superior en número, estaba ya casi sobre nuestros puntos avanzados. Ya casi nos arrollaba irremediablemente echando una masa de hombres sobre cada guerrilla nuestra. El Coronel Sarmiento hacía prodigios de bravura en un choque cuerpo á cuerpo, blandiendo vertiginosamente su sable ensangrentado. Las compañías del "Ayacucho," animadas por su Jefe el intrépido General Cárdenas, unas resistían á pie firme, otras aventuraban cargas con heróico aliento.

Con su admirable percepción guerrera apareció usted rápidamente en la inminencia del peligro. Allí se ju-

gaba la suerte de la gran batalla. Perdidas aquellas posiciones, La Victoria pasaría á ser desde luego más del enemigo que nuestra. Era, pues, absolutamente indispensable poner lo extraordinario, lo egregio, lo sobrehumano mismo en actividad magnífica contra aquella abrumadora fatalidad del número. Su alta gerarquía militar y política, la preciosa necesidad de su existencia, mandada resguardar hasta por un precepto capital de las leyes de la guerra, todo lo subordinó usted en aquel trance al empeño primordial y trascendentalísimo de uncir á su carro la victoria. Y entró resueltamente en la zona del peligro, como si no estuviese allí la Muerte templando con sus alas aquella atmósfera de fuego. Á la enérgica y conocida voz de usted, se reorganizan los dispersos, las guerrillas replegadas lánzanse á restablecer su primitiva línea de combate, y todos, todos, al ver que usted envaina la espada y toma un mausser para disparar con pulso firme y calculada intención sobre los pelotones enemigos, precipítanse á la carga en soberbia acometida. Por entrar de los primeros cayó allí al lado de usted, gloriosamente herido, el joven Presidente de Aragua, General Francisco Linares Alcántara; y el pundonoroso General Daniel F. Osío, perdió la vida en un avance temerario, que hace honor á su memoria.

El Auditor de Guerra del Ejército, Doctor Pedro Vicente Mijares, el Comisario General de Guerra, General Simón Bello, los Generales Pedro P. Rodríguez, Clemente N. González, T. Morales Rocha y Jesús Parra, y los Edecanes Coroneles Miguel Uzcátegui, Pilar Parra, Luis Otalora, Alberto Peraza y Gregorio Méndez, estu

vieron también cerca de usted en aquellas inolvidables horas de conflicto.

De seis á siete p. m., el enemigo, rechazado, envuelto, barrido á fuego y plomo por nuestros insignes soldados, hizo grandes esfuerzos por retirarse en orden, pero aquéllos no le daban tregua y tuvo que declararse en derrota. Nuestro Batallón 1º de Línea, que manda el General J. M. Díaz, y la pieza de artillería del Comandante Chirinos, consumaron el desastre, precipitando y haciendo aún más irremediables el pánico y la dispersión.

De los 3.000 y más hombres que allí trajeron los Generales Rolando, Guevara, Pérez Crespo y Palacios, apenas regresaron á su campamento algunas partidas. Lo demás, parte quedó tendida en el campo, y parte se fue despavorida por las abras de los cerros para no volver más nunca.

Y lo que quedó de las fuerzas de los traidores Pérez Crespo y Palacios, se nos incorporó con armas, municiones y banderas al pronunciarse la derrota. El último de aquellos menguados se redimió allí con la muerte de la carga de su ignominia. El otro, huye desde entonces, escondiéndosele á Dios, á los hombres y á su sombra.

Muy cerca de 300 maussers, algunos miles de cápsulas, cornetas, tambores, bestias aperadas, banderas y prisioneros dejó el enemigo en nuestro poder. De nuestras bajas, que fueron considerables, daré á usted cuenta en el cómputo general correspondiente.

Al regresar usted á la ciudad entre siete y media y ocho de la noche, la multitud que le esperaba anhelante

prorrumpió en víctores y aclamaciones entusiastas al HÉROE VENCEDOR, JAMÁS VENCIDO!

Mientras usted realizaba aquella inaudita proeza, el General Rangel y el Coronel Sandoval sostenían un recio combate en la cima de "Los Araguatos" y colinas que caen á "Sabaneta." Reforzados oportunamente por el Batallón "Zamora," cargaron vigorosamente hasta el río y quedaron dueños del campo. Allá también sufrió el enemigo numerosas bajas, y abandonó heridos, armas, municiones, ganado y bestias.

En la tarde del propio día se nos incorporaron los Generales Juan Vicente Gómez y Leopoldo Baptista, con la División "Trujillo," los Batallones "Gómez" y "Mendoza" (General Eduardo), y una sección de artillería.

El 14 amaneció el enemigo frente á todas nuestras posiciones en las alturas de "La Palma," "Guacamaya" y "Zuata"; por la carretera de San Mateo hasta "La Cumaca" y desde allí hasta las alturas de "Pipe" y de "El Zamuro," en una doble é inexpugnable línea.

Al apreciar usted aquellos y los demás probables movimientos consiguientes, dispuso que el General Baptista con la División "Trujillo" y una pieza de artillería, tomara inmediatamente el mando de nuestras posiciones en toda la extensión de las alturas desde "La Concepción" hasta "Pipe"; y más tarde tuvo á bien que el General Rangel y Coronel Sandoval vinieran á reforzar nuestra línea por el camino de "Zuata."

En las primeras horas de la mañana subió el General Gómez al campamento de los Batallones "Castro" y "Ayacucho," y con rápidos movimientos y un certe fuego de artillería, diezmó y dispersó una columna e

miga que se dejó ver por la falda de la hacienda "Silvita."

Nuestras avanzadas sostuvieron todo aquel día un recio tiroteo. Los cañones montados en línea dispararon también constantemente y con satisfactoria precisión sobre todos los puntos á su alcance.

Á las cuatro y media de la mañana del 15, el enemigo asaltó nuestras posiciones de la altura de "Machango,"–hoy llamada "Topo de los Muertos," por el gran número de víctimas de ambas partes que quedaron insepultas allí, á causa de la recia brega que á poco más de doscientos metros se sostuvo sin reposo durante cinco días. Nuestra avanzada se dejó sorprender, y aunque se batió desesperadamente mientras le quedó un solo oficial en pie, perdimos aquella importante posición y una pieza de artillería, bien que inutilizada ésta por su Jefe el Coronel Falcón, á quien inicuamente hicieron pagar con la vida aquel acto de militar pundonoroso.

Informado usted inmediatamente de lo ocurrido, mandó salir el Batallón "Gómez" á pasitrote, en apoyo del General Olivares. El General Torres defendía esforzadamente la altura inmediata, pero cuando el insigne Batallón entró jadeante en la línea de fuego, ya íbamos á ser desalojados por más de 600 hombres que cargaban reciamente. El "Gómez" cargó á su vez con ímpetu irresistible y fue desde luego en aquel punto muralla infranqueable á todo intento del enemigo. Rodilla en tierra ó tendido contra el suelo, sus disparos hacían raya en el otro campo. De allá también lo dañaban á él con tiros á blanco fijo, y era tal su situación que sólo de noche podía recibir provisiones, retirar los heridos y enterrar los muertos. Del 13 al 17 tuvo 96 bajas.

El "23 de Mayo," mandado por el General J. A. Villegas, de la 1ª División del 1er. Cuerpo, marchó detrás del "Gómez," á reforzar la propia línea.

Al romper el día se nos generalizó el ataque por todos los puntos convergentes en las vías de "San José" y "Zuata," y contra "El Cují" y "El Zamuro." Fuerzas al mando del General Juan Quintana y otros, acercáronse por las faldas de "La Palma" y dirigieron sus fuegos á las alturas de "El Cují" y colinas adyacentes; mientras los Generales Gregorio S. Riera, Amábile Solagnie y Felipe Sierra, con tres Divisiones y un Cuerpo Sagrado, avanzaban por entre la hacienda "La Chapa" de frente hacia el Portachuelo y "El Zamuro," y de flanco hacia "El Cují."

Nuestros soldados los dejaron acercarse hasta medio tiro de mausser. Llegado el momento, los fuegos de toda nuestra línea, tan vigorosos y sostenidos que casi no ofrecían solución de continuidad en el tiempo de las descargas, envolvieron súbitamente al enemigo en un huracán de plomo. Nuestra artillería tampoco daba tregua á sus disparos.

Tres horas duró aquel duelo. Las columnas facciosas llegaron hasta cien metros de nuestras posiciones, pero allí mordieron el polvo y dieron la espalda para no volver á tomar aliento sino cuando, mermadas y dispersas, lograron ganar las mismas alturas por donde habían venido. Los cafetales y potreros de "La Chapa" quedaron cubiertos de cadáveres y heridos, cuyas armas y municiones ingresaron en nuestro parque. Entre los primeros fueron reconocidos el General Felipe Sierra y varios oficiales subalternos.

Nosotros sufrimos allí una dolorosa pérdida, la del General Miguel V. Ponce, cuya noble y heroica existencia se extinguió con los últimos disparos enemigos sobre las posiciones que brillantemente había él defendido.

Hacia el «Topo de los Muertos» y por los lados de San José, Zuata y Túcua se continuaba peleando encarnizadamente. El enemigo se venía en columnas sucesivas sobre nuestras posiciones, pero consecutivamente tenía que replegar desordenado y maltrecho.

Por «La Concepción» y «La Quebrada,» puntos inmediatos al Cuartel General del enemigo, éste no había hecho hasta las 10 a. m. sino amagos de mediana intensidad. Preparaba las cargas que luego formalizó con sostenido arrojo. Advertido esto por usted, mandó venir el Batallón «Zamora,» y que el 1º de Línea esperara órdenes en disposición de marcha, proponiéndose usted hacer uso de fuerzas regulares en cualquier caso de necesidad por el centro. Entraba por la Plaza Rivas el «Zamora,» cuando de parte de usted se le ordenó dirigirse á donde más arreciaba la pelea; y entonces su Jefe, el bravo General Figuera, como si aquella fuese orden de parada, mandó desplegar banderas y al toque de marcha redoblada, contramarchó brillantemente hasta formar filas en batalla bajo los fuegos enemigos.

Estos eran allá vivos, crecientes, intensos. Se hacía esfuerzos inauditos por arrollarnos. Se nos venían encima por Batallones con arranques dignos de noble ...eto. Atento usted á las peripecias posibles de aque... lucha, ordenó al General Araujo marchar á ponerse

al frente de la línea con su División, y que á retaguardia de ésta formara el General Emilio Rivas con la tropa veterana de su mando. El General Araujo cargó personalmente de tal suerte que, salido mucho más allá de nuestras posiciones, estuvo á punto de ser hecho prisionero por fuerzas superiores que auxiliaban á los que él había arrollado. Pero á él también le llegaron oportunos auxilios, de su propia División y del General Rivas, con los cuales siguió cargando y desalojó al enemigo de la casa en que se había apoyado todo el día, tomándole unos cuantos prisioneros, entre oficiales y tropa, del Ejército de Oriente.

El joven General Carmelo Castro, Jefe del Batallón «Urdaneta,» fue de nuestros primeros heridos de aquel día, al cargar él con el brío que le es ingénito.

Los Generales Baptista y Mendoza contribuyeron también eficazmente al éxito de nuestras armas en aquellas largas horas de sangriento combatir: el primero bajó con parte de sus fuerzas y la pieza de artillería, manejada ésta á veces por él mismo, á veces por el General Julio Zavarse, hasta un punto desde el cual pudo dirigir contra el enemigo fuegos de flanco muy oportunos y eficaces; y el otro, al frente de su Batallón, se batió á pie firme con notable bizarría.

Las primeras horas de la noche fueron también las de tregua. Sólo el intermitente tiroteo de las avanzadas perturbó después el silencio en toda la extensión del campo de batalla. Usted recorrió la línea del centro antes de anochecer, y para dar algún reposo á los Batallones más fatigados, hizo avanzar y situó estratégicamente el 1º de Línea, y el «Barcelona,» de la División del General Bravo Cañizales.

Las pérdidas del enemigo en esta jornada, según informes de los prisioneros, no sumaron menos de 600 muertos y otros tantos heridos.

Con sólo los maussers enemigos recogidos por el General P. M. Cárdenas al recorrer el campo, sustituyó íntegramente los simples de un Batallón de los suyos, con maussers de repetición.

El 16 iba trascurriendo entre escaramusas más ó menos sostenidas así en los flancos como en el centro; pero á las cuatro de tarde, justamente cuando la locomotora de un tren cargado de municiones anunciaba estrepitosamente su arribo triunfal á nuestro campamento, un fuego súbito y cerrado, bajo la lluvia torrencial que caía á la sazón, se abrió por la carretera de San Mateo y de allí hasta «Túcua.» Al favor de la niebla que precedió á la lluvia, el enemigo había hecho avanzar varios Cuerpos sobre nuestra línea, y nos rompió los fuegos casi á quema ropa. Pero ni aquello le valió para ganarnos un palmo de terreno. Cargó y volvió á cargar por espacio de dos horas, siempre con resultados desastrosos. De los Batallones «Cerro Negro» y «Vengador,» no se salvó más de una compañía de cada uno. Los Generales Araujo, entrambos Cárdenas, Sandoval, Mendoza, Rivas, Pérez Bustamante, Victoriano Giménez y el Coronel Gumersindo Parada, se exhibieron en sus puestos respectivos á la altura del momento; y el General Baptista protegió también, desde los puntos que escogió exprofeso, la costosa integridad de nuestra línea.

La lucha del 17 sólo tuvo un episodio interesante. Limitada al incesante fuego de nuestra artillería y á

choques de poca duración en las avanzadas, á eso de las 11 llamó la atención general del campamento un repentino fuego de carga hacia el «Topo de los Muertos.» Y fue que el General Adolfo Torres, que venía tascando el freno desde la pérdida de aquella posición, intentó recuperarla con un acto temerario, aprovechando la reñida ocupación de una importante altura inmediata, por el General Abel Parada de orden del General Olivares. Tomó una guerrilla de su tropa y otra del Batallón «Gómez,» al mando ésta del bizarro Coronel Abel Guerra, segundo Jefe de dicho Batallón, y se lanzó contra la altura enemiga, armas en balanza y á pecho limpio. El Ejército y los habitantes de la ciudad fueron testigos de aquel lance extraordinario. Desplegados en frágil línea, los nuestros avanzaron rápidamente, y todos vimos por entre la humareda, cómo caía y volvía á alzarse el pabellón amarillo, ya sobre la colina fulminante. El choque allí ya era cuerpo á cuerpo, hasta que reducidos á seis los compañeros del General Torres y del Coronel Guerra (todos los demás habían muerto), no les quedó más remedio que hacerse un palio de su bandera y aspirar al milagro de volver salvos al punto de partida. Defendiéndose paso á paso replegaron por la falda, donde al fin se ampararon de un declive que les permitió tomar aliento y esperar allí la noche.

Á las seis de la mañana del 18, tuve la satisfacción de comunicar á usted que el enemigo había huído de todas sus posiciones, á nuestra izquierda, desde los cerros de «Guacamaya» hasta la «Cuesta de las Mulas.»

En el «Topo de los Muertos» lo abandonaron todo: ciento y pico de maussers y varios remingtons Lees, cinco mil cápsulas, ocho banderas, tres monturas y nueve bestias ensilladas; lo cual hace presumir que el Cuerpo situado allí remedió con su dispersión y fuga la posibilidad de otro ataque como el del día anterior.

En buena tesis militar, aquel abandono de posiciones importantes, las únicas que dominaban con positivas ventajas nuestro campamento, se parecía mucho á una derrota, ó cuando menos, á una desastrosa retirada. De todos modos constituía un triunfo evidente de nuestras armas. Así lo apreció usted con abundancia de razones manifiestas.

Desde aquel mismo instante comenzó usted á dictar providencias para tomar inmediatamente la ofensiva. Los Generales Araujo, Cárdenas y Rivas recibieron órdenes de avanzar por el centro y probar la resistencia del enemigo. Un solo empuje bastó para desalojarlo de sus primeras posiciones, detrás de las cuales ya tenía muy adelantado un laberinto de fosos y atrincheramientos.

El 19 se observó que éstos se prolongaban por todo el plan de la carretera hasta la falda de los cerros, y que aún allá en las cumbres, sobre «Pipe» y desde allí hacia «El Zamuro,» las dos líneas eran también una doble serie de zanjas y parapetos.

Ante aquel plan de defensa, optó usted inmediatamente por los movimientos de flanco. En consecuencia, con previos informes acerca de las vías practicables por el flanco derecho enemigo, dispuso que la 1ª y 3ª Divi-

sión conducidas por sus Jefes, Generales Bravo Cañizales y Castro, un Batallón de fuerzas aragüeñas á las inmediatas órdenes del General Francisco E. Rangel, y una pieza de artillería al mando del General Rufo Nieves, se encaminaron aquella misma noche por la hacienda "San José" y el "Cerro del Mamón" á ocupar la fila de "Los Naranjos," la "Cuesta de las Mulas" y alturas que dominan á "Casupito." Operación difícil, como que debía practicarse por veredas y senderos escabrosos, con parque y artillería, y casi toda ella por entre dos líneas enemigas; pero con tropas como aquellas y con Jefes como Bravo Cañizales y Castro, Román Moreno y Henrique Urdaneta B., Rangel, Sandoval y Torres, todo se puede aventurar, máxime si llevan el aliento de la fe que inspira usted á sus soldados.

Sin mayores inconvenientes llegaron nuestras tropas á los puntos indicados por usted. La sorpresa del enemigo al ver amenazados de aquella suerte su flanco derecho y su retaguardia á la vez, dejóse ver al momento, ya por la huída hacia el centro de las Columnas que iban á quedar bajo nuestros fuegos, ya por la precipitada acumulación de refuerzos que inmediatamente mandó á "Casupito" y á las extremidades del flanco, por el sureste de San Mateo y vías de El Pao. Mas, por un error de los baqueanos, tardamos en ocupar precisamente el punto por donde debíamos caer á "Casupito" en un momento dado, ó lo que es lo mismo, sobre la carretera de Cagua á Villa de Cura; debido á lo cual, un Cuerpo enemigo llegó al pasitrote antes que nosotros y estableció en aquella altura una defensa inexpugnable.

Empero, ya teníamos mucho adelantado con la ocupación de aquellas otras posiciones, pues no obstante lo ocurrido contra las previsiones de usted, nuestros Generales quedaban ventajosamente avanzados allí para concurrir al éxito final de las maniobras que usted preparaba por el otro flanco. Además, aquellos no desperdiciaron ocasión de inquietar, fatigar y dañar al enemigo, manteniéndole en constante alarma el campamento y causándole con el acertado disparar de nuestros tiradores, no pocas bajas y la zozobra consiguiente.

Para mantener expedita la comunicación de aquellas tropas con el Cuartel General, el General Olivares avanzó hasta "La Palma" uno de los Batallones del General Tomás Pino, y de orden de usted, avanzó también él mismo hasta cerrar completamente nuestra línea con la fila de "Los Naranjos."

Esto pasaba el 26 de octubre. Desde el 20 hasta entonces, los puntos avanzados de uno y otro campo se agredían de continuo, en el día y por la noche. Nuestra excelente artillería no perdía ocasión de hacer daño al enemigo. Á la simple vista se advertían sus mortíferos efectos, de los cuales no escaparon más de una vez, ni los que se guarecían dentro de las hondas zanjas distantes. El General Alcántara, no bien curado aún de su herida, iba continuamente á practicar en los puntos más importantes, sus conocimientos técnicos de aquella arma.

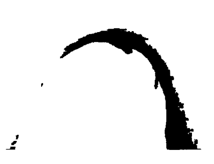
Mientras tanto, el General Juan Vicente Gómez, con dos piezas de artillería, los Batallones 1º de Línea y 'Gómez," los "Bravos del Táchira" y una Columna Aragüeña, al mando de los Generales Ramón Bogado

y José María Sosa, iniciaba sigilosamente, atenido á indicaciones de usted, un movimiento contra la línea enemiga que, partiendo de las alturas inmediatas á San Mateo, remataba en el cerro de "El Zamuro." El General Gómez debía dar un rodeo de 4 leguas por los deshechos de escarpadas laderas, para volver sobre "El Zamuro" y caerle inesperadamente al enemigo allí situado. Por cuatro noches consecutivas falló el audaz intento, á virtud de circunstancias imprevistas, que después celebramos, porque en la madrugada del quinto día la Columna de vanguardia conducida por el General Bogado, ocupó "El Zamuro" sin un tiro, pues la fuerza enemiga había salido de excursión á unas haciendas vecinas. Al regresar fue recibida á balazos. En honor de la verdad sea dicho: no tuvo tiempo de cumplir con su deber; apenas le alcanzó para llegar mermada al inmediato campamento de los suyos.

El paso más difícil de aquella operación estaba dado. Teníamos la primera llave del flanco izquierdo enemigo, y estábamos también sobre su retaguardia por la vía de "Brazen" hacia Turmero.

Al favor de aquella ventaja, el General Gómez pudo montar su artillería en un punto estratégico de primer orden, como que rompía el centro de la línea contraria con dominio sobre otras posiciones importantes.

El General Gómez hizo avanzar luego el 1º de Línea hasta "El Zamuro," mientras desplegaba el "Gómez" en guerrillas de ataque para acercarlas tan ocultamente como fuere posible á los atrincheramientos enemigos. Á la cabeza de algunas de aquellas guerrillas pu á varios de sus serenos ayudantes y á los valientes Ger



ral Abel Parada y Coronel José Manuel Peñaloza. Con fuegos de artillería, apoyados por los de la misma arma del General Baptista en toda la línea de tiro de éste hacia aquellos lados, el General Gómez estableció un asedio que no daba respiro á los facciosos. Casos hubo en que, advertidos éstos de la proximidad de algunas de nuestras valerosas guerrillas se aventuraban fuera de sus atrincheramientos en partidas de 50 contra 10, pero sobre la marcha retrocedían anonadados por el estrago de las granadas y los tiros apuntados de nuestros hombres, que impávidamente los dejaban avanzar para fusilarlos de cerca.

Tres días duró aquella brega, brega del arte y del valor, contra una gran superioridad de número y de posiciones. De asalto en asalto, algunos en pleno día, de noche los más, el enemigo fue desalojado y reducido á la última altura de aquella línea, paralela é inmediata á las que aquél ocupaba frente á las del General Baptista.

Fue entonces cuando el General Gómez y éste concertaron en presencia de usted, y mediantes sus observaciones, los medios de ejecutar el asalto que el segundo de aquéllos venía ya preparando. Aleccionados é instruidos por usted, úno y otro regresaron á su campamento, para dar aquella noche el estupendo golpe decisivo.

Seguro usted de que aquellos dos Generales no dejarían fallar el plan que usted mismo había ilustrado, comunicó en seguida las órdenes del caso á nuestras líneas del centro y de la izquierda.

Á las 8½ de la noche del 1º de noviembre, un nu-

trido fuego en toda la línea del General Baptista insinuó á usted que la trascendental operación comenzaba á ejecutarse. Al favor de aquellos fuegos, la Columna de asalto debía ir acercándose á las formidables posiciones enemigas. Media hora duró el simulacro. Nuestras guerrillas habían dado la señal convenida de que ya estaban sobre los primeros puntos indicados. Allí debían tomar aliento y orientarse con toda la precisión posible. Dos horas después recomenzaron los fuegos con simulados avances hacia la línea enemiga: aquellos debían tener ahora mayor intensidad, como para que apagaran todo ruido de los pasos de los asaltadores, los cuales sólo á duras penas podían trepar por la falda abrupta y rápida. Á dos pasos de la altura dieron por fin la última señal. Cesaron los fuegos y todo quedó en calma. Y sobrevino la hora prefijada, y el General Baptista dió á su vez la señal de acometida.

Lo que entonces pasó es digno de la consagración de la leyenda. Cuatro guerrillas de á 10 hombres conducidas por los Coroneles Francisco Domingo Paredes y Efigenio Morillo, Comandantes Benjamín Marín é Isidro Pérez, y Capitanes Víctor Villegas y Sebastián Marín, asaltan simultáneamente las dos primeras posiciones y hacen una carnicería á golpes de sable y bayonetas. El enemigo atónito, huye hacia la trinchera inmediata, pero nuestros héroes van allí acuchillándolo por la espalda y con él mismo envuelven á los otros, los diezman, los empujan y los precipitan por los barrancos. Entran dos Compañías de refuerzo y todos dan una carga general sobre las posiciones restantes, á tiempo que el General Gómez cargando también irresisti-

blemente, asalta y ocupa, con guerrillas al mando de los Coroneles Abel Guerra y José Manuel Peñaloza, la última altura enemiga sobre "Pipe," y arrolla de allí en adelante todo lo que se opone á su paso victorioso.

Los gritos de ¡Viva Castro! ¡Viva el Gobierno! resuenan en todas las alturas. De mil doscientos á mil quinientos facciosos, cuyos Jefes eran los Generales Luis Crespo Torres, Sixto Bolívar, Julián Correa, Roberto Vargas, etc., etc., huyen despavoridos por los cerros que caen á "La Curía" y á San Mateo.

Los Generales Gómez y Baptista dirigen personalmente la persecución, y al romper el día aparecen á la vista del Cuartel General enemigo como aluviones de fuego de las cimas. Toda resistencia es imposible, de nada sirven ya los atrincheramientos antes tan seguros. La derrota sobreviene con proporciones colosales. El señor Matos y el General Mendoza, entre aturdidos y asombrados, se van de los primeros por el camino de Cagua. Síguenlos Rolando y Guevara, espantados por el General Araujo que avanza al pasitrote sobre "La Curía" en columnas cerradas. Más feliz Riera, puede huir por alturas fuera del alcance de nuestros maussers. Sin embargo, el General Víctor Manuel Baptista logra picarle la retaguardia más allá de San Mateo, causándole bajas y haciéndole prisioneros.

Las grandes dificultades del terreno no permitieron á los Generales Gómez y Baptista montar á tiempo su artillería en aquellos instantes supremos. De haber sido esto posibe, sobre el estrago sangriento de las bombas, la dispersión habría sido total, absoluta desde "La Curía" hasta las inmediaciones de Cagua.

El carácter de la fuga puede determinarse con sólo considerar, que cuando el General Gómez cayó en marcha forzada sobre Turmero, ya el señor Matos y los Generales Mendoza, Riera, etc., iban muy lejos por las vías de "Santa Cruz."

Dos cañones, con sus pertrechos, 290 maussers, muchas cápsulas en marusas y cajas, 39 bestias de silla y de carga, ganado, banderas, correspondencia, etc., etc., constituyeron el primer fruto de aquella acción gloriosa, obra del genio militar de usted y del alto heroísmo de los subalternos que la ejecutaron.

Nuestras fuerzas destacadas sobre la fila de "Los Naranjos" y "Cuesta de las Mulas," para cortar al enemigo por la carretera de Cagua hacia Villa de Cura, y aún por "Tocorón" hacia "Magdaleno," no pudieron moverse sino peleando con los Cuerpos que tenían frente á éllas y que, aunque tocados del pánico general, aprovechaban las ventajas de las alturas por donde iban para retardar el avance de sus perseguidores. Con todo, los Generales Castro y Rangel, alcanzaron en "La Horqueta," más allá de "Casupito," una fuerza de Rolando, y la dispersaron sobre la marcha; mientras que la vanguardia de los Generales Olivares y Bravo Cañizales, tiroteaba, también sobre la marcha, á los que huían por donde éllos podían causarles daño.

El General Modesto Castro siguió al pasitrote la persecución, de tal modo que en "La Puerta" arrolló aquella misma tarde á los que abiertos allí en alas, pretendieron cerrarle el paso y detenerlo; resultándoles, por el contrario, la pérdida de una partida de ganado, de varias bestias y de unos cuantos prisioneros, entre los

cuales figuran dos ayudantes de Rolando y tres del General Pedro Ducharne.

Por el camino de Cagua á Santa Cruz dirigía la persecución el General Araujo, quien pudo recoger en aquel trayecto, quinientas y pico de reses abandonadas á uno y otro lado de la vía por el señor Matos y los Generales Mendoza, etc., etc., seguramente para aligerar su marcha y no exponerse á ser alcanzados. No corrían, casi volaban. Derrotados el 2 en San Mateo, el 3 iban ya por "Barrera," donde fueron nuevamente batidos por los Generales Arvelo y Jaspe, de las tropas constitucionales de Carabobo, y el 4 pasaron por Tinaquillo!

El día 3 dispuso usted que las fuerzas de Aragua con los Generales Rangel, Torres y Sandoval, continuaran marcha hacia San Sebastián y Camatagua sobre los pasos de Rolando, Guevara y Ducharne; y que el General Emilio Rivas saliera con su Batallón á incorporarse al General Modesto Castro para seguir tras las partidas derrotadas que iban hacia el Guárico.

Las bajas del Ejército Constitucional ascendieron á 800, entre muertos y heridos.

Respecto á los primeros debo hacer á usted mención especial de los Generales Daniel F. Osío y Miguel V. Ponce; de los Coroneles Miguel A. Falcón, asesinado por el enemigo, Benito Valera, Marcelino Rodríguez y G. Tizneda; de los Comandantes N. Moreno, Manuel Alvarez, Marcos Díaz, N. Mejías y Pantaleón Gutiérrez; de los Capitanes Arturo Sayago, Manuel Hernáiz, Patricio Ramírez, Ernesto Quevedo, Ricardo Ascanio, Pedro Gómez, Manuel Alarcón, Hermenegildo Bastidas y Carmelo Sarmiento; y de los Tenientes Regino Monserrate,

Rosario Sandoval, Juan Bautista Valero, Juan Carrasquero, Angel Mesa, Antonio Portillo, Félix Carreño, Pantaleón González y Venancio Frías.

Jefes y Oficiales heridos: Generales F. Linares Alcántara, Carmelo Castro, Florencio Reyes y Godofredo Mazini; Coroneles Mario Becerra, Manuel María Molina, Erasmo J. Morales, Lucio Quintero, Alejandro Martínez, Eduardo Martínez y Guadalupe Piñango; Comandantes Esteban Delgado, Federico Cuervos, Luis A. Mijares, H. Martínez, Eugenio Rosales, Felipe Asuaje, Demetrio Abreu, Heraclio Nieves y Angel Meléndez; Capitanes Epitacio Solano, Juan Becerra, Pedro Moreno, Esteban Egaña, Manuel M. Morales, Juan de Dios Mendoza, Luis Angulo, José Paredes, Juan Bautista Trejo, Marcos García, Abel Urbina, Ascención Oviedo, Jacinto Morles y Eugenio Vázquez; y Tenientes y Subtenientes Regino Martínez, Andrés Rodríguez, Gregorio Varela, Simeón Gutiérrez, Antonio Ramírez, Gregorio Cerrada, Manuel Rosales, Juan Suárez, Martín Márquez, Justo Arabia, Gumersindo Antúnez, Eloy Arévalo, Julio Mota y Rafael Martínez.

Las bajas del enemigo pueden calcularse sin exageración en más de 2.000. En sus cargas por el centro y contra "El Cují" y "El Zamuro" no tuvieron menos de 1.000 muertos. Considérese esencialmente, que por el centro, las fuertes columnas enemigas recibían desde que se dejaban ver, los fuegos cruzados de cuatro de nuestras líneas de defensa. Por otra parte, los estragos de nuestra artillería durante toda la batalla suponen una alta cifra de muertos y heridos. El día de la derrota pudo observarse, que en el corto trayecto de "La Cumaca" á

"La Curía," dejaron muy cerca de 200 cadáveres insepultos. Ni de noche se atrevieron á recogerlos y enterrarlos, porque estaban bien al alcance de nuestros fuegos. Y en todo aquel campo, como en el "Topo de los Muertos" y sobre algunas de las colinas por donde huyeron Riera y Solagnie el 15 de octubre, existen hoy muchas tumbas señaladas con distinciones especiales, lo cual hace presumir que allí enterraron Jefes y Oficiales de importancia.

Deploro tener la honra de dirigir á usted este parte, es decir: lamento patrióticamente que la insana ambición de algunos hombres y el extraviado criterio de otros, hayan provocado la dolorosa contienda á que se contrae esta relación detallada. Cierto que allí reveló usted nuevamente el alto temple de su alma, sus extraordinarias aptitudes para dominar y resolver grandes conflictos, serenamente, con un aplomo que le presta luz y agiganta su carácter en las más apuradas circunstancias; cierto que allí ardió intensamente la roja llama del tradicional heroísmo patrio, escudo de nuestra honra, salvaguardia de nuestra integridad; pero cierto también que allí perdimos mucha fuerza de brazos útiles y necesarios y mucha savia de esforzados corazones.

Sin embargo, usted y todos los que con usted servimos á la Patria y al Credo Liberal, podemos decir ingenuamente: ¡Caiga toda aquella sangre generosa y toda aquella sombra de duelo, sobre la frente de los culpables!

Termino, Ciudadano General, haciendo constar una vez más ante usted, que todo el Ejército, en los distintos ramos del servicio, llenó su deber cumplidamente.

Dios y Federación,

Diego Bta. Ferrer.



ESTADO MIRANDA

"EL GUAPO"

1903.

Ejército Liberal Restaurador.—Campamento frente á las posiciones de El Guapo.—Guarenero: 13 de abril de 1903.

Señor Gumersindo Rivas, Director de "El Constitucional."

Caracas.

Estimado amigo:

Le trasmito las últimas notas del campamento.

El enemigo está encerrado en el pueblo y montaña de El Guapo. Por los prisioneros que hemos cogido, sabemos la situación completa que ocupa Rolando y su Ejército. De municiones de boca ningunas; el hambre se adueña de ellos. Los que se han fugado refugiándose en nuestro campamento, llegan en estado deplorable.

La lucha hasta la fecha, va coronando de victorias

al Ejército Restaurador, á pesar de las inexpugnables posiciones del contrario.

Para poder éste salir del círculo en que está encerrado, tiene que hacer supremos esfuerzos de todo genero.

El General Gómez, con su reconocido valor y actividad está y atiende á todas partes. Las dificultades no son inconvenientes para él, que tiene la percepción delicada del Caudillo.

El General Alcántara está con nosotros y constituye el ala derecha del Ejército.

Librado este lance en su parte final, la paz de la República queda sellada, pues es el único núcleo con que cuenta actualmente la revolución disuelta.

Es de admirar, señor Director, la disciplina y entusiasmo que priva en el Ejército. Verdad que Gómez es su Jefe y nada falta al oficial y al soldado.

El cable le anunciará la jornada final y con élla el triunfo glorioso de nuestras armas.

Su afectísimo amigo,

Manuel Corao.

Telégrafo Nacional.—De Higuerote: 16 de abril de 1903.

General Castro.

La batalla se acaba de decidir con la completa derrota del enemigo, que pudo resistir por tres días el empuje de nuestras armas, al favor de las formidables posiciones que ocupaba en las montañas de El Guapo.

En el campo ha dejado el enemigo sus muertos, entre los cuales se cuentan los Generales Pedro Guzmán, Bernardo González, Ruperto González, Coronel Fernández y muchos otros oficiales de menor importancia; sus heridos, entre los cuales se cuentan los Generales Maica y Duarte, Pablo Ramón Gómez, José Martín Mosquera, Palacio y el ayudante Antonio Ibarra, y gran número de oficiales y soldados; abandonó también en su derrota muchas armas, municiones, etc., etc.

Como la línea que ocupa mi Ejército es extensa, no puedo precisar en este momento las proporciones de este gran desastre del enemigo, de cuya activa persecución me he ocupado y yá lleva muy de cerca los Batallones «Cojedes» y «Ayacucho» y al General Alcántara, con sus fuerzas.

Le afirmo, mi estimado Jefe y amigo, que la Revolución ha hecho aquí su último y desesperado esfuerzo, asegurándose con esta victoria la paz de la República.

Todos mis subalternos cumplieron con las leyes del honor militar. Hago especial mención de mi respetado amigo y compañero General Ferrer, quien esforzado, activo y valeroso siempre me ha complementado en la lucha.

El General Secundino Torres, leal servidor y querido amigo, cayó sin vida en una carga contra las posiciones del enemigo.

Tenemos otras pérdidas, sensibles también, de las cuales daré á usted parte en su oportunidad.

Su amigo,

J. V. Gómez.

(Fechado en El Guapo á las 2 a. m.)



YARACUY, LARA Y CORO

1903

Telégrafo Nacional.—De Caracas á San Felipe, el 6 de mayo de 1903.—Las 2 hs. 30 ms. p. m.

Señor General Juan V. Gómez.

Donde esté.

Trasmito á usted el siguiente telegrama que acabo de recibir: «De Caracas el (6) seis de mayo.—*General Castro.*—Dice operario de San Carlos: «Acaban de llegar de Barquisimeto Arístides Brachi y Napoleón Dusony y me informan que Matos al llegar á aquella población pidió un gran empréstito que el comercio se negó á darlo, cerrándose desde luego toda transacción mercantil, que en los vagones tenían gran cantidad de fusiles que no había podido poner en manos, que la ciudad está fuertemente atrincherada y que sus defensores no pasarán de (1.000) mil hombres.—La anarquía entre ellos es grande, todos desnudos y la viruela mermándolos.—*Valarino.*»

Su amigo,

CIPRIANO CASTRO.

Telégrafo Nacional.—Caracas: 7 de mayo de 1903.—Las 8 hs. 20 ms. a. m.

Señor General P. Linares, para remitir inmediatamente con posta á caballo al General Gómez, debiendo traer el posta el recibo.

Acabo de ver el parte de usted dirigido al General Linares en que le ordena permanecer en San Felipe y darle cuenta del General González Pacheco, por lo cual juzgo que este General tomando otra vía que la que nosotros nos habíamos imaginado, venga á reventar á Yaritagua.—Dados los inconvenientes que juzgo deban existir en la línea, creo, salvo mejor acuerdo de usted allá, con presencia de las cosas y de las circunstancias, que sería una gran operación resolutoria del problema y con pocos sacrificios, el que usted si González Pacheco viene por Yaritagua, le comunicara órdenes á éste y al General Linares, para que unidos reventaran directamente sobre Santa Rosa y de allí á la Estación del Ferrocarril porque así el enemigo que pueda haber en el resto de la línea quedaría cortado y el problema resuelto indiscutiblemente, toda vez que este enemigo además no tiene sino unos (1.000) mil hombres, como ya lo sabrá usted.—De todos modos esta es una gran operación que usted resolverá como mejor le parezca.

Avise recibo.

Lo saluda su amigo,

CIPRIANO CASTRO.

Telégrafo Nacional.—Caracas: 9 de mayo de 1903.—
Las 6 y 35 a. m.

General P. Linares, para remitir inmediatamente con posta de á caballo al General Gómez, donde esté.

Recibido telegrama fechado ayer en Agua Negra.

La operación es tal cual se vá ejecutando, pero deben observarse dos cosas principales é indispensables.

Es la mía que se ejecute con rapidez á fin de sorprender al enemigo, y es la otra que debe dejarse engañado al enemigo con fuerzas que le hagan frente y lo peleen constantemente donde se ha estado peleando. No extrañe que el Doctor González Pacheco no se haya presentado, pues él debió moverse desde el primero del Tocuyo.—Lo saluda.—Su amigo,

CIPRIANO CASTRO

Telégrafo Nacional.—Caracas: 9 de mayo de 1903.—
Las 11 y 55 a. m.

General Juan V. Gómez.

Me anticipo á comunicarle para que lo tenga en cuenta, que por informes obtenidos aquí, la vía expedicta y mejor militarmente de Yaritagua á Santa Rosa es por la Ruezga y de aquí á la Estación del Ferrocarril buscando la orilla de la montaña que describe un semicírculo. También debo informarle que al establecer el sitio á Barquisimeto es importante ocupar el cerro del Manzano pues además de la conveniencia militar tengo conocimiento que descendiendo por un bosque intermedio se

llega á un colegio donde se dice haber guardado un parque.

Le saluda su amigo,

CIPRIANO CASTRO.

Telégrafo Nacional.—Caracas: 9 de mayo de 1903.—Las 6 p. m.

General J. V. Gómez.

Acaba de llegar á Nirgua el Coronel Buenaventura Núñez, nacionalista que viene separado del Cuartel de la Revolución é informa lo siguiente: que el día 5, la Revolución evacuó la plaza de Barquisimeto y tomó la vía de la línea, que supone que el 6 ocupára el Doctor González Pacheco á Barquisimeto, por que el día 5 se encontraba en Quíbor y que tiene fundados motivos para creer que Matos con su Estado Mayor está en Pueblo Nuevo. He telegrafiado al General Salinas á Nirgua diciéndole que le pida al Coronel Núñez informes más precisos, los cuales le trasmitiré á usted. El Coronel Núñez dice que salió de Barquisimeto el 5, cuatro horas después de haber evacuado la Revolución la plaza.

Su amigo,

CIPRIANO CASTRO

Telégrafo Nacional.—Caracas: 9 de mayo de 1903.—Las 7 y 45 p. m.

Señor General J. V. Gómez.

Ya usted tiene las noticias anteriores respecto á

evacuación de Barquisimeto por la Revolución, comunicadas por Núñez, que salió cuatro (4) horas después de la evacuación de la plaza. Ahora recibo el telegrama siguiente: «Nirgua, mayo nueve (9) de 1903.—Para General C. Castro.— Caracas.— Supone el Coronel Núñez, que la evacuación de la plaza de Barquisimeto el seis (6), obedeció á la llegada de González Pacheco á Quibor el cuatro (4) de los corrientes con mil (1.000) y pico de hombres. La Revolución se retiró á la Línea, en número de mil (1.000) hombres. conduciendo ciento cincuenta mil (150.000) tiros de maussers, ochenta mil (80.000) de gras, dos (2) cañones, una ametralladora y víveres en abundancia.— El General Matos marchó con el Ejército y llevaba disposición de situarse él y su Estado Mayor en Pueblo Nuevo, como punto céntrico entre Yumare y Peñas Negras. Varios importantes Jefes y oficiales nacionalistas en el momento de la retirada de Matos, depusieron las armas y se retiraron á sus casas. La situación económica del Ejército es lamentable, estando reducida la ración á medio (½) real de General abajo. Su amigo, *Castor Salinas.*»—Creo, pues, en vista de lo anterior, que el gran golpe sería caer sobre Pueblo Nuevo con lo cual quedaría resuelta la campaña, por su puesto que cuenta mayor rapidez posible antes de que nadie llegue al campamento enemigo á avisar su movimiento sobre San Felipe; no obstante usted queda en facultad de obrar como á bien tenga, si tuviere otros datos. —Lo saluda, su amigo,

CIPRIANO CASTRO

———

Telégrafo Nacional.—Tucacas: 22 de mayo de 1903.

General Castro.

Restablecidas líneas telegráfica, telefónica y férrea con Pueblo Nuevo.

Acaba de llegar el primer tren.

Por teléfono me dice el General Landines, de Palma Sola, que el Ejército ha avanzado por la línea suroeste hasta Caraquitas y que en Tacarigua derrotó al General Rafael Montilla, quitándole parque, etc.

Dios y Federación.

Froilán Prato.

Recibido hoy 23.

Operario de Puerto Cabello.

Telégrafo Nacional.—De San Felipe á Caracas, el 24 de mayo de 1903.—Las 7 a. m.

Señor General Castro.

Antes de ayer en mi marcha de Yaritagua sobre Barquisimeto por esta vía, se me incorporó el General R. González Pacheco con su entusiasta Ejército, y en la tarde del mismo día cubrí las mejores posiciones de los cerros que dominan la ciudad y cortan las vías de comunicación. En la noche los arrollé sobre la plaza y ayer en todo el día los estreché en la población, causándole bastante daño y sin haber tenido ninguna pérdida de consideración en las nuestras.

Hoy continúo reduciéndolos por todas partes hast incapacitarlos de toda operación con las fuerzas de l:

población, y tengo fe en que el triunfo será el resultado de esta jornada incuestionablemente gloriosa para la Restauración Liberal y su invicto Jefe.

Las fuerzas de El Hacha tienen órdenes mías de avanzar hacia acá reparando la línea férrea para abreviar mi comunicación con Tucacas y con usted, y ahora la activo de aquí para allá también, porque juzgo esto de la mayor importancia.

Lo abraza su amigo,

J. V. GÓMEZ.

Nota: fechado el 22 en Santa Rosa.

GENERAL JUAN VICENTE GOMEZ,

COMANDANTE EN JEFE DEL EJÉRCITO LIBERAL RESTAURADOR EN EL OCCIDENTE DE LA REPUBLICA,

Á sus Compatriotas y al Ejército de su mando.

Compatriotas!

Yo os saludo entusiasmado!

La victoria de este día satisface á mi espíritu de guerrero y á mi corazón de patriota, por que os traigo la paz con todos sus beneficios, la paz de que tanto necesitáis para vuestras honradas labores, la tranquilidad de vuestros hogares y el progreso de este suelo, digno de la protección y del cariño que le profesa el invicto Jefe de la Restauración Liberal.

Compatriotas!

Yo os vengo á hacer efectivas las prerrogativas de a ley en nombre y por autoridad de la Causa que marca

en este día el cuarto aniversario de su gloriosa iniciación en las fronteras del Táchira, desde donde su hermoso pabellón marchó victorioso hasta el Capitolio Nacional, empuñado por el robusto brazo que allí lo sostiene incólume, á despecho de las infidencias de aquellos que para derrocarle, nada han omitido, y han llevado su obsecación hasta conspirar, como lo habréis visto, contra su propia honra y la de la Patria, en vergonzosas alianzas con el extranjero codicioso de nuestra riqueza territorial.

Compatriotas!

Yo apelo á vuestro buen juicio, á vuestra cordura, á la rectitud de pensamiento y elevación de miras que en toda época ha distinguido á los pueblos cultos y civilizados, y como tales, amantes del orden, sin el cual los esfuerzos del Gobierno mejor intencionado por el bien público serían improducentes, para que me ayudéis á consolidar la paz con el apoyo de vuestra exquisita moralidad y con el concurso de vuestras valiosas voluntades que por sí solas valen tanto como el más poderoso Ejército.

Jefes, Oficiales y Soldados del Ejército Liberal Restaurador!

Yo os contemplo cubiertos de gloria y vuestros pechos henchidos de satisfacción patriótica, por el triunfo espléndidamente adquirido al precio de vuestra sangre, que en más de un campo inmortal ha fertilizado ya el árbol fecundo de nuestras libertades públicas.

La Providencia, como si quisiera hacer gala de

protección que nos dispensa y demostrarla hasta los ojos de los más empecinados y de los ciegos mismos, había decretado de antemano que nuestra entrada triunfal á la primera capital de Occidente fuese hoy, como para evidenciar mejor el prestigio de nuestra Causa y decirnos con la elocuencia de los hechos, los grandes fines á que debemos conducirla.

Jefes, Oficiales y Soldados !

De hoy más el 23 de mayo simboliza para los hombres de fe, el éxito de nuestra Causa, que es la Causa de los pueblos, por que ella representa el honor y la dignidad nacional, con las halagadoras promesas que para el porvenir de la República y su feliz engrandecimiento, están vinculadas en el hombre extraordinario que hoy rige los destinos de Venezuela.

Compañeros de armas!

Qué mejor ofrenda podíamos presentar hoy á nuestro Benemérito Jefe y á esta respetable sociedad, que el brillante éxito alcanzado, al esfuerzo digno y heroico de todos vosotros?

Yo me enorgullezco de haberos conducido á la victoria; y estoy seguro que ningún enemigo os puede ya resistir en el campo de batalla: sois invencibles ! !

Las pérdidas deplorables que hemos sufrido de algunos valientes, muertos como verdaderos héroes disputando al enemigo cuerpo á cuerpo la victoria, son y deben ser un estímulo más para la lucha.

Yo lo sé. Lleváis por ellos junto conmigo el luto del corazón; pero en el ánimo firme también el propósito

de sellar la paz del Occidente, que es el definitivo complemento de la paz de la República.

Valientes defensores de la Restauración Liberal! adelante! Aún os faltan algunos laureles que recoger en el combate y que os pertenecen.

Cuartel General en Barquisimeto á 23 de mayo de 1903.

Telégrafo Nacional.—Quíbor, 26 de mayo de 1903.

Para General Cipriano Castro.

Caracas.

Recibido su telegrama del 22 en que me participa la marcha de Matos, Lara y Riera sobre Barquisimeto.

Ya usted habrá recibido el mío de 23 avisándole la ocupación de aquella plaza y la derrota del enemigo después de un recio combate en que no pudo resistir el empuje de nuestros valientes. De todos modos celebro que esos señores vengan hácia este Estado; porque así tendré el logro de darles más pronto el golpe final á esos obsecados, que llevan sobre los ojos la densa venda de la insana ambición, y el corazón empedernido ante los dolores y desgracias de la Patria, ensangrentada y desolada por ellos, sus hijos desnaturalizados.

Al General Hermoso Tellería lo llevó adelantado una jornada por la vía de Carora con dos Batallones en persecución del enemigo, y en este momento las 4 a. m. continúo mi marcha con el grueso del Ejército. Confío en que Aranguren no se hará esperar con el Ejército de Coro para que no se quede sin su parte de gloria.

Me parece sumamente necesario cubrir por mar la

Costa Occidental del Estado Falcón desde Cardonalito hasta Capana· con un vapor de poca calación como "El Miranda," porque esa Costa tiene muchos bajos y con dos ó tres buques de vela, que le hagan imposible á Matos y sus compinches el embarque por ninguno de esos puntos ni de sus intermedios, sin descubrir la de Aguide que es importante mantener cubierta como está.

Á los Generales Mora, Martínez y Corona los dejo con sus fuerzas en la línea buscando un parque que el enemigo dejó oculto por esos lugares, y asegurando la comunicación mercantil cuya actividad será de resultados económicos para el Gobierno.

J. V. Gómez.

Compagnie Française des Cables Telegraphiques.—De Coro á Caracas, el 6 de Junio de 1903.

General Castro:

Mis felicitaciones. Trascríbole el siguiente telegrama que acabo de recibir del General Gómez:—"Las Adjuntas, 4 de junio.—Para General Cipriano Castro.—Caracas.—Tengo la satisfacción de participarle que al tercero día de haber pisado el Estado Falcón, dí alcance y batí á Matos, Riera y Lara, en "Mata Palo." El día dos á las ocho de la noche, asalté el campamento enemigo, con dos Batallones á las órdenes de los Generales Galavís y Urbina, y desde esa hora hasta las seis de la tarde de ayer, en que el enemigo, al empuje formidable del Batallón Gómez, se declaró en completa derrota, se

combatió reciamente. Tenemos que lamentar la muerte de varios oficiales y tropa, pero mayores han sido las pérdidas del enemigo, cuya persecución sigo activamente para dejar sellada la paz del Estado Falcón y la de la República.—Lo abraza su amigo, J. V. GÓMEZ."

Su amigo,

García.

Compagnie Française des Gables Telegaphiques.—De Caracas á Coro, el 6 de junio de 1903.

General Gómez:

Coro.

Recibido. Felicito al heroico batallador junto con sus valientes y abnegados atletas de la Causa Liberal Restauradora. Felicito al vencedor en todas partes, predestinado para ser el Pacificador de la República. Ninguno con más títulos que usted que ha sido el salvador del salvador. Me enorgullezco de ello por que la Providencia se ha encargado de corresponder á quien yo no podía hacerlo dignamente.

Loor á los bravos y verdaderos patriotas que han sucumbido en la lucha, y salud á los sobrevivientes que deben continuar en el camino trazado para hacer la felicidad y engrandecimiento de la República. En su nombre mi eterna gratitud.

Lo abraza su amigo,

CASTRO.

Telégrafo Nacional.—De Caracas el 7 de junio de 1903.
Recibido en Puerto Cabello el 7 á las 10 hs. a. m.

Señor General J. V. Gómez.

Donde esté.

Supongo que usted habrá recibido mi cable de felicitación para usted y todos sus compañeros con motivo de su espléndido triunfo en Mata-Palo. Supongo, así mismo, que cuando usted reciba este telegrama que le hago remitir con expreso de Puerto Cabello, si no están en su poder Matos, Riera y compañía, por lo menos se encuentren para caer ó ya dispersos completamente. Mi propósito es que usted sepa-que apenas pacificado ese Estado, usted con todo el Ejército y los vapores y parque se vengan con rumbo á La Guaira trayendo también los presos más importantes. Usted dejará en ese Estado encargado provisionalmente de la Presidencia Constitucional al General Arístides Tellería si así lo cree usted conveniente, en cuyo caso debe quedar encargado de la fuerza que deje allí, el General Claudio Hermoso Tellería. Y si usted cree conveniente dejar encargado un Jefe Civil y Militar provisionalmente también puede hacerlo.

En todo caso creo conveniente que el General Aranguren se venga con usted para ir á Guayana á menos que encargado de las fuerzas debe ordenarle que debe apoyar al Comandante del Resguardo de La Vela y al Administrador de Salinas para la conservación y defensa de los intereses del Fisco.

Su amigo,

CIPRIANO CASTRO.

Estados Unidos de Venezuela.—Secretaría General de la Comandancia en Jefe del Ejército Liberal Restaurador en el Occidente de la República.—Hueque: 7 de junio de 1903.—92º y 45º

Ciudadano General Juan Vicente Gómez, Comandante en Jefe del Ejército.

Presente.

Por ausencia del Jefe de Estado Superior del Ejército quien se encuentra hoy desempeñando la Comandancia de Armas de los Estados Lara y Yaracuy, en virtud de acertada y merecida designación que usted tuvo á bien hacer en aquel veterano y aguerrido soldado de nuestra Causa y por encontrarse el Sub-Jefe General Hermoso Tellería, también fuera el día de la acción cubriendo la vía de Agua Clara, para impedir al enemigo su acceso á la Sierra por aquella parte, cúmpleme el deber, que vengo á llenar con satisfacción patriótica, de dar á usted el parte oficial de la extraordinaria y rápida campaña hábilmente dirigida por usted sobre el Estado Falcón una vez sellada gloriosamente la del Estado Lara.

El 23 de mayo, el día por siempre célebre de la Causa Liberal Restauradora, fue el mismo en que Barquisimeto admiró entusiasmado el desfile del valeroso Ejército conducido por usted á la victoria.

Heroísmo, pericia y actividad incomparables, fueron la nota dominante de aquella jornada trascendental para la paz de la República.

Una vez ocupada por nuestras fuerzas la plaza de Barquisimeto, ordenó usted al General Hermoso Telle-

ría la persecución del enemigo con dos Batallones al mando de los Generales Aureliano Robles y Rafael Lago, sin parar ni un instante siquiera en aquella ciudad; inmediatamente después de disponer usted las operaciones complementarias para el término de la guerra en el Estado Lara, de proveerse en pocas horas de los recursos que necesitaba el resto del Ejército, para la continuación de su marcha, forzada de tal manera, que el enemigo en la fuga precipitada que llevaba, perdió gran cantidad de armas por la dispersión y tomadas por nuestra vanguardia; y por último, se desbandó en distintas direcciones.

En Quíbor, apreciando debidamente usted el desbarajuste de aquella híbrida montonera y sabedor de que Montilla iba apenas con ocho de á caballo, por la vía del Tocuyo hácia su escondite de Guaitó, destacó en su alcance al General Bravo con instrucciones para capturarlo.

El mismo día y en el mismo pueblo de Quíbor recibió usted un importante telegrama del General Castro, avisándole que los Generales Matos, Lara y Riera marchaban para Barquisimeto con el Ejército Revolucionario de Coro; y como Peñaloza y Solagnie habían tomado la vía de Siquisique con los restos de fuerzas que habían logrado escapar, al punto comprendió usted que la operación militar indicada era la de interceptar dichos enemigos y batirlos al detal, y la puso en práctica con el tino que los sucesos han evidenciado á los ojos de todos y á la contemplación pública.

Cansados nuestros bagajes por sesenta leguas de marcha, parecía imposible el logro de aquel plan; y no

fue sino venciendo grandes obstáculos y creándolo todo que pudo usted realizarlo felizmente.

Marchando de día y de noche por los fragosos caminos de Quíbor á Carora, de este punto á Baragua, y de allí por Mamoncito y la Danta llegamos á Piedra Grande que era el punto de interceptación del enemigo; pero como nuestra vanguardia dirigida por los Generales Hermoso Tellería y Dávila había llegado á Agua Clara, que dista seis leguas de Piedra Grande, pensó usted que el enemigo que al efecto se encontraba en Urumaco y que ya debía estar en cuenta del avance de nuestras fuerzas por aquella vía haría un movimiento de flanco por el Pedregal para salir luego por nuestra retaguardia y tomar siempre en Piedra Grande la vía de Agua Larga y Churuguara.

En consecuencia, ordenó usted la marcha del Ejército por la vía del Pedregal para salir al encuentro del enemigo; y fue matemático este cálculo; pues habiendo acampado en Purureche nuestras fuerzas y salido de allí al amanecer del día siguiente, como á una legua del Pedregal encontramos el rastro del enemigo que venía por la misma vía que llevábamos, y que apercibido de nuestra aproximación, por una casualidad, se desvió á nuestra derecha, por veredas de chivos, casi intransitables.

Al encontrar el rastro del enemigo el entusiasmo que se despertó en todo el Ejército, correspondió al grado de confianza que usted tiene en él; y desde aquel instante las fatigas del camino causadas por el sol abrasador de nuestro clima ardiente, desaparecieron, para dar cabida en el ánimo, á la fe en el éxito, y en el pecho, al

sentimiento de bravura que de él se apodera, cuando como ahora se combate por una causa legal.

Serían las once a. m. del día dos cuando encontramos la huella del enemigo, y desde esa hora hasta las 8 p. m. se marchó sin interrupción dándole alcance en las fuertes posiciones de Matapalo y la cumbre del Perico.

Avisado usted por los Batallones de vanguardia al mando de los valientes Generales Félix Galavís y Nicolás Urbina, de que el enemigo estaba en aquel punto acampado y de su ventajosa situación, ordenó explorarlo, é inmediatamente después, dispuso que el General Galavís en persona y el Coronel Reaño lo asaltaran por el centro, por el flanco derecho el Coronel Ochoa con una compañía ganando una altura, y por el izquierdo otra compañía conducida por el Ayudante Aristóbulo Prato.

Al romperse los fuegos sobre la primera avanzada enemiga, quedó muerto de nuestra parte el capitán Isaías Medina; pero generalizada la pelea el enemigo fue arrollado varias cuadras hasta sus atrincheramientos, que es la táctica predilecta de su genio militar.

Como á la hora de combatirse fuertemente en toda la línea, fueron reforzadas dichas compañías con el Batallón "13 de Abril" al mando del General Urbina, el flanco derecho con media compañía y el izquierdo con una compañía al mando de su capitán Benigno Araus que fue herido; y el centro por media compañía mandada por el Coronel Becerra, segundo Jefe del Batallón.

El combate arreciaba y el entusiasmo crecía de nuestra parte con tal ostentación del valor, que todos

los Cuerpos se disputaban ante el General en Jefe el derecho de primacía para tomar parte en aquella lid sangrienta del heroísmo venezolano.

Habiendo hecho el enemigo fuerte resistencia por el centro, de nuevo ordenó usted reforzarlo con una parte de la Compañía de reserva de «El Urdaneta,» conducida por el General Florencio Reyes y el Comandante Toribio Pérez.

El General Urbina y el Coronel Leonidas Vivas se ocupaban en la línea de batalla de dirigir sus respectivas fuerzas, asegurando su retaguardia y proveyéndolas oportunamente de parque.

Siendo el flanco derecho el que con más tenacidad defendía el enemigo durante la noche, mandó usted á reforzarla con otra media Compañía del "13 de Abril" que fue conducido por el Comandante Zenón Quintana.

Á las dos de la mañana cargó el enemigo por el centro y flanco derecho tratando de recuperar sus posiciones; pero fue en vano, porque defendidas briosamente, los nuestros no cedieron ni un palmo de terreno, en cuya oportunidad fue reforzado el flanco derecho por el Coronel Natividad Corona con media Compañía del "23 de Mayo," que como los demás combatientes nada dejó que desear.

Entre tanto el General Moros Jefe de la División "Táchira" atendía debidamente á la distribución de fuerzas en la línea de pelea y estimulaba con su serenidad de ánimo á sus subalternos inmediatos; la Sagrada al mando del disciplinado Leal, y los restos del "23 de Mayo" formaban nuestra retaguardia, listos á cualquie

movimiento que hacia ellos pudiera intentar el enemigo.

Nuestro parque en el caso de ser atacado quedaba defendido por tres fuegos con ventajosa posición donde usted personalmente lo hizo colocar.

Calmaron luego los fuegos hasta el amanecer en que de nuevo se formalizó el combate, y el enemigo reforzando sus líneas hizo por todas ellas grandes esfuerzos por dominar las nuestras, muy especialmente por el flanco izquierdo en donde logró ocupar posiciones ventajosas.

Situado usted con todo el personal de su plana mayor en la posición más estratégica de nuestra línea de batalla, dominando el campo de las operaciones con ojo certero y criterio previsor; inmediatamente dispuso la colocación de dos piezas de artillería, la una al mando del Coronel Gil Lecuna y la otra al mando del Comandante Briceño Delgado que hicieron buenos tiros; y ordenó al General Eustoquio Gómez que con dos Compañías del Batallón de este nombre atacara las fuertes posiciones que el enemigo acababa de ocupar, y que el Coronel Garrido con una Compañía del Batallón de su mando reforzara la carga que por el centro había ordenado usted dar nuevamente al General Galavís en concierto con los flancos.

La lucha de nuestra gente para ganar aquellas posiciones fue heroica; y tenaz la resistencia del enemigo por conservarlas, á cuyo objeto montó también en ellas su artillería, hasta que después de prolongadas horas, á la cinco de la tarde, el General Eustoquio

Gómez dió en persona una carga formidable que derrotó por completo al enemigo, en momentos en que los Generales Guillermo Aranguren y Felipe Franco, quienes habían llegado á nuestro campamento como á las diez a. m., más ó menos; en cumplimiento de las órdenes que les comunicó usted, rompían sus fuegos á la extrema derecha del enemigo con sus Batallones de vanguardia, mandados por los Generales León Jurado y Pedro José Peña, contribuyendo así á dar cima á aquella gloriosa jornada.

Todos, absolutamente todos los combatientes estuvieron á la altura de sus deberes, del nombre heroico de Castro que es el Símbolo de la victoria y de cuanto usted esperaba de los valientes defensores de la Restauración Liberal.

De nuestra parte tenemos que lamentar la muerte del valeroso General Urbina, la del Capitán Isaías Medina y varios de tropa y las heridas de algunos oficiales y soldados que ya fueron remitidos á la ciudad de Coro para su asistencia.

El enemigo tuvo numerosas bajas y algunas de consideración.

Se explica la diferencia siempre menor de nuestras bajas en relación á las del enemigo por el sistema que usted ha estudiado para combatir y porque ningún soldado es tan aguerrido como el del Táchira, que conoce mejor que cualquier otro el manejo del fusil y defiende su Causa como propia.

Dios y Federación,

Arístides Tellería.

Compañía Francesa de Cables Submarinos.—Estación de Coro: 12 de junio de 1903.—Para Coro de Caracas.

General Gómez.

Coro.

Su espada victoriosa ha sellado la paz de Venezuela, y abierto amplios horizontes para la prosperidad nacional. Lo abraza su amigo,

Valarino.



SUCRE Y BOLIVAR

1903

VIAJE DEL GENERAL JUAN V. GOMEZ

VISITA QUE LE HEMOS HECHO.

("El Constitucional" Núm. 747, de 27 de junio de 1903).

Como lo ofrecimos á nuestros lectores, vamos á ocuparnos hoy del viaje del General Juan Vicente Gómez.

Á dicho efecto, le hicimos una visita especial de despedida, no ya al amigo y compañero de Causa, sino al Jefe Expedicionario sobre Oriente, al Pacificador de la República.

El carácter de Gómez es generalmente conocido. La bondad de su alma y la alteza de sus nobles sentimientos, se manifiestan en todos los actos de su vida pública ó privada.

Cuando le expusimos nuestros propósitos, una breve sonrisa agitó su fisonomía.

—¿ Desea usted conocer, como periodista de nuestra Causa, mis impresiones con relación á mi viaje á Oriente?

Como Jefe Expedicionario y como Pacificador de la República, título de honor, con que quiere enaltecer mi hoja de servicios la Restauración Liberal, mi Jefe y amigo el General Cipriano Castro, he de decir á usted, con la franqueza de mi carácter, que sentiré como venezolano amante de mi Patria y de mis conciudadanos, derramar una gota de sangre en la recuperación, no de Guayana, casi toda en poder de las armas nacionales, sino de Bolívar, último recodo en donde se asila la Revolución.

Pero esa manifestación precisa de mis sentimientos, que nadie pondrá en duda, se separa completamente del cumplimiento estricto de mis deberes, si para ello tuviere forzosamente que ejecutar lo contrario en mis planes de campaña.

Las fuerzas que me acompañan al Orinoco; la brillante oficialidad de que dispongo, y el respeto que merecen la Bandera de mi Causa y su Egregio Conductor, determinan en mi temperamento militar un cúmulo de obligaciones y de compromisos, á los que rindo todo el homenaje y todo el cariño que mi lealtad me impone.

Por otra parte, teniendo siempre en cuenta la justicia que nos asiste, nada habrá que detenga el empuje de nuestras armas y el triunfo de nuestra Causa. Porque tengo esa convicción íntima, es que le dije á usted al comienzo de esta conversación, que sentiría lo inútil de la sangre que pudiera verterse en Ciudad

Bolívar, si se empeñaran los que hoy la retenien en su poder, en sostener una lucha fuera de toda lógica, de toda moral y de todo prestigio.

—¿Crée usted en el viaje de Rolando á Colombia?

—No me consta de modo absoluto; pero tampoco me preocupa. Con Rolando ó sin Rolando, la Bandera de la Restauración será clavada en el Capitolio de Guayana, y Rolando debe saber que lo que yo digo lo cumplo, porque en ello va mi vida y mi honor.

—¿Cuándo piensa usted partir?

—Mañana sábado, en el tren de la tarde.

Nos retiramos de la honorable morada del General Gómez, dándole las más expresivas gracias por la exposición de sus ideas, que verá con gusto la opinión pública, en la presente edición de *El Constitucional.*

Telégrafo Nacional.—De Carúpano, el 9 de julio de 1903.

Señor General Castro.

Caracas.

Puerto España: julio 5 de 1903.—Trascribo á usted el siguiente cablegrama del General Gómez:

«Irapa: julio 2 de 1903.—*General Castro.*—Caracas.—Ayer 2 á las 2 p. m. encontramos al enemigo en este pueblo; desalojado de aquí, fue perseguido y cortado en Campo Claro y después de tres horas y media de reñido combate, quedó completamente derro

tado y disperso por las montañas, dejando en nuestro poder las bestias aperadas de los Generales Antonio Paredes y Manuel Morales, quienes huyeron á pie; se han recogido hasta ahora 200 armas y bastantes municiones; de nuestra parte no hemos tenido pérdidas notables de muertos y heridos; sólo contamos al General Pérez Bustamante y algunos oficiales. El enemigo tuvo bajas muy considerables, y entre ellos prisioneros tenemos al Ayudante de Paredes, Coronel Cabello, el General Castillo y otros; el General Matá Illas con sus fuerzas ha quedado encargado de la persecución y espero que los fugitivos Paredes y Morales caerán en su poder. Yo me dirijo al punto convenido.

Felicítolo por este nuevo triunfo que ha dejado pacificado este litoral y ocupadas las poblaciones de Güiria é Irapa.

Su amigo,

J. V. GÓMEZ.»

Mis felicitaciones cordiales.

Su amigo,

Requena.

Telégrafo Nacional.—De Soledad, el 12 de julio de 1903.—Las 5 hs. p. m.

Señor General Castro.

Le trascribo á usted la siguiente nota que acabo de recibir de Bolívar:—«*Ciudadano General Comandante de las fuerzas acantonadas en Soledad.*—Muy señor nuestro.—Tenemos el honor de participar á usted que en las primeras horas del día de mañana saldrán los suscritos

de este puerto abordo de un vapor, en desempeño de una comisión del Cuerpo Consular de esta ciudad y del Comercio, cerca del Jefe Expedicionario del Gobierno.— Suplicamos á usted dar sus órdenes en consecuencia á fin de que las avanzadas situadas en las riberas del Orinoco no hagan fuego sobre el referido vapor.—Con sentimientos de alta consideración somos de usted atentos y s. s., *Antonio María*, Obispo de Guayana.—*Jesse Henderson*, U. S. Consular Agent.»

Como no encierran nada que se relacione con los Jefes Revolucionarios de aquella plaza, no he creído conveniente resolver su contestación y he detenido al Comisionado mientras usted resuelve y me comunica sus órdenes.

Dios y Federación.

Emilio Rivas.

Telégrafo Nacional.—De Caracas á Soledad, el 12 de julio de 1903.

General Emilio Rivas.

Acabo de saber la comisión que trae el Presbítero Federico G. Steg, que anuncia la que vendrá próximamente, y me adelanto á darle las instrucciones del caso.

Dirá usted á la Comisión que deben esperar la llegada del General Gómez, que es cosa de momentos más, pero que mientras tanto, debe la Comisión proveerse de la autorización suficiente del Jefe Militar que haya en la plaza de Ciudad Bolívar. Que pueden también convenir mientras tanto en suspensión de hos-



tilidades, pero que en este caso opina usted, que deben hacer que el Jefe de la Plaza de Ciudad Bolívar mande un vapor río abajo con bandera blanca á imponer al General Gómez de la suspensión de hostilidades que usted le comunicará, á efecto de que sin inconveniente alguno él pueda avanzar con la escuadra y el Ejército á Soledad á ocuparse del asunto.

Dios y Federación,

CIPRIANO CASTRO

Telégrafo Nacional.—De Caracas á Soledad, el 12 de julio de 1903.

General Emilio Rivas, para trasmitir al General Gómez.

Por los telegramas que he recibido, comprendo que el enemigo de Ciudad Bolívar quiere tratar, y al efecto me anticipo á darle mis instrucciones.

En cambio de evitar más derramamiento de sangre estéril, no hay inconveniente en que usted oiga las proposiciones que haga el enemigo, pero la base del arreglo que usted pacte, debe ser la siguiente:

Que el enemigo se entregue á discreción con todos sus elementos de guerra, en cambio de todas las garantías que usted otorgará á Jefes, oficiales y soldados á nombre del Gobierno Nacional, con la única excepción de Farreras, que queda sometido á juicio ordinario por el delito de traición.

Dios y Federación,

CIPRIANO CASTRO.

Telégrafo Nacional.—De Soledad á Caracas, el 13 de julio de 1903.—Las 12 hs. 40 ms. a. m.

General Castro.

El vapor *Bolívar* llegó esta noche á las 12, el cual pasó hacia arriba de Ciudad Bolívar, y en cuyo vapor recibí orden del General Gómez de salir con mis fuerzas por tierra hacia donde el vapor me espera para pasar al otro lado de Bolívar.

Los otros vapores llegarán en la mañana. El General Gómez salió hoy á las 9 a. m. por tierra al lado de Ciudad Bolívar y según me informa el General Robles que vino á comunicarme estas órdenes, el General Gómez estará al frente de aquella población en el día de mañana, donde me encontraré yo también. Dejo en esta plaza 300 hombres y dos piezas de artillería.

Haremos todo lo posible, presentándose la ocasión, de evitar derramamiento de sangre.

Salgo en este momento.

Su amigo,

Emilio Rivas.

Telégrafo Nacional.—De Caracas, el 13 de julio de 1903. —Las 2 hs. 30 ms. p. m.

Señor General Castro.

Dice Arca Silva de Soledad:

«La 1 p. m.—Se oye fuego de maussers muy nutrido hacia la vía de Apure que era la que llevaba el General Rivas.»

Valarino.



Telégrafo Nacional.—De Caracas, el 13 de julio de 1903.
—Las 2 hs. 30 ms. p. m.

Señor General Castro.

Dice Arca Silva de Soledad:

«La 1 y 25 ms.—Han cesado los fuegos. Á la simple vista pudo ohservarse que fueron fuerzas del General Rivas y cuerpo avanzado de la Revolución.—Seguirán avisos.»

Valarino.

Telégrafo Nacional.—De Caracas, el 13 de julio de 1903.

Señor General Castro.

Dice Soledad:

«La 1 y 40 p. m.—Vapor *Socorro*, de los revolucionarios, con bandera nacional y americana, salió rumbo á donde está uno de los vapores nuestros.—Avisaré.»

Valarino.

Telégrafo Nacional.—De Caracas, el 13 de julio de 1903.
—6 p. m.

Señor General Castro.

Dice Soledad:

«Las 4 p. m.—Regresó el vaporcito revolucionario, después de larga estadía.—Despachada correspondencia para General Gómez.—El General Rivas ha tenido varios encuentros con el enemigo.»

Valarino.

Abordo de "El Restaurador".—Julio 13 de 1903.—Secretaría General.

Al Ilustrísimo señor Obispo de la Diócesis de Guayana.

Ciudad Bolívar.

Dentro de *veinticuatro horas*, se procederá al bombardeo y ataque de esa plaza y creo de mi deber comunicarlo á usted, por su elevado carácter eclesiástico y posición social, para que los ciudadanos pacíficos que deseen sustraerse de las fatales consecuencias que, puedan presentarse, y quedando á su disposición un vapor de la Armada Nacional para que en él se alojen los que sean pacíficos y así lo deseen.

Nota.—Esta comunicación es extracto de su original, que no pudo copiarse íntegra por haberse enviado la copia al General Gómez, con la contestación, y urgencia del caso.

Dios y Federación,

José R. García.

Obispado de Guayana.—Gobierno Superior Eclesiástico.—Ciudad Bolívar : 13 de julio de 1903.

Señor José R. García.

&., &.

Abordo de "El Restaurador."

Acusamos á usted el recibo de la comunicación oficial que usted nos dirige en su carácter de Secretario General de la Delegación Nacional en el Oriente de la República.

Profunda pena nos ha causado la noticia del ataque y bombardeo de esta plaza que usted nos trasmite; y debemos significar á usted que hemos hecho y estamos haciendo el mayor esfuerzo por evitar este doloroso y triste acontecimiento, tratando de conseguir un arreglo, que no vemos distante.

Agradecemos y aceptamos el espontaneo ofrecimiento de un vapor para trasportar las familias que quieran hacerlo.

Nuestros constantes votos son por la consecución de una solución pacífica y honrosa para ambas partes.

Con sentimientos de nuestra más distinguida consideración, somos de usted atento servidor y Capellán

Antonio María.
Obispo de Guayana.

Número 12.—Abordo del Vapor Nacional de guerra "El Restaurador".—13 de julio de 1903.—Secretaría General.

Al Decano del Cuerpo Consular de Ciudad Bolívar.

En sus manos.

En mi carácter de Secretario General, estoy suficientemente autorizado por el ciudadano Comandante en Jefe del Ejército Expedicionario y Delegado Nacional en el Oriente de la República, para decir á usted, á fin de que sin pérdida de instantes lo haga extensivo á los demás miembros del Cuerpo Consular de esa ciudad, lo siguiente :

De acuerdo con los preceptos del Derecho de Gen-

tes y para evitar las consecuencias fatales que puedan sufrir los extranjeros domiciliados en su jurisdicción, por los actos imprevistos y violentos, que son casi imposible de evitar en las acciones de guerra, notifico á usted que pasado el término de *veinticuatro horas*, que se contará desde que esta nota oficial sea puesta en sus manos, se procederá sin dilación alguna al bombardeo y ataque de esa plaza, con todas las medidas y seguridades indispensables para garantizar el triunfo del Ejército Constitucional de la República.

Espero que usted y sus demás compañeros del Cuerpo Consular tomarán las medidas que sean necesarias para evitar los perjuicios que puedan sufrir por el ataque á la plaza los extranjeros residentes en ella. El Gobierno Nacional en cumplimiento de sagrados é ineludibles deberes, se ve obligado á emplear la fuerza para someter á los rebeldes; pero quiere ante todo salvar su responsabilidad por los daños que puedan causarse en la lucha á los habitantes pacíficos; y de los cuales solo serán autores y únicos responsables los empecinados enemigos del orden.

El Comandante General de la Armada Nacional, tendrá á disposición del Cuerpo Consular un vapor para que en él se alojen los extranjeros que así lo deseen.

Le suplico el inmediato recibo de esta comunicación.

Dios y Federación,

José R. García.

Ciudad Bolívar: 13 de julio de 1903.

Señor Secretario General á bordo del Vapor de Guerra Nacional "Restaurador."

El suscrito, decano del Cuerpo Consular, ha recibido la comunicación número 12 de esta misma fecha y ha tomado conocimiento de su contenido, del que impondrá á los demás miembros del Cuerpo Consular, para que se proceda en consecuencia. Dejo así contestada la nota, á que me refiero.

L. Brokman.

Telégrafo Nacional.—De Soledad, el 14 de julio de 1903.
—Las 5 hs. p. m.—«Estación Miraflores, julio 13.—
Arrabales de Ciudad Bolívar.

General Castro.

En este momento acabo de recibir sus telegramas de ayer, los cuales remití al General Gómez; él se encuentra dándose la mano con mi línea de batalla.

Por estar en la organización de la línea de batalla, no le he visto aún en persona. Tengo informes que ayer fue el General Peñaloza á tratar con el General Gómez. Hasta esta hora no he sabido el resultado, pero lo que sí es cierto es que la ciudad está completamente sitiada y no les queda más recurso que entregarse. Ayer en la tarde batimos una gente de ellos, se le tomaron algunos prisioneros y diez y siete maussers con sus correspondientes cápsulas. De un momento á otro creo dar á usted favorable aviso.

Yo salgo al campamento del General Gómez al despacharme.

Su amigo y subalterno,

Emilio Rivas.»

Señor General Castro.

«Soledad.—Las 5 y 45 p. m.

Señor Valarino.

Ha vuelto á salir el vapor *Socorro* con bandera amarilla rumbo á nuestros vapores. Los fuegos han cesado por completo.

Avisaré,

Arca Silva.»

«Soledad.—Las 7 y 30 p. m.

Señor Valarino.

Regresa en este momento vaporcito revolucionario, después de larga conferencia allá en los vapores. Se oyen descargas hacia el Sur de Ciudad Bolívar.

Arca Silva.»

Su amigo,

Valarino.

Abordo de "El Restaurador".—Número 14.—13 de julio de 1903.

A los ciudadanos que componen la Comisión de paz.

En sus manos.

Por Decreto dictado por el Gobierno Nacional qu

concede garantías á todos los individuos que depongan las armas y entreguen las municiones de guerra, y que se ha venido cumpliendo en todo el País, les digo á ustedes, que en el mismo sentido se puede convenir con los revolucionarios que ocupan la plaza de Ciudad Bolívar, siempre que ellos hagan la entrega formal de las expresadas armas y municiones, reconociendo la autoridad del Gobierno en favor de la paz nacional.

Dios y Federación,

José R. García.

Telégrafo Nacional.—De Caracas, el 14 de julio de 1903.

Señor General Castro.

Dice Soledad con fecha de hoy:

"Son las 5 a. m. La noche ha pasado tranquila. Anoche á las 9 volvió el vaporcito hacia los vapores. Ahora podré darle informes."

Su amigo,

Valarino.

Cañafístola: 14 de julio de 1903.

Ciudadano General Nicolás Rolando.

Ciudad Bolívar.

Habiendo usted mandado ayer al General José Manuel Peñaloza, como Comisionado suyo para tratar de la entrega de esa plaza, he accedido á concederle las horas de prórroga que usted exige para firmar la capitula-

ción. En tal virtud, usted indicará á mis Comisionados, á qué hora del día de hoy debo mandar á esa ciudad los Jefes encargados de recibir la plaza y los elementos de guerra en ella existentes.

Dios y Federación,

J. V. Gómez.

Telégrafo Nacional.—De Caracas, el 14 de julio de 1903. —Las 3 hs. p. m.

Señor General Castro.

Dice Soledad:

"La 1 y 40 p. m.—Continúa la calma en Bolívar y continúan también los viajes del vaporcito revolucionario donde los vapores del Gobierno; pero nada hemos podido saber. Avisaré."

Su amigo,

Valarino.

Telégrafo Nacional.—De Soledad, el 14 de julio de 1903. —Las 6 hs. p. m.

Señor General Castro.

Me dice Operario de Soledad:

El *Zamora* y el *Restaurador* están en la vía hacia Trinidad; el primero está en Punta de Mateo, legua y media de Bolívar, y el segundo en los corrales de Soledad, como á mil metros de la Aduana. Ambos bloquean la parte baja del Orinoco.

El *Miranda* está situado en la vía de Apure, entre

Punta de Piedra, y el Cerro de Orocopiche, á una legua de Bolívar.

El *Bolívar* no ha llegado, ó por lo menos no se vé. Estaba para Trinidad, que fue á buscar provisiones y carbón.

Continúa calma. Espero noticias esta noche que le trasmitiré.—*Arca Silva.*"

Valarino.

Telégrafo Nacional.—De Soledad, el 14 de julio de 1903. —Las 7 hs. p. m.

Señor Valarino.

Á última hora se me informa que el vapor *Bolívar* llegó y que está situado hacia la vía de Trinidad.

Arca Silva.

Telégrafo Nacional.—De Soledad, el 14 de julio de 1903.

Señor General Castro.

Gestionamos con el General J. V. Gómez á fin de evitar el derramamiento de sangre, y él cumpliendo órdenes de usted, dice que el solo obstáculo consiste únicamente en la persona del General Farreras.

Imploramos de usted por el bien de esta tierra, por el nombre de usted que á la hora actual representa un Gobierno ya poderoso por su triunfo total sobre la Revolución. lo que obliga á usted á ser magnánimo por el bien de t os.

etramos de usted ordenar General Gómez,

quien como el General Rolando se encuentra bien inspirado para que sea garantizada la persona del General Farreras.

General: á usted se le ofrece la ocasión de consolidar sin verter más sangre hermana, la paz de la pobre Venezuela y no es de creerse que para conseguirla y cimentarla para siempre su Gobierno, haya de ser necesaria la sola vida de un hombre.

La generosidad es timbre de las almas nobles y de los poderosos, y usted ha sido lo uno y hoy sin duda lo otro.

Á nombre, pues, de esta ciudad atribulada, por el bien de todos, solicitamos de usted esa generosa resolución. Aguardamos de usted su respuesta antes de que fenezca el término perentorio fijado por el General Gómez para empezar la lucha.

La hora fijada son las 8 a. m. de mañana.

Somos de usted servidores y amigos,

Antonio María, Obispo de Guayana; *Luis Brokman*, Cónsul del Imperio Alemán; *Jess Henderson*, Agente Consular de los Estados Unidos de América.

Nota.—Recibida del Agente Consular de Francia á las 9 y 15 p. m. Fechado hoy en Ciudad Bolívar y consignado en esta oficina.

Arca Silva.

Telégrafo Nacional.—Cañafístola: 15 de julio de 1903.

Señor General Cipriano Castro.

Carac[illegible]

Recibido su telegrama del 12. Ya había pr[illegible] [illegible]do

de acuerdo con su pensamiento y órdenes. Como tengo el enemigo completamente encerrado, mis avanzadas sobre las calles de la ciudad, lista la escuadra, y la artillería de tierra convenientemente situada, para romper los fuegos, úrgeme su contestación al Obispo de Guayana, Cuerpo Consular y General Rolando para proceder.

Su amigo,

J. V. Gómez.

Telégrafo Nacional.—De Caracas, el 15 de julio de 1903.

Antonio María, Obispo de Guayana; Luis Brokman, Cónsul del Imperio Alemán; Jess Henderson, Agente Consular de los Estados Unidos de América.

Soledad.

¡ Cuánto siento que cuando por primera vez se dirigen ustedes á mí, y con laudable fin, no pueda yo corresponder, conforme á los impulsos generosos de mi corazón !

Lo que ustedes piden é imploran, desgraciadamente, es lo que ya no pertenece al campo de la generosidad, porque ello quebrantaría profunda y desastrosamente, los resortes morales de la sociedad en que vivimos, y de cuya dirección soy hoy el responsable ante Dios, ante la sociedad y ante mi propia conciencia, y que, precisamente es la causa primordial de todas nuestras desgracias pasadas y presentes que pesan hoy c ɔo lápida mortuoria é ignominiosa sobre la República.

En efecto, yo puedo hacer todo, menos hacerme cómplice y encubridor de un gran crimen con todas sus consecuencias, como es el que ustedes habrán tenido ocasión de palpar con motivo de la traición de Farreras, por haberse consumado y desarrollado precisamente en esa ciudad. ¡Cuántas lágrimas, sangre y desolación ha causado, ustedes lo saben! ¿Cómo podría yo, quedando tranquila mi conciencia, constituirme en amparador de semejantes delitos? Qué dirían los agraviados, qué la vindicta pública y qué la sanción moral?

Siempre he creído que Dios es Dios por su justicia, y que el hombre debe cumplir con su deber aún á riesgo de comprometer su existencia.

Cuantas veces he podido ejercer la clemencia no he vacilado ni un instante, por ser el impulso natural de mi corazón; pero hay casos, como en el presente, en que no es dable dejar de hacer cosas que por la naturaleza de ellas mismas ya están hechas. En otros términos, lo hecho no es dable deshacerlo ni á Dios mismo con todo su Poder y con su infinita misericordia.

Lo único que en el presente caso me es dable hacer es, lenizar esa difícil situación creada para esa sociedad, y para ello me dirijo al señor General Gómez comunicándole mis instrucciones sobre el particular.

Con toda consideración me suscribo de ustedes atto. s. s. y affmo. amigo,

CIPRIANO CASTRO

Telégrafo Nacional.—De Caracas, el 15 de julio de 1903.

Señor General J. V. Gómez.

Soledad.

He visto el telegrama que me dirigen el Obispo de esa ciudad y los Cónsules del Imperio Alemán y de los Estados Unidos de América, sobre garantías y seguridades para la persona del traidor Farreras, garantías y seguridades que desgraciadamente yo no puedo acordar, porque me haría responsable de su crimen y por consiguiente más criminal que él!

En este sentido he contestado á los expresados señores, pero les digo á la vez que procuraré lenizar la difícil situación en que se encuentra la ciudad. En consecuencia usted no romperá las hostilidades sobre la ciudad, sino que se concretará únicamente por el tiempo que sea necesario, á establecer y manter el sitio de ella, de modo que por nuestra causa no haya ninguna víctima, salvo el caso en que algunas de sus fuerzas, que establecen dicho sitio sea atacada por el enemigo, tratando de hostilizarlas ó de romper paso.

En su familia no hay novedad.

Lo saluda en unión de todos los amigos, y lo abraza su amigo,

CIPRIANO CASTRO.

Telégrafo Nacional.—De Soledad á Caracas, el 15 de julio de 1903.—Las 5 hs. a. m.

Señor General Castro.

Estoy impuesto del telegrama que han dirigido á

usted Su Señoría el Obispo de Guayana y los miembros del Cuerpo Consular.

Deseo evitar un derramamiento de sangre que resulta estéril en virtud de las circunstancias excepcionales en que se encuentra la Revolución que hace más de año conmueve la República, y juzgo que se ofrece á usted la ocasión de sellar con un rasgo patriótico este largo proceso de lucha garantizando la persona del General Ramón C. Farreras, único inconveniente según el General Gómez, y autorizando á éste para que acepte la fórmula de tratado y nó como pretende, una entrega á discreción lo que es también desde luego otro grave inconveniente.

La anterior gestión no envuelve ningún respecto ni de parte del heroico y abnegado Ejército que me honro en comandar, ni de la mía, una debilidad, pues si fatalmente no llegáramos á un decoroso avenimiento, este Ejército sabrá cumplir como siempre con las imposiciones del deber.

Soy de usted estimador,

Nicolás Rolando.

Nota: Fechado ayer en Ciudad Bolívar y consignado en oficina de Soledad hoy.—*Arca Silva.*

Telégrafo Nacional.—De Caracas, el 15 de julio de 1903.

General Nicolás Rolando.

Ciudad Bolívar.

Acabo de recibir hoy su telegrama de ayer.

Estoy impuesto también del telegrama del Obis-

po de Guayana y de los Cónsules americano y alemán, cuya contestación puede usted solicitar, y que desde luego hago también suya; pero, por las apreciaciones que su telegrama contiene, no quiero ni debo dejar inadvertidas, y paso á ocuparme de ellas.

Si usted fuera realmente un hombre honrado y patriota no habría entrado en esa Revolución, la más injustificada y criminal, no sólo por la sinrazón de ella sino por la connivencia que ha tenido, desde que se fraguó con los enemigos de la Patria, ó lo que es lo mismo, con el extranjero.

Pero en el caso de ser justificable, ella podría haber tenido razón hasta La Victoria y San Mateo! De allí en adelante es doble crimen, porque ya no se cubrían las apariencias de dicha connivencia, sino que ese extranjero vino contra la República con sus acorazados, y con su fuerza brutal, á imponer lo que los traidores á la República no les podían dar. El Gobierno que me honro en presidir, apercibido perfectamente de la gravedad de la situación, sacrificó por su parte, para su salvación, cuanto un patriota bien inspirado, puede sacrificar en holocausto á la Patria! Esta conducta patriótica, todavía, no se supo interpretar por los aferrados al delito, por los que son capaces de todo en cambio de satisfacer sus ambiciones personales, y que dificultó en mucho los arreglos que por aquellos momentos tuviera que aceptar el Gobierno de la República, para salvar la honra y la integridad nacional, que nos confiaran los Padres de nuestra Independencia á costa de tantos sacrificios!

Cuanto más se pudo hacer, en pró de la República, en aquellos momentos supremos, se hizo. Y no obstante,

y á pesar del fraternal llamamiento que el Gobierno de la República hiciera á todos los *libertadores*, á los cuales pertenece usted, no concurrieron, se quedaron, no sólo retraídos, sino sordos al llamamiento que la madre Patria atribulada, en sus mayores momentos de conflicto, hacía á todos sus hijos!

Su conducta por el contrario continuaba unida al enemigo común. Y de aquí que hayamos visto y presenciado, que estos empecinados enemigos, á pesar de haber transigido el Gobierno decorosamente el conflicto internacional, aun cuando con pérdidas materiales, hayan continuado en su labor de exterminio, de perfidia y de [illegible] para la República, como lo demuestran perfecta y evidentemente las batallas de Camatagua, El Guapo, Barquisimeto, Mata Palo, Campo Claro y hoy Ciudad Bolívar, el último baluarte no de los criminales de la República sino de los traidores á la Patria, que no de otra manera se pueden calificar por los venezolanos en quienes [illegible] sentido común, y por las Naciones extranjeras que nos vienen observar [illegible] en este [illegible]

[illegible]

fiere, que colocarse en el camino del honor y del deber ?

Así lo entiendo yo, así lo tendrán que entender todos los que no sean pérfidos é inhumanos con la República, y así lo tendrá que recoger la Historia, para que queden inscritos en sus páginas los que han obrado bien y los que han obrado mal.

Ofrecer el Gobierno garantías y seguridades, en estas circunstancias, á este último resto de delincuentes, por un acto de generosidad extréma, y para aliviar á Venezuela y á esa ciudad de más sonrojos y de más desgracias, entiendo yo que es el colmo de la abnegación patriótica. Así como entiendo que pedir, en estas circunstancias, que se comprenda en esta conmiseración á un doble traidor, es el colmo de la iniquidad y de la aberración á que conducen á los hombres las pasiones políticas.

Si tal concediera mi obra quedaría imperfecta, me desautorizaría yo y perecería la República con razón !

Yo que no aspiro á otra cosa que á la conservación de mi buen nombre, y á la tranquilidad de mi conciencia, en caso como el presente, sacrificando todo cuanto sea preciso, como lo he hecho hasta hoy, no puedo menos que hablarle á usted en un lenguaje austero y sincero, como dejo hecha relación, para que sepa que prefiero siempre el triunfo de las ideas, de los principios y del bien á toda costa, es decir, que para Farreras no puede acordar garantías, quien lleva muy en alto y por sobre las pasiones de toda la humanidad, la bandera de la verdad, la razón, la justicia y la equidad.

No entro en calificar el rasgo patriótico que usted me pide para Farreras, lo dejo á la posteridad y á la historia. Me ocupo sí del hecho grave que usted califica de una entrega á discreción. Esa entrega á discreción indispensable é indiscutible que yo he exigido, es la única atenuación que yo puedo presentar para otorgarles garantías á traidores á la Patria como usted. Y si usted, acostumbrado á pedir mucho, cree que hoy es poco, mañana sabrá que no es más que un acto de generosidad extrema, de abnegación, patriotismo y humanidad.

En cuanto á su último párrafo, ó sea las imposiciones del deber, no seré yo ni usted quienes apreciemos quien ha llenado ese deber. Ello corresponde á la posteridad y á la historia. Mi deber, por hoy, es hablar franca y categóricamente y así lo hago.

Soy de usted compatriota,

CIPRIANO CASTRO

Abordo de "El Restaurador".—Julio 15 de 1903.

Ciudadano Comandante General de la Armada Nacional.

Acabo de recibir su carta en la que me avisa la llegada del vapor francés y me adjunta correspondencia de Trinidad.

Ya verá usted que la orden que le he dado para que los buques extranjeros no traspasen nuestra línea, puede cumplirse sin mayores dificultades y sin apelar á la fuerza. El francés ha reconocido nues-

tro derecho y respetado la orden, y lo mismo debe hacerse con el inglés y con los demás que lleguen.

En cuanto al vapor americano que usted dejó pasar para el puerto, es preciso que usted le exija el cumplimiento de la promesa que le hizo de regresar pronto y ponerse fuera de la línea. Esta exigencia debe usted fundarla con moderación y buenas razones, en la conveniencia y necesidad para ambas partes, de que los buques extranjeros no vayan á sufrir nada al romperse los fuegos. En esta forma nuestra reclamación es enteramente aceptable, y no creo que presente ninguna duda, dada la neutralidad que deben guardar en los asuntos del País los buques extranjeros.

Dios y Federación,

J. V. Gómez.

Telégrafo Nacional.—Caracas: julio 15 de 1903.—La 1 p. m.

Señor General Juan V. Gómez.

Recibido su último telegrama.

Las órdenes comunicadas á usted en mi telegrama anterior, quedan vigentes; pero he de advertirle, que si el enemigo se quiere dirigir á usted debe comunicarle lo siguiente: que para el cumplimiento de las proposiciones anteriores, les dá el término de veinte y cuatro horas, es decir, que después de este término, no aceptará sino la entrega á discreción, sin condiciones de ninguna especie.

Por supuesto, que en todo caso, usted esperará el efecto del sitio, que al cabo dará sus resultados.

Abrázolo.

CIPRIANO CASTRO.

Campamento de Cañafístola.—Julio 16 de 1903.

Comandante General de la Armada Nacional.

Impuesto de su carta de anoche digo á usted lo siguiente :

Primer punto. En cuanto á la entrada de los vapores extranjeros al puerto, usted debe atenerse única y exclusivamente á las órdenes terminantes que le he dado sobre el particular; pues por ningún motivo, nos conviene, ni podemos permitir que esos vapores traspasen nuestra línea. Lo malo fue que usted le hubiera permitido al americano entrar en el puerto, sin consultármelo previamente; pero ya que así sucedió, es preciso que usted procure remediar el mal y hacer salir el vapor fuera de nuestra línea.

Segundo punto. Yo no puedo resolver lo que pretende el Comandante del vapor americano sobre los vapores de la Compañía del Orinoco, porque este es un punto delicado y yo soy un Jefe Subalterno que tengo mi superior inmediato, que es el ciudadano Presidente de la República. Es este alto funcionario el encargado de resolver la solicitud del Comandante del vapor americano, y en consecuencia, le haré consulta lo más pronto posible. Así debe usted hacérselo saber al expresado Comandante.

Cuarto punto. Con respecto á la exigencia de los

Comandantes de los vapores americano y francés, para que se les conceda veinte y cuatro horas más de prórroga para atacar la plaza, lo autorizo á usted para que les diga á dichos señores Comandantes, que no tengo inconveniente en concederles la prórroga, siempre que ellos pongan *inmediatamente* sus buques fuera de la línea de combate. Debe expresarles á los señores Comandantes que además de que es un derecho del Gobierno hacer desocupar el Puerto que va á ser atacado, quiero que en ningún caso se presente reclamación por mis actos como Jefe Militar, y por esa razón me propongo evitar toda colisión de intereses.

Finalmente, observo que en todas sus cartas me pide usted órdenes sobre asuntos muy delicados, y cuando esas cartas llegan á mi poder, ya usted ha resuelto esos puntos por su sola cuenta. Lo intereso para que en lo sucesivo proceda de otro modo, porque estando yo aquí, en representación del Gobierno Nacional, ningún otro empleado civil ó militar debe dictar Resoluciones de carácter grave; y usted en cada caso que ocurra está obligado á hacer esta declaración terminante á los Comandantes de los buques extranjeros.

Dios y Federación,

J. V. GÓMEZ.

Campamento de Cañafístola: julio 18 de 1903.

Ciudadano Teniente Comandante del buque de guerra americano "Bancroft."

He recibido su atenta comunicación de esta misma cha, en que me participa que retira su petición so-

bre suspensión de hostilidades, porque el General Rolando ha manifestado continuar dichas hostilidades, y porque á usted se le ha hecho imposible recibir la contestación del Ministro Americano de Caracas, por no haberse podido restablecer la línea telegráfica.

De todo lo cual he tomado debida nota, y doy á usted las gracias por su cortesía.

Dios y Federación,

J. V. Gómez.

DISPOSICIONES DEL GENERAL GOMEZ PARA EL ATAQUE DE CIUDAD BOLIVAR

INSTRUCCIONES PARA EL ATAQUE

El General Araujo debe atacar á las cuatro de la mañana, con un Batallón bien organizado con 16 oficiales de lo mejor, que deben ir con el Batallón.

La operación debe ser ejecutada por una Compañía, y el resto del Batallón es para apoyar los puntos que vaya tomando la Compañía, la que debe llevar seis varas de distancia de un soldado á otro y proceder con el mayor sigilo para poder dar la sorpresa sobre las trincheras.

Al General Araujo le toca «La Esperanza,» al General Urdaneta «El Zamuro,» y al General Rivas «Cerro del Colorado» y «El Convento.» Estos dos Jefes, cada uno con un Batallón y organizado lo mismo que el del General Araujo, atacarán los tres á la m

ma hora, calculando que al que le toque la distancia más larga debe ser el que rompa los fuegos primero.

Cada Batallón debe llevar un buen Jefe.

Tomados los tres puntos indicados, hay que reforzarlos con un Batallón cada uno, para que los demás sigan cargando sobre el Centro.

Si la operación se hace bien, el triunfo es seguro.

Por la noche se dará orden al Comandante de la Escuadra para atacar por «Punta de Mateo» al sentir que se han roto los fuegos.

J. V. GÓMEZ.

Julio 18 de 1904.

Telégrafo Nacional.—Soledad: 19 de julio.— Las 4, 30 a. m.

Señor General Castro.

Se pelea vivamente en Ciudad Bolívar.

Las 6 a. m.

La batalla se generaliza, la artillería hace fuegos nutridos.

Las 6 y 20 a. m.

Continúa el combate, se oyen grandes y nutridas descargas de maussers y artillería.

Las 6 y 45 a. m.

Uno de nuestros artilleros aquí herido. Continúa más recia la batalla. Ciudad Bolívar no se ve, está cubierta de densas nubes de humo.

———

Las 6.50 a. m.

Las fuerzas del Gobierno acaban de ocupar el Cementerio. Nuestras fuerzas cargan bizarramente por la Alameda. La artillería de la Escuadra funciona con acierto. Esto es horroroso.

———

Las 7 a. m.

Continúa la batalla, el fuego es muy nutrido.

———

Las 7.20 a. m.

Continúa la batalla sin interrupción.

———

Las 7.30 a. m.

El Cementerio es diputado heroicamente. El General Rivas con su empuje irresistible avanza haciendo prodigios de valor.

———

Las 9. a. m.

Los fuegos se sostienen en la misma intensidad.

El de las fuerzas de Soledad me avisa que las fuerzas del Gobierno pelean ya dentro de la ciudad.

Á Bolívar no se ve, porque está totalmente envuelta en el humo del combate. La Escuadra hace fuego sobre el Capitolio.

Operario.

Soledad: 19 de julio.

General Castro.

Las 7 a. m.

Á las 4 a. m. se rompieron los fuegos en casi toda la línea. Con mi Batallón y una pieza de artillería apoyo á nuestros amigos. No he tenido novedad.

Dios y Federación,

Toro Fernández.

Soledad.—Las 9 y 20 a. m.

Continúa el fuego nutrido. Nuestras fuerzas están peleando ya dentro de la ciudad.

La bandera tricolor que estaba en el Capitolio casi ha desaparecido.

Las 10 y 30 a. m.

Las fuerzas del Gobierno cargan sobre el Capitolio y sobre el Zamuro.

Esta hecatombe es espantosa.

Las 11 y 30 a. m.

Se pelea en todas partes.

La Escuadra cañonea simultáneamente.

Las 12 y 35.

Continúa el fuego.

La 1 y 30 p. m.

Se sostiene la intensidad de los fuegos.

Las 2 y 30. p. m.

Me dice el Jefe Civil que el General Rivas ha ocupado todas las posiciones que ha atacado.

El fuego de la artillería es nutridísimo.

Los vapores *Restaurador* y *Miranda* han sostenido los fuegos de sus baterías.

En este momento las fuerzas del Cobierno dan una carga general.

Las 3 p. m.

Se pelea sin interrupción.

Operario.

Telégrafo Nacional.—De Caracas, el 20 de julio de 1903.—Las 9 hs. 40 ms. a. m.

Señor General Castro.

Dice Soledad con fecha 19:

"Son las 4 p. m.

Continúa el combate sin interrupción."

Caracas: 20 de julio de 1903.

Dice Soledad:

"Del 19.—Las 5 p. m.—Se sigue peleando; la artillería naval hace tiros muy certeros."

Valarino.

Soledad: julio 20.—Las 6 a. m.

Señor General Castro.

La batalla ha continuado sin cesar toda la noche

No tengo todavía noticias del campamento que dar.

Soledad: 20.—7,45 a. m.

Ayer á las tres p. m. se interrumpió la línea entre Canoa y Tigre.

Hoy restablecida.

Los avisos idos hasta ayer á las 3 p. m.. Hoy telegrafié ya á las 7 y 45 y el combate continúa.

Anoche hubo mucha carga en toda la línea de batalla.

Soledad: 20.—8 a. m.

Continúa sin interrupción la batalla.

Soledad, 20.—8 y 15 a. m.

Siguen peleando. La parte abajo de la Alameda está ocupada por fuerzas del Gobierno.

Soledad, 20.—1 y 30 a. m.

Continúa el fuego.

Soledad, 20.—8 y 45 a. m.

Continúa el combate. Hoy no están en actividad los cañones de la Escuadra porque están de por medio nuestras fuerzas que cargan por el centro.

Soledad, 20.—9 a. m.

La batalla continúa con el mismo vigor.

Soledad, 20.—9 y 15 a. m.

Continúa el combate y el fuego vivo en toda la línea de batalla.

Soledad, 20.—9 y 30 a. m.

Ninguna alteración en el combate. Se pelea incesantemente.

Soledad, 20.—Las 2 y 45 a. m.

Continúa el combate de manera furiosa. El *Restaurador* ha roto los fuegos sobre la parte alta de la Alameda. La artillería de tierra comienza á cañonear el Capitolio.

Esto es horroroso ! ! Estamos como bajo la acción de una gran tempestad. Una granada cayó aquí cerca; no estalló.

Soledad, 20.—Las 20 y 15 a. m.

El vapor *Bolívar* también ha roto sus fuegos sobre la Alameda y las formidables trincheras del enemigo y para apoyar á las fuerzas del Gobierno que vienen cargando sobre la Alameda.

Ya puede observarse los grandes claros que la Escuadra hace.

Soledad: 20 de julio.—Las 11 a. m.

Continúa el combate sin interrupción alguna.

Se pelea en la esquina de Dalton y la Aduana vieja. El *Bolívar* cañonea desde la piedra del medio.

Soledad: 20 de julio.—Las 11 y 15 a. m.

Continúa el combate.—Se pelea en el Mercado. Los enemigos se repliegan.

Las 11 y 30 a. m.

El Gobierno ha tomado el Acueducto y el Mercado; el enemigo refugiado en la Cárcel y algunas azoteas que hay cerca; el *Bolívar* apoya con fuegos certeros.

Telégrafo Nacional.—De Soledad, el 20 de julio de 1903.—Las 5 y 30 a. m.

General Castro.

Continúa el combate.

En este momento se me informa que las fuerzas del Gobierno han logrado tomar por la cuarta y quinta vez el Cementerio, que siguieron cargando y ocupan ya la altura de la Plaza Miranda.

Telégrafo Nacional.—De Soledad, el 20 de julio de 1903.—Las 5 y 45 a. m.

Vino un oficial del campo de batalla. Me informa que las fuerzas del Gobierno tomaron el cerro del Zamuro. Esta era la gran fortaleza de esos hombres. La tenían como un Sebastopol.

Dice además el oficial que el *libertador*, General Azanza, que defendía el Zamuro, murió en el combate.

Telégrafo Nacional.—De Soledad, el 20 de julio de 1903.—Las 6 a. m.

Un oficial me trae el siguiente papelito para que usted se sirva entregar al General Castro. Dice así:

"Señor Telegrafista de Soledad:

Diga usted al General Castro que descanse tranquilo.—GÓMEZ.—Nota: fechado hoy en la tarde en campo de batalla.—Avise recibo de esto."

Telégrafo Nacional.—De Soledad, el 20 de julio de 1903. Las 6 y 45 p. m.

Continúa el combate encarnizadamente. Las fuerzas del Gobierno cargan imperturbablemente. El General Rivas se bate con el Capitolio pecho á pecho, y el *Bolívar* apoya la carga sobre la Aduana y Guardia de cárcel. Es necesario ver esto para juzgar del heroismo de nuestros soldados.

Telégrafo Nacional.—De Soleded, el 20 de julio de 1903. —Las 7 p. m.

Los fuegos de la Escuadra han cesado y apenas se oye alguna descarga aislada.

Las 7 y 30 p. m.

Las fuerzas del Gobierno ocuparon la Aduana después de diez horas de combate.

Continúa el silencio en Bolívar; apenas se oye algún disparo aislado.

La noche muy oscura, no permite observar nada. Hay aquí gran vigilancia en el río.

Las 8 p. m.

Yo había hecho igual encargo á todos los amigos de esas oficinas para trasmitir avisos de la noche. Continúa el silencio, no se oye un tiro.

Esa gente no tiene retirada alguna. Ellos, los revolucionarios, rompieron el dique de la laguna, uniendo esta con el río y ha anegado toda la parte baja de la Alameda. Quedaba un flanco descubierto, el del Zamuro: este lo tiene el Gobierno; por el río la Escuadra y acá las fuerzas de Soledad y un cañón. De manera que á estos hombres no les queda más camino que hacerse matar ó caer prisioneros, ó lo que es peor, la vergüenza, es decir, presentarse después de tantas víctimas inmoladas por su ambición.

Las 9 p. m.

Continúa en el mismo estado: un tiroteo.

Las 9 y 45 p. m.

El tiroteo se sostiene en el mismo estado.

Las 10 p. m.

Continúa el tiroteo en el mismo estado.

Las 10 y 15 p. m.

Continúa en el mismo estado el tiroteo.

Las 10 y 15 p. m.

Trascríbole siguiente telegrama:

"Soledad, 20 de julio.—*General Castro*:—Muy en breve coronará éxito grato General J. V. Gómez y sus valientes titanes. Á esta hora (las 5 p. m.) llegan fuerzas restauradoras á sitiar y estrechar el Capitolio. Ene-

migo ha resistido por las posiciones, pero á las cargas de los valerosos soldados restauradores, ya se sienten anonadados. Un esfuerzo más y ya los veremos vencidos.—*J. M. Blanco.*" Se vuelve á oír el fuego de mausser.

Las 11 p. m.

El tiroteo ha disminuido algo.

Las 12 y 15 p. m.

Hace como media hora cesó el fuego.

Las 12 y 30p. m.

Harán cinco minutos se oyen tiros aislados.

La 1 y 15 a. m.

Han cesado por completo los fuegos.

Las 2 a. m.

Han cesado los fuegos.

Las 2 y 30 a. m.

Continúa el silencio.

De hoy 21.

Las 3 a. m.

Silencio profundo. No se oye un tiro.

Julio 21.—Las 3 y 30 a. m.

Silencio profundo.

Las 4 y 30 a. m.

Continúa el silencio.

Las 5 a. m.

Continúa el silencio; no se oye un tiro.

Las 5 y 15 a. m.

Se oyó en este momento el pito de un vapor.

Las 5 y 30 a. m.

Continúa la calma. El vapor sigue pitando.

Las 5 y 55 a. m.

Se oyen algunos disparos aislados.

Soledad, 21 de julio de 1903.—Las 6 a. m.

Á pesar del día continúa el silencio.

Las 6 y 30 a. m.

Vengo del río. Las banderas amarillas están en la Cárcel, en la Aduana y en el Mercado; el vaporcito *General Gómez*, que era del enemigo, lo vemos dando viajes á los vapores de la Escuadra y allá, en el Capitolio, amaneció la bandera tricolor á media hasta.

Las 7 a. m.

Sigue la calma.

Telégrafo Nacional.—De Soledad, el 21 de julio de 1903.
—Las 7 y 15 a. m.

Vengo del cerro donde está nuestra artillería.

Á favor del binóculo he podido observar que toda la Alameda, la Cárcel, la Aduana están en poder de las fuerzas del Gobierno.

La calma continúa.

Hago empeño en averiguar lo que ha pasado en Bolívar.

Telégrafo Nacional.—De Soledad, el 21 de julio de 1903.— Las 7 y 30 a. m.

Continúa la calma en Ciudad Bolívar.

Telégrafo Nacional.—De Soledad, el 21 de julio de 1903.—Las 10 a. m.

Urgentísimo.

Mis felicitaciones.

Acaba de llegar el General Zamora que viene de Ciudad Bolívar; él me informa que Bolívar ha sido recuperada por las fuerzas del Gobierno.

Ahora me traslado yo á Bolívar, y le traeré detalles de todo. Avíseme recibo.

Arca Silva.

Telégrafo Nacional.—De Soledad á Caracas, el 21 de julio de 1903.—Las 12 hs. m.

Señor General Castro.

El 21 de diciembre de 1901 salí de esa capital con un grupo de valientes á someter al General Luciano Mendoza, primer traidor alzado contra las instituciones de la República. Hoy, después de 50 horas de sangrienta batalla, tengo el honor de poner á su disposición esta plaza, último baluarte de la rebelión.

Lo felicito por el afianzamiento de la paz de Venezuela.

Detalles irán después.

Su amigo,

J. V. Gómez.

Nota.—Fechado hoy en Ciudad Bolívar.

Telégrafo Nacional.—De Caracas, el 21 julio de 1903.

General Juan Vicente Gómez.

Ciudad Bolívar.

Acabo de recibir su importante parte en que me da cuenta de la toma de esa ciudad, después de cincuenta horas de sangrienta y ruda batalla.

Por tan trascendental suceso, en nombre de la República, en mi propio nombre y en el de todos mis amigos que lo son suyos también, felicito á usted muy calurosamente y por su organo á todos y cada uno de sus valientes cuanto abnegados y heroicos compañeros.

El hombre que desde el 21 de diciembre de 1901, con tan buen suceso, viene luchando por la salvación de la República, de sus instituciones, de su Jefe y de los grandes y sagrados intereses de la Causa Liberal Restauradora, no podía menos que terminar con golpe ruidoso, por atrevido y audaz, con el último baluarte que tuvo la Revolución más inicua, infame y criminal que registrarán los anales históricos de las Naciones civilizadas del orbe !!

Esa gloria no se la podía disputar nadie al gigante venezolano, cuyo solo nombre es capaz para someter

Ejércitos, y prenda de seguridad de que en su campamento no se albergan sino la razón, la justicia y la equidad, para que así como sirve de antemural contra los enemigos de la República, ampara, protege y defiende la inocencia y la virtud.

Así que cuando en los infinitos arcanos de la Providencia plugo á Dios salvar á Venezuela del desbarajuste, del desorden y del cáos en que venía, ya lo había destinado á usted para ser á la vez cabeza y brazo de la obra más portentosa, por difícil, que realizarse pueda para la salvación de un pueblo,

Yo, eterno enamorado de todo lo bueno, de todo lo grande, de todo lo sublime y de todo lo que relacionarse pueda con la vida espiritual y moral de la humanidad, especialmente en lo que se roza con el espíritu de justicia y de equidad, en la marcha ya de las sociedades, ya de los pueblos y ya del individuo mismo, no puedo menos que sentirme orgulloso de que usted, á la vez que el más humilde el más grande de todos los servidores que ha tenido hasta hoy la Causa Liberal Restauradora, que es, como si dijéramos la Causa de la verdad y del porvenir venturoso de la Patria, haya sellado, infatigable, el horroroso expediente de nuestras guerras civiles, de todas nuestras desgracias y de todas nuestras desdichas ! Es, por decirlo así, como si en esta vez estuviera encarnada la honra del Padre en la gloria del Hijo.

Permítame, pues, abrazarlo á usted y en usted á todo ese Ejército de héroes y abnegados patriotas.

CIPRIANO CASTRO

Telégrafo Nacional.—De Ciudad Bolívar á Caracas, el 22 de julio de 1903.—La 1 p. m.

Señor General Castro.

El 19 á las 4 de la mañana se rompieron los fuegos simultáneamente. Á las 50 horas de lucha encarnizada se ocupó esta ciudad con el mayor orden, sin que haya habido motivo de quejas contra el Ejército que me ha tocado la honra de comandar.

El resultado de la victoria obtenida es el siguiente :

Recorrido el campo, se han encontrado más de mil quientos (1.500) muertos y heridos de ambas partes: de la nuestra tenemos que lamentar la del noble y valeroso General Enrique Urdaneta que ha sido una pérdida sensible para el Ejército, y de otros varios oficiales.

Del enemigo murieron el General Aurelio Valbuena y muchos otros Jefes y oficiales.

Veinte y ocho Generales prisioneros que son: Nicolás Rolando, Pablo Guzmán, Francisco Vásquez, Vicente S. Sánchez, Francisco Contasti Gerardino, Eugenio Farreras (padre de Ramón C. Farreras), Vicente La Rosa, Vicente Rojas, Rómulo Manuitt, Julián Correa, Alfredo Alcalá, Amador Cova, Manuel Lavado Isava, Pablo Tayupo, Francisco Padilla, Pedro José Tirado, Juan B. Dellore, Elías Manuitt, Matías Caña, Luis Acosta D., Rafael Fernández, Fidel Lemus, José Crespo, Leopoldo Maldonado, Ramón B. Luigi, Miguel Salazar, Carlos Acosta é Hilario Melo.

Sesenta y un Coroneles prisioneros también. Los oficiales de menor graduación y la tropa los he puesto en libertad.

Se han recogido hasta ahora tres mil armas (3.000) seis piezas de artillería y doscientas mil cápsulas (200.000).

Del bombardeo de nuestra Escuadra no hubo ninguna víctima en los habitantes pacíficos ni tampoco daños en los edificios particulares.

El traidor Farreras y algunos otros de sus compañeros se encuentran ocultos en esta ciudad y los estoy buscando con mucho interés.

Su amigo,

J. V. Gómez.

Telégrafo Nacional.—De Ciudad Bolívar, el 23 de julio de 1903.—Las 2 hs. 30 ms. p. m.

Señor General Castro.

El Benemérito General Gómez me ha confiado ayer la Jefatura Civil y Militar del Estado Bolívar.

Si como soldado he procurado servir al Jefe y su Causa en todo lo que mis escasas aptitudes me lo han permitido, anhelando en el triunfo la gloria de usted que encarna el bienestar general de la Patria, como Magistrado, mi credo político será el que informa usted en el Gobierno Nacional.

Sólo deseo el bienestar y reposo de todos los habitantes de este Estado, bastante sufridos en la ominosa dictadura de once meses; y poseído de sanos propósitos, mi mayor satisfacción será siempre cumplir con el deber y desarrollar aquí los principios de la Causa Liberal

Restauradora, que ellos son el afianzamiento y la garantía efectiva de la paz.

Su adicto amigo,

Manuel S. Araujo.

Telégrafo Nacional.—De Ciudad Bolívar, el 24 de julio de 1903.—Las 1 hs. p. m.

Señor Gumersindo Rivas, Director de "El Constitucional."

Me es grato ponerme á sus órdenes con el cargo de Jefe Civil y Militar de este Estado, con el cual he sido honrado por el General J. V. Gómez, Delegado Nacional.

Su amigo,

Manuel S. Araujo.

Telégrafo Nacional.—De Macuto, el 25 de julio de 1903.—Las 9 hs. 30 ms. a. m.

Señor General Manuel S. Araujo.

Ciudad Bolívar.

Su elección para Jefe Civil y Militar de Guayana tiene toda mi aprobación por merecida y acertada. Estoy cierto que bajo la Administración de usted, la paz que tantos sacrificios nos ha costado, tendrá un brazo fuerte y una inteligencia honrada en que apoyar su poder y su influencia y será para ese pueblo de laboriosos compatriotas, algo así como el oasis reparador que encuentra en su peregrinación por el desierto, la caravana

abatida por todas las intemperies. El Gobierno de Farreras, su negro origen y su sangrienta caída, de que son sufridos testigos los guayaneses, es lección elocuentemente objetiva, á la cual mi buen deseo le atribuye virtudes tales, que juzgo superfluo encarecerles el respeto que se debe á los Gobiernos legalmente constituidos y la sagrada devoción al honor militar. Reciba un cordial abrazo de felicitación de

Su amigo afectísimo,

CIPRIANO CASTRO.

LISTA DE LOS PRISIONEROS DE GUAYANA

Generales Nicolás Rolando, Pablo Guzmán, Vicente La Rosa, Miguel A. García, Alfredo Alcalá, F. Contasti Gerardino, Luis A. Guerra, Vicente G. Sánchez, Julián Correa, Matías Cañas, Pedro Vicente Pire, Carlos H. Acosta, Carlos Melo, Francisco A. Vásquez, Tomás Ignacio Potentini, Agustín Barau, Vicente Bernal, Pablo Tayupo, Manuel Lavado Isava, Rafael Hernández González, José Silva, Armando Fernández, Francisco Padilla, Francisco Antonio Ontalva, Rómulo Manuitt, Elías Manuitt, Jesús M. Méndez, Félix Ceballos, Manuel Martínez Cova, Gualberto Hernández, Manuel A. Guevara, Amador Cova, Luis Acosta Delgado, Rafael Fernández, Ramón B. Luigi, Felipe León, José B. del Toro, Pedro Ronibery, Juan J. Rivero, José Crespo, José R. Freytes, José V. Rojas, Silvestre Colina H., Hilario Melo, Gabriel Piñango, Andrés Natalio Benavides, Leopoldo Maldonado, Cruz Salazar, Fidel Le-

mus, Pedro José Tirado, Máximo Benigni, R. Rojas Hernández, José Ruiz Pérez, Doroteo Flores, Antonio Ponte Urbaneja.

Coroneles Baltazar Vallenilla, José Francisco Irazábal, Eduardo Salazar, Carlos M. Arana, Emiliano Manuitt, Marcelo Contasti, Eugenio Calzadilla, Andrés Guevara, Francisco M. Lusinchi, José Vallenilla Marcano, Juan Crisóstomo Córcega, Reyes Iraza, Pilar Sánchez, Pedro H. Bruzual, Justo Baute, Pedro Peña, Vicente Ricobery, Agustín Rodríguez, Leopoldo Alvarez, Eugenio Rivero, Gregorio Pineda, José Mendía, Juan F. Narváez, Gerónimo Alvarez, Teobaldo Guerra, Camilo Campero, Esteban Cadenas, José Garcibaldi, Elbano León, José González, Juan Hernández, Nicolás Cedeño Fernández, Eugenio E. Betancourt, Felipe Castro, José Rafael Aliexando, Luis Gregorio Gómez, Ramón Flores, Luis Antonio Galarraga, José Ramón Silva, Miguel Marine, José Gutiérrez, Henrique Bermúdez, Emilio A. Gutiérrez, Esteban Fortoul Amengual, Pedro Laya, Pío García Rivas, Francisco Castro, Sergio Orta, Brígido Colina, Jesús M. Ferrer, Pedro Fortoul Amengual, Jesús M. Coronado, Pedro M. Riverol, Luis Sánchez, Cruz M. Romero, Miguel Rojas, Bartolomé Estanga, Diego Brito Espinoza, Simón Narciso Quesada, Manuel M. España Alcoba, Jesús M. Pereira, Jesús M. Velazco, Angel Felipe Castro, Etanislao Mendoza, Clotilde Otero Colina, Rafael López Torres, Eloy Pérez, Carlos Luis Tuboris, Juan Manuel Mass, Raimundo Fermín, Lorenzo Velázquez, Juan Rojas, José H. García Espino, Ester Castillo, José M. Pelgrón, Manuel Ruiz Pérez, Eugenio Farreras,

hijo, Pedro Féliz Morandi, Pedro García, Francisco Grillet Sucre, Horacio Bort, Cipriano López, Juan F. Castro, Juan Romero, Gerónimo Zavala.

Comandantes Román Guevara, Luis Barrote Planchard, Félix Barreto, Gervasio Pérez G., José M. González, Jesús María Torrealba, Francisco Rojas, Nicolás Hernández, Francisco Merchori, Francisco Meza, Justo Ovalles, Pedro Tovar, Martín Castillo, Pastor Carrasquero, Damian Flores, Juan B. Jamí, Valentín Laya, Tomás Carpio, Rafael Gerónimo López, Víctor López Martínez, Juan Verde Ramos, Manuel M. Carbona, Francisco Urbáez, Pedro Infante, José Ramón Acosta, Natividad Sambrano, Anselmo Colmenares, Antonio López, Avelino Rodríguez, Francisco Javier Martínez, Emilio Alvarado, Domingo Grillet, Telésforo Sufía.

Capitanes Ramón Córdova, José F. García, Segundo Cabrera, Agustín Hernández, Luciano Díaz, Angel M. Rodríguez, Pedro Ramos, José Martínez Cabrera, Simón Arias, Pero Pinto, V. Luis Felipe Antinel, José Catalina Tellería, Melecio Borges, Jesús Romero, José Angel Araujo, Ramón Salazar, Miguel Angel Mejías, Policarpo Aurayo, José Gregorio Flores, Santiago Miranda, Gerardo Rodríguez, Juan Calabastia, Ramón Vicente Herrera, José Rafael Cabrera.

Tenientes Marcos Román, Clemente Ruiz, Manuel Rojas, Eugenio Marcano, Victoriano Rodríguez, Alejandro Fernández, Andrés Castillo, Gil Achacote, Fernando Jiménez, Enrique Medind.

Ciudadanos Eugenio Farreras, Juan B. Farreras, Carlos Urbano Taylor, José Martel. Lucas Ortega,

Pedro Pablo Serrano, Juan Jirí, Simplicio Fagúndez, Tomás Crespo, Cruz M. Marea, Manuel Cedeño, Cornelio Martínez Cabrera, Tomás Rodríguez, Adoltalicio Pérez, Vicente Santa María, Félix Gabino Galeno, Felipe Conejero, Fernando Trujillo, Toribio Prosper, José Torrealba, Teodoro Linares Navados, Jesús Flores, Bartolomé E. Salom, Carlos Salom, Guadalupe Gerardo, Régulo Machado, Luis Emilio Castillo, Juan B. Flores, Jesús Rodríguez.

Doctores presbítero F. M. Olivares, Anselmo Rojas, Juan Aroca de Castro, Agustín Vallenilla Lanz.

Bachilleres Aurelio Bátistini, Enrique Hernández, José Manuel Guerra.

Notas.—1ª Quedaron presos en Ciudad Bolívar, el General Abundio Silva, Coroneles Manuel V. Pineda, José I. Calzadilla, Leopoldo Alvarez, Juan B. Surga, Comandante Esteban Ascanio, ciudadano Carmelo Maimieri.

2ª Falleció á bordo el General Miguel Salazar.

Totales: Generales 56, Coroneles 88, Comandantes 33, Capitanes, 24, Tenientes 10, ciudadanos 30, doctores 7.

Total general: 248 prisioneros.

JUAN VICENTE GOMEZ,

COMANDANTE EN JEFE DEL EJÉRCITO EXPEDICIONARIO Y DELEGADO NACIONAL EN EL ORIENTE DE LA REPUBLICA,

Á los habitantes del Estado Bolívar.

En cumplimiento de órdenes del Primer Magistrado

de la República, he venido á esta simpática región de Venezuela á imponer la paz, á la cabeza de un Ejército de héroes.

Mi única aspiración era conseguir mi patriótico propósito sin derramar una sola gota de sangre. Amo las soluciones del Derecho y me inspiran siempre natural aversión las imposiciones de la fuerza; pero teniendo, por honor militar y por deber, trazado mi camino, yo no podía ni debía vacilar.

Someter á los rebeldes, castigar á los traidores, á los que tantos crímenes han cometido y tantos males han causado al pueblo venezolano, era mi obligada consigna. Sin embargo, los impulsos de mi corazón, la intervención del Cuerpo Consular y del señor Obispo de Guayana, y, principalmente, el aprecio y el respeto que me merece esta culta sociedad, me hicieron entrar en alguna inteligencia con el General Nicolás Rolando, para evitar una lucha desastrosa en las calles de la ciudad.

Todo fue inútil. El General Rolando, fundándose en un telegrama que le había dirigido el Presidente de la República, lanzó una Proclama incendiaria y atrevida el 17 de los corrientes y me notificó el 18, en nota oficial, que continuaba las hostilidades. Esa Proclama, que apartó todo sano propósito de paz y que debía producirme profunda indignación, dejó terminadas las negociaciones.

Las formidables posiciones de esta plaza, y los poderosos elementos materiales de que disponía, habían convencido al Jefe enemigo de que era verdaderamente invencible. Craso error, que nos ha hecho presenciar

tantas desgracias y que le apareja terribles responsabilidades ante la Patria y ante la Historia ! !

Habitantes de Bolívar !

Vosotros sois mis testigos. Apelo á vuestro honrado testimonio, en mi noble carácter de venezolano y de representante del Gobierno nacional.

Habitantes de Bolívar !

El valeroso Ejército que me ha tocado la gloria de comandar, es acreedor á toda admiración y á toda mi gratitud. Confiad en que ese Ejército será el celoso guardián de vuestros derechos.

Ciudadanos del Estado Bolívar !

Hoy 24 de julio, natalicio del Padre de la Patria, os excito á ofrecer á su memoria, como tributo meritísimo, la promesa solemne de declarar cerrada para siempre la era de nuestras discordias civiles. Así quedarán premiados los nobles esfuerzos del Benemérito General Cipriano Castro, mi Jefe y mi amigo, á quien ha querido la Providencia designar como el fundador del orden en la República. El garantiza la paz nacional.

Ciudad Bolívar: 24 de julio de 1903.

Jefatura de Estado Mayor General.

"*Ciudadano Comandante en Jefe del Ejército Expedicionario y Delegado Nacional en el Oriente de la República.*

Presente.

En mi carácter de Jefe de Estado Mayor General

del Ejército, paso á dar á usted cuenta de las operaciones efectuadas desde el desembarco del Ejército en este Estado hasta la ocupación de su capital, operaciones todas ejecutadas conforme á las órdenes que usted oportunamente me iba trasmitiendo.

Al dejar restablecida la paz de la República con esta gloriosa jornada confiada á la hábil dirección de usted, jornada en que se me designó, para gloria de mi nombre, el alto carácter de que estoy investido, y en la cual resultará como negro punto final de la criminal *Revolución Libertadora*, la obsecada é injustificable resistencia de Ciudad Bolívar, saludo con íntima satisfacción de soldado y de patriota, al Patriarca Egregio, al Caudillo Eminente que ha «atado los sucesos al carro de la victoria en el campo mismo de la rebelión.»

Después del espléndido triunfo obtenido en Campo Claro, litoral del Golfo de Paria, que produjo la destrucción total del enemigo y la recuperación completa de aquel extenso territorio, dando muerte á la presuntuosa aspiración del General Antonio Paredes «de pasearse en triunfo la República,» reviviendo de sus despojos aquellas asustadas montoneras, y después de la incorporación de las tropas del General Manuel Salvador Araujo en Barrancas, la Expedición arribó á la costa sur del Orinoco el día 12, en el lugar denominado Santa Ana; punto escogido por usted para el desembarco del Ejército que debía sellar la paz de la República con el triunfo definitivo de la CAUSA LIBERAL RESTAURADORA.

El día 13 á las 4 de lo madrugada empezó el desfile del Ejército en el orden siguiente: División Araujo . mando del General Araujo, en la vanguardia: Batallc

nes Bárbula, Sin Nombre y Zamora, en el centro y á las órdenes de los Generales Aranguren y Urdaneta, y cerrando la marcha la División Vanguardia al mando del General Eustoquio Gómez.

En conocimiento ya de que el enemigo se atrincheraba reconcentrado en esta ciudad, se ordenó, con el objeto de rodearlo sin pérdida de tiempo, que en marcha rápida se moviesen todos estos Cuerpos, movimiento efectuado con la notable circunstancia de haber salvado á pie, todo el Ejército, en día y medio, la distancia de veinte leguas que nos separaba de esta ciudad.

Llegamos á Cañafístola el 14 y allí permanecimos hasta el 15, día en que puso en práctica sus disposiciones para el ataque de la plaza, pues á la sazón había desembocado ya en la Cerámica el General Emilio Rivas. con las tropas de su mando.

Estaba pues, nuestro Ejército, á uno y otro lado de Ciudad Bolívar: así nos presentamos á la vista del enemigo.

Este, reconcentrado en la ciudad en número superior á 2.000 hombres, ocupaba las fuertes posiciones de Santa Lucía, La Alameda, la Aduana, las azoteas, el Teatro y el Capitolio; Mango Asado, Cerro de la Esperanza, La Capilla, El Cerro de El Zamuro, Columna Guzmán, el Cementerio, la Matanza y el Cerro Colorado, posiciones éstas que se abrían en dos arcos por la interposición de la Laguna, describiendo dos formidables líneas de batalla que se juntaban para formar un semicírculo cuyo diámetro quedaba determinado por el río.

Situadas el 15 nuestras tropas, como he dicho, en

dos puntos que correspondían á los extremos de este diámetro, se desplegó nuestra línea de batalla de modo que quedasen unidos esos dos puntos por una circunferencia que, encerrando al enemigo, interceptase todas sus comunicaciones con el interior, quedando así reducido á la plaza por la colocación de nuestra Escuadra en la parte fronteriza del río, de modo conveniente á sus maniobras y en armonía con las evoluciones de tierra,

Para ello el General Emilio Rivas movióse sobre el río de San Rafael, el cerro de La Laja y los Morichales; los Batallones Sin nombre, Piar, Guayana y Bárbula, sobre la sabana y caserío del Morichal; la División Araujo sobre las sabanas, La Laja de la Llanera y Santa Lucía: la División «Vanguardia» quedó formando la reserva y sus fuerzas fueron utilizándose en distintas oportunas ocasiones durante la batalla.

La Artillería fue colocada en el orden siguiente: 2 piezas sobre La Laja de la Llanera; una sobre el cerro de Santa Lucía; una á inmediaciones de Miraflores sobre la colina, y otra en Soledad, punto confiado á uno de los Batallones de la División Rivas.

Fue ésta nuestra línea de sitio, y ocupadas así estas posiciones, se suspendió todo movimiento y se aplazaron las hostilidades, conservándonos en asedio en espera de los resultados de tregua exigida por el enemigo, en respuesta á la intimación hecha por usted de rendirse á discreción. Así permanecimos durante los días 15, 16 y 17. En la tarde de este día se efectuó el movimiento simultáneo de toda nuestra línea de batalla para estrechar el campo de acción del enemigo, ya en actitud de lucha, desdeñando las garantías que usted le otorgaba á

trueque de su rendición, desoyendo los clamores de una población angustiada, menospreciando los graves perjuicios que su obstinada resistencia debía acarrear á esta importante ciudad, y contra todo principio de moral y hasta contra las severas prescripciones de la guerra, si se atiende á que allí estaban resumidos los restos de un enemigo vencido en todas partes y condenado á luchar sin unión, sin ideal y sin bandera: este movimiento se efectuó bajo un leve tiroteo que hizo el enemigo sobre nuestros Cuerpos más próximos, rompiendo así las hostilidades suspendidas por nosotros, en virtud de las órdenes superiores recibidas por usted.

El 18 en la tarde recorrí toda nuestra línea de batalla acompañado del General Manuel Corao, que no se separó de mí ni un momento durante todas las operaciones de este combate; y es del caso que yo deje aquí justicieramente mencionado el nombre de este leal y esforzado amigo, cuya actividad y perspicacia y laboriosa é inteligente abnegación han sido alma y brazo en más de un conflicto durante nuestras dos últimas campañas. Fue entonces cuando trasmití la orden para que á las 3 de la madrugada del 19 los Generales Aranguren, Araujo y Urdaneta enviasen tres Batallones de sus fuerzas, reforzados por 16 oficiales del Cuerpo Sagrado, en ataque simultáneo sobre el cerro de La Esperanza, el de El Zamuro, Cerro Colorado y El Convento, al mismo tiempo que la Escuadra debía concurrir con sus fuegos por la Punta de Mateo. Á las 6 de la mañana ocupaban el cerro de La speranza los Generales Araujo, Aranguren y Urdane-, y á las 8 coronaban heroicamente el de El Zamuro,

especie de fantasma con que el enemigo había querido amilanar á nuestros inmedrentables y heroicos soldados. Allí, éstos tremolando nuestro estandarte victorioso, fue de admirar la estóica serenidad con que resistieron las sagrientas, formidables y sucesivas cargas con que el enemigo, en una desesperación heroica, quiso recuperar las posiciones recién perdidas; cargas infructuosas que correspondían á nuevos, impetuosos empujes de nuestras filas, más fuertes aún á cada nueva resistencia del empecinado contendor. Al mismo tiempo y desde el 19, luchaban briosamente los Generales Rivas y Robles para apoderarse de Cerro Colorado, el Cementerio y el Convento, y fue el 20 cuando, arrollada en carga cerrada la Revolución, se hicieron atrás para reforzarse en el Capitolio, el Teatro, la Aduana y las azoteas de la ciudad, un último baluarte.

Luego, más estrecha aún, nuestra línea de combate, como un círculo constrictor, cerraba sus filas para reducir al enemigo; cruzaron el Dique y el canal que comunica el río con la Laguna, protegido por la Escuadra, el Batallón Cardona de la División Araujo y la Columna Sagrada del General Madera y Coronel Infante, y en carga sostenida, y ganando terreno, como quien se lanza sobre una máquina explosiva, ocuparon por la margen del río la Alameda y la Aduana; salvando así á costa de sangre lo que el enemigo quiso hacer valla inexpugnable cuando la mano criminal del traidor, destruyendo la represa para que el río se vaciase en la antigua Laguna, dejó se
tada bajo las aguas toda aquella parte de la p

ción, en su generalidad de infelices, que han quedado, sin pan y sin hogar.

La ocupación de estos puntos, que se creyó intomables, fue como un grito de carga en nuestras filas, que impelidas por el infatigable bélico empuje de usted, ocuparon al fin el último asilo de los rebeldes. Las 11 de la noche fue la hora final: lanzados al suelo los fusiles, como peso enorme que estorba para la fuga, corrieron desatentados en solicitud de una retirada no prevista, y los que no cayeron en nuestro poder, fueron á dar con su pavor al seno turbio y frío del Orinoco impasible.

Aquí los trofeos de esta importante victoria.

Prisioneros:

El General Nicolás Rolando, proclamado Jefe de la Revolución Libertadora, y con él *cincuenta y cuatro Generales, noventa y dos Coroneles, cuarenta y dos Comandantes, treinta y dos Capitanes, seis Tenientes*, nueve Doctores y cuarenta y cuatro Ciudadanos más, cuya lista presento á usted.

Parque apresado:

3.275 fusiles, 4 cañones, 1 ametralladora, 1 caja de dinamita, 3 cajas de estopines, 161 potes de metralla, 264 granadas, 39 balas rasas, 32 charnes, 300 libras de pólvora, 160 de guáimaros, 450 potes explosivos, 528.800 cápsulas, 6.020,000 fulminantes.

En el campo mismo de la victoria, quiso usted coronarla con un rasgo de liberal filantropía, y devolvió á la vida ciudadana *á más de ochocientos soldados prisioeros !*

Un triunfo de tal magnitud no podía obtenerse sino

á costas de grandes sacrificios. Lamenta el Ejército, en primer lugar, la muerte del valeroso General Henrique Urdaneta. ¡Muerto glorioso fué! Consagró á su Causa, y en ella á su Patria, su juventud y su varonil coraje, y lega á los herederos de su nombre todo un laurel brillante de honor y de heroísmo, como fue brillante de esperanza su gallarda figura militar! Y luego cubre de crespones nuestra bandera esta dolorosa separación: ¡239 compañeros! 4 Coroneles, 4 Comandantes, 9 Capitanes, 6 Tenientes, 2 Alferes, 8 Sargentos, 8 Cabos y 198 Soldados.

Nuestros heridos fueron 405: 2 Generales, 15 Coroneles, 16 Comandantes, 25 Capitanes, 22 Tenientes, 11 Alferes, 28 Sargentos, 15 Cabos y 277 Soldados.

Las bajas del enemigo alcanzan á cerca de 800 entre muertos y heridos; entre los primeros figura el General Aurelio Valbuena.

He manifestado ya á nombre de usted y del Ejército nuestro agradecimiento al Capitán del vapor de guerra americano *Vancrotf* por la filantrópica actitud con que espontáneamente se prestó á socorrer nuestros heridos con el personal de su mando y el Cónsul americano con otros extranjeros.

Formidable, de todo punto formidable fue la resistencia del enemigo, como que acaso esperaban que un triunfo allí obtenido echaría soplo de vida al seno de la hoguera casi consumida de la Revolución: una sucesión de rudas y desesperadas cargas caía sobre nuestras tropas á cada paso de avance sobre las muradas posiciones del enemigo; y palmo á palmo se discutía en la breg cada punto de la tierra que la traición hizo suya y qu

ahora defendía, más para librarse del rudo peso de la sanción que para cubrir de gloria su nombre y sus ideas. Pero no era posible: el Vencedor en La Victoria y en El Guapo, el Pacificador de Occidente, no podía hallar obstáculo en el campo que la Independencia patria hizo glorioso y que la ambición é infidencia habían convertido en presa de exterminio.

Tampoco me sería posible narrar cómo fue de heroico el empuje de nuestra legión formidable, ni reseñar los hechos personales de notable audacia de cada uno de nuestros Jefes, Oficiales y Soldados en los Cuerpos de infantería y artillería, en la Armada y en el Cuerpo de Edecanes y Ayudantes en estos tres gloriosos días en que cada pecho fue un baluarte y en que á cada soldado sonreía la gloria á cada disparo de sus fusiles.

Al dejar así terminada mi misión en el Ejército, más que el orgullo de verme contado en el número de los triunfadores en victoria tan alta y principal, llena mi alma de militar la satisfacción de haber servido á mi Patria, á mi Causa y á mi Jefe, á las órdenes de usted, en unión de compañeros tan abnegados y que el valor alcanza hasta el prodigio.

Cuartel General en Ciudad Bolívar, á 24 de julio de 1903.—93º y 45º

Dios y Federación,

José Antonio Dávila.



REGRESO A CARACAS

DEL

GENERAL JUAN VICENTE GOMEZ,

DESPUÉS DEL TRIUNFO OBTENIDO SOBRE LA PLAZA DE CIUDAD BOLÍVAR.—1903.

—

EL GENERAL CASTRO Y SU COMITIVA DISPÓNENSE Á RECIBIR AL PACIFICADOR.

Telégrafo Nacional.—De La Guaira, el 3 de agosto de 1903.

Para "El Constitucional.'

Á las 6 a. m. estaba á la vista la Escuadra que conduce al General Juan Vicente Gómez.

Á bordo del *Restaurador* fue tremolada la insignia. En él viene el Pacificador de Venezuela. La ciudad está engalanada; la Vigía y los buques surtos en el puerto, tremolan banderas y gallardetes. Frente á la casa Aduana, osténtase un lujoso arcc de triunfo, donde lucen los retratos de Castro y de Gómez. Atributos guerreros simbolizan los adornos y leése en él, el nombre de las

batallas creadas por la espada vencedora del soldado Restaurador.—Son las 8: el *Restaurador* toma puerto. La ciudadanía dispónese á celebrar el desembarco del modesto heroe. El General Castro, su Secretario General, Prefecto y Administrador de Aduana, los Generales Tello Mendoza, Jorge Uzlar, el Doctor Revenga, Gallegos, Pimentel, Herrera y una comitiva de amigos y compañeros de causa, dispónense á dar la bienvenida al Pacificador. Todo es alegría y contento. Suena el cañón: son las salvas que se cruzan entre el vapor de guerra francés *Jouffroi*, quien saluda la bandera del Comandante en Jefe de los Ejércitos de Oriente, izando al mástil de honor la bandera venezolana. El *Restaurador* contesta el homenaje.

Rivas.

DESEMBARCO DEL VENCEDOR EN TODAS PARTES.—ENTUSIASMO INDESCRIPTIBLE.—EL GENERAL CASTRO VICTOREA Á LA REPUBLICA Y AL PACIFICADOR.

Telégrafo Nacional.—De La Guaira, el 3 de agosto de 1903.

Para "El Constitucional."

Son las 9: venimos de abordo, donde fuimos acompañando al General Castro, quien recibió al Pacificador en sus brazos.

Esto no puede sintetizarse, tal es el cúmulo de im-·esiones. Nunca ha presenciado La Guaira una ova-ʖn tan ruidosa y simpática; verifícase el desembarco en

medio de un entusiasmo inenarrable. La Vigía y los buques de guerra hacen salvas al Presidente y al Pacificador. Al llegar al arco de triunfo detiénese la comitiva; el ciudadano Prefecto, saluda al vencedor en un brillante discurso lleno de tonos patrióticos que conmovieron la concurrencia.

El General Castro estrechando á Gómez en sus brazos, dá un viva á la República y al Pacificador de Venezuela.

Imposible recoger el delirio del pueblo en esos momentos.

Rivas.

AGASAJOS AL HEROE.—SALIDA PARA MACUTO.

ADICIÓN: 9 y 35. El General Gómez es recibido en la casa Aduana por la honorable familia del Doctor Celis. Este le ofrece un *lunch*, como prueba de cariño y de consideración al más valeroso soldado de la Restauración.

Las 9 y 40. Salimos para Macuto. Varios trenes no son capaces á contener la concurrencia de amigos.

En el trayecto son victoreados Castro y Gómez.

La llegada á Macuto no es menos simpática y cariñosa.

Rivas.

EL GENERAL GÓMEZ Y "EL CONSTITUCIONAL."

Telégrafo Nacional.—De Macuto, el 3 de agosto de 1903.
Para "El Constitucional."

El héroe pacificador dedicó á "*El Constitucional*, los siguientes conceptos:

"Ví vuestro periódico de regreso de Guayana, en los pueblos de la Costa Oriental, y saludé en él al abanderado de siempre en las luchas de la Restauración."

DETALLES.

Las 11 y 30.

Llegan en estos momentos los Ministros del Despacho á congratular al General Gómez.

También está entre nosotros el viejo General Corao, que viene á abrazar á su hijo Manuel.

SALIDA DEL GENERAL GÓMEZ PARA CARACAS.

Las 11 y 50.

La morada del General Castro no se vacía un instante.

Todas las clases sociales dispútanse el honor de estrechar la mano del héroe.

La salida del General Gómez será pasado mañana en el tren de la tarde.

Rivas.

MERECIDO TRIBUTO

Mañana á las 10 a. m., hará su entrada á Caracas, acompañado del General Cipriano Castro, Presidente de la República, nuestro amigo el General Juan Vicente Gómez, merecidamente calificado EL PACIFICADOR.

Su regreso de la grandiosa campaña de Oriente, es

un título más en la vida pública del coloso moderno de la guerra.

Invitamos á todos los ciudadanos amantes de la paz, á concurrir á la Estación del Ferrocarril á presentarles la bienvenida.

Viva el General Cipriano Castro!
Viva el General Juan Vicente Gómez!
Viva el invencible Ejército Restaurador!
Viva la paz de la República!

Los Liberales.

Caracas: agosto 4 de 1903.

LLEGADA DEL GENERAL GOMEZ

Á las 10 del día de mañana, hará su entrada triunfal á Caracas, acompañado del SIEMPRE VENCEDOR, JAMÁS VENCIDO, el valiente General Juan Vicente Gómez, llamado con justicia EL PACIFICADOR.

Invitamos á toda la ciudadanía, á concurrir á la Estación del Ferrocarril á presentarles la bienvenida.

Viva el heroico Ejército Liberal Restaurador!
Viva la Paz de la República!

Caracas: agosto 4 de 1903.

Sus amigos.

LA LLEGADA DEL GENERAL GOMEZ

DE LA ESTACIÓN Á MIRAFLORES

"El Constitucional" número 779 de 5 de agosto de 1903.

Estamos aún, al dar comienzo al presente editorial, bajo la acción hipnótica del brillante recibimiento hecho á los Generales Castro y Gómez, por el pueblo y la sociedad de Caracas.

Nunca ha presentado la opinión pública un acto de manifestación insólita de cariño, tan espontanea y espléndida como la de la mañana de hoy.

Para poder apreciar el hecho en sí, es necesario tener en cuenta, que los Caudillos aclamados, no pertenecen á la oposición, siempre simpática al sentimiento popular. Lejos de eso, es el uno, Castro, el SIEMPRE VENCEDOR, JAMÁS VENCIDO: es el otro, Gómez, el Vencedor en todas partes, á quien otorgan Gobierno y Pueblo el honroso título de PACIFICADOR DE VENEZUELA.

No es, pues, la opinión comprada; la opinión inconsciente, la que desparrama hoy la hermosa luz de sus impresiones, en la brillante recepción que celebramos; es la conciencia del sentimiento popular, rindiendo homenaje al Valor y á la Heroicidad, que ha tenido en Castro y en Gómez dos atletas, dos cíclopes, dominadores, por la Lealtad y la Honradez, de una emergencia y de una lucha no vista nunca en los anales de la Historia Nacional.

Por eso, el pueblo emocionado, les ha hecho hoy la ovación más ruidosamente simpática y demostrativa.

Narremos.

Anunciamos en nuestra edición anterior, que los Generales Castro y Gómez harían su entrada á esta capital á las once de la mañana de hoy. En efecto, á la hora indicada, el estampido de los cañones, el sonido de las Bandas Marciales y el ruido de la pirotécnica, anunciaban á los habitantes de la Sultana del Avila, que el Jefe de la Restauración y su más esforzado Teniente, hacían su entrada á la ciudad.

Describir el cuadro, imposible. Las grandes demostraciones del sentimiento popular no pueden describirse. Baste saber, que desde la Estación del Ferrocarril inglés hasta Miraflores, era una cadena de banderas, arcos y flores, á que daba realce encantador la mujer con todos sus atractivos.

Al pasar el coche que conducía á Castro y á Gómez, por debajo del Viaducto Unión, la multitud trepidaba y oscilaba.

Desde las alturas de los arcos triunfales llovían regueros de flores sobre los Héroes.

En la Estación les dió la bienvenida, en nombre de la Patria y de todos los intereses sociales, nuestro amigo el señor Díaz Lecuna, Redactor de *El Pregonero.*

Hízose la recorrida en medio de vivas y aclamaciones.

La casa del General Gómez y la residencia del Presidente Castro, no se vacían un momento. Es la peregrinación del patriotismo; la fe de una nueva religión, que lleva á éllas, los ciudadanos de todas las clases y de todas las creencias políticas.

De los arcos, banderas y estandartes, recogemos

los siguientes pensamientos, y los nombres de los lugares donde quedaron vencedoras las Armas Restauradoras.

« *GOMEZ, con la sencillez de su heroísmo y su envidiable abnegación, teje con los lauros que le discierne la justicia, la corona que columbró Castro en el arrojo de su amigo, para la estabilidad de la paz pública.* »

« *CASTRO en la Cordillera, dibuja con los reflejos de su espada, el renacimiento de la República; y en el Capitolio Federal complementan sus Decretos la virtud de sus programas.* »

« *Al Vencedor en todas partes y Pacificador de la República, General J. V. Gómez.* »

« *La gratitud nacional á sus salvadores.* »

Güiria y Campo Claro, (2 de julio de 1903), Ciudad Bolívar (21 de julio de 1903), Higuerote y El Guapo (14, 15 y 16 de abril de 1903), La Popa, Las Pilas, Tononó, Cordero, Zumbador, Tocuyito, Parapara, Nirgua, Tucacas, Palma Sola, El Hacha, Barquisimeto (23 de mayo de 1903), La Puerta (30 de diciembre de 1901), Cerritos Blancos (24 de mayo de 1903), Mata-palo (3 de junio de 1903), La Victoria y San Mateo (de 13 de octubre á 2 de noviembre de 1902), Urucure (15 de abril de 1902), Ciudad de Cura (22 de diciembre de 1901), La Puerta (22 de diciembre de 1901), El Desembocadero (25 de diciembre de 1901), Las Canales.

Sin tiempo hoy para más, saludamos en el «Siempre Vencedor, jamás vencido'' y en el «Vencedor en todas partes,» y «Pacificador de la República,» la Paz de la Nación.

LLEGADA DEL GENERAL GOMEZ A CARACAS

INFORMACIÓN DE NUESTRO REPÓRTER ESPECIAL

ENTUSIASMO PUBLICO

("El Pregonero" número 2.058 de 6 de agosto de 1903.)

EN LA MAÑANA

Desde temprano se notaba gran animación porque llegaba á Caracas el General JUAN VICENTE GÓMEZ, PACIFICADOR DE LA REPUBLICA: hombres de todos los círculos políticos, familias y pueblo, ese pueblo que no tributa justicia sino al que bien la merece, todos, codeándose estrechamente con el premio y el aplauso, parece se dieron cita para recibir al «Vencedor en todas partes,» al simpático hijo del Táchira, quien tiene como lema el arrojo y como consecuencia la magnanimidad.

ANTES DE LA LLEGADA.

Desde el Padre Sierra hasta la Estación se encontraba inmensa multitud; multitud consciente que, al saludar á su paso á los Generales CASTRO y GÓMEZ, quería significar su entusiasmo por la paz de la República.

EN LA ESTACIÓN

El activo Gobernador, los Ministros, el incansable Prefecto, el Comandante de Armas, el Secretario de Gobierno, las Cortes, el periodismo y los empleados todos, estaban allí, firmes, haciendo acto de presente.

LLEGADA DEL TREN

Cuando la locomotora, con un prolongado silvato, anunció que el momento deseado había llegado, se sintió por doquiera algo parecido á lo que produce una descarga eléctrica: movimiento general, carreras, esfuerzos por llegar primero, por alcanzar la primacía en el primer víctor á los Generales CASTRO y GÓMEZ; y, por sobre todo, el predominio de la confraternidad nacional que, como es natural, viene envuelta en los pabellones que sintetizan la paz de la República.

AL SALIR

Cuando el Presidente y el General Gómez se disponían á traspasar los umbrales de la estación, se empinó arrogante Eduardo Díaz Lecuna, Director de este Diario, y con voz tribunicia, resaltó las excelencias y los grandes méritos del VENCEDOR EN TODAS PARTES, quien, como muy bien dijo el orador, si no pudo pasear por la República la rama de oliva, en cambio ha traído junto con las lágrimas por los compañeros muertos, la enseña gloriosa del Partido Liberal, limpia de toda mancha y siempre orgullosa por sus triunfos.

He aquí sus palabras:

General:

Cuatro palabras sencillas y lacónicas, porque la sencillez es el lenguaje conque se habla á los solda dos fuertes y austeros, y el laconismo de «Ave César» en la elocuencia con que se saluda á los inmortales.

Pero, no me dirijo al Capitán denodado que hace surgir á su paso la victoria; no al guerrero inquebrantable en las imposiciones del deber; no al «Vencedor en todas partes,» como muy bien os calificó el Caudillo extraordinario de la Restauración.

Me dirijo al Pacificador de Venezuela; al infatigable mantenedor del poder constitucional, que, si bien no cruzó la República con la rama de oliva en la mano, hoy torna de sus cruentas labores con el iris de paz sobre la invicta frente.

Vocero de la opinión pública, os hablo, no sólo en nombre de la tranquilidad social que habéis devuelto á la comunidad; no sólo en nombre de la gratitud de la Patria, á que os habéis hecho acreedor; no sólo en nombre del gran Partido Liberal, cuya bandera tremoláis muy en alto; os hablo también en nombre de los quebrantos de la Patria; os hablo en nombre de la humillación á que nos ha querido someter la voracidad de los extranjeros; os hablo en nombre de ese torrente de lágrimas en que están empapadas las tumbas de los combatientes muertos; os hablo, en fin, en nombre de todas nuestras tristezas y angustias, y os digo: «bienvenida sea con voz la paz de la República, que habéis conquistado con vuestra refulgente espada. Ella os lo tendrá en cuenta,

para gratificaros con la más hermosa recompensa que puede discernir á sus preclaros hijos: la gratitud nacional.»

¡Salve, Pacificador de Venezuela!

(Y dirigiéndose al General Castro):

¡Salve, á vos, Restaurador de la Patria!

EL TRAYECTO

Paso á paso tuvo que salir la comitiva de los Generales Castro y Gómez: se hacía imposible avanzar, tal era la agrupación de personas que obstruían el tráfico.

EN EL VIADUCTO

Al llegar á este puente el General Gómez, empezaron á caer ramos de flores, con lazos amarillos, obsequio merecido de distinguidas damas caraqueñas al modesto vencedor.

EN MIRAFLORES

El Presidente Castro, á la altura de su nunca desmentido liberalismo, se multiplicó en atenciones para todos y recibió, orgulloso y satisfecho, las felicitaciones que le dirigieron por la llegada de su amigo y compañero.

POESÍA

Don Heraclio Martín de la Guardia, el laureado poeta, leyó una bella é inspirada poesía, que verán nuestros lectores en otro lugar.

CASA DE GÓMEZ

Allí se derrochó la expansión: por aquí, por allá, por doquiera, no se veía sino entusiasmo y admi-

ración completa por el modesto héroe; y Gómez atento con todos, alcanzó más simpatías de las que ya tenía.

EN SÍNTESIS

Pocas, muy pocas recepciones se verán como la de ayer, tanto por lo espontanea, cuanto por el orden que en ella reinó.

CONCLUSIÓN

Para concluir, enviamos nuestras calurosas felicitaciones al General Tello Mendoza, al General Garrido, al General Bermúdez y al General Carvallo, porque tuvieron á la altura de sus deberes y se multiplicaron para realzar más, si cabe, la llegada á Caracas del General Juan Vicente Gómez.

Reporter.

ESPERANZAS

VERSOS LEIDOS POR SU AUTOR EN PRESENCIA DE LOS GENERALES CASTRO Y GÓMEZ.

Ya que la aurora de la paz irradia,
y nuestros patrios, fértiles vergeles
habrá de convertir en nueva Arcadia
entre bosques de mirtos y laureles ;
Justo es que el alma tras el largo duelo,
tan intenso dolor, tanta agonía
como enlutaron nuestro hermoso cielo,
salude alborozada, el nuevo día !

Justo que tienda, alegre, la esperanza,
en generoso afán, el ala de oro
en pos del ideal que á ver alcanza
y que es de amor y de verdad tesoro.

Justo es que el brazo, por el ocio, inerte
torne anheloso á la social tarea,
brillen las artes, el taller despierte,
y el campo rubia mies y frutos sea !

Lo demanda el deber; la patria gloria
así lo ruega á nuestro amor profundo,
y con rubor y lágrimas la historia
no más vergüenza llorará ante el mundo !

Si el Iris patrio coronó Los Andes,
no fue tan sólo al numen de la guerra,
sino á virtudes cívicas y grandes
que á Colombia entre asombros vió la tierra !

Y al patrio amor que nuestras almas mueve
ya que el fragor de los combates calla,
la discordia civil desceñir debe
el casco férreo y la crugiente malla.

Fue nuestra Patria tan heroica y bella,
tan generosa fue, tan prepotente,
que la brillante cauda de su estrella
llenó de vida y luz á un continente.

Así, olvidando la honda pesadumbre,
al progreso y al bien abramos senda,
y que á la antigua, prominente cumbre,
por escala de luz, la Patria ascienda.

Y así será; pues velan por su gloria
dos nobles almas á su culto fieles,

que hicieron siempre, siempre á la victoria
deponer á sus plantas los laureles.

El uno de los cielos favorito,
feliz destino le meció en la cuna
y la vidente musa miró escrito
su nombre en el dosel de la fortuna.

Que cuando triunfador, tras lid extraña,
Fábula heróica, al Capitolio vino,
quiso sellar la milagrosa hazaña
á la paz y al amor dando camino.

No oyó el rencor; y menester ha sido
vencer, siempre vencer, para que sea,
el venturoso horóscopo cumplido
y triunfadora al fin brille la idea.

El otro, como rayo que desata
de Júpiter la mano poderosa,
parte, combate, triunfa y desbarata
cuanto oponerse á sus designios osa !

Y los dos; dos almas de una vida,
han de brillar cual astros inmortales,
del dulce imperio de la paz egida,
en nuestros patrios, épicos anales !

Y la que, hoy, piadoso el sol orea,
sangre de héroes, que la Patria llora,
riego fecundo á nuestra gloria sea
del porvenir en la brillante aurora !

Heraclio Martín de la Guardia.

DECRETO DEL GOBIERNO DE ARAGUA

EL PRESIDENTE PROVISIONAL DEL ESTADO ARAGUA,

CONSIDERANDO:

Que la toma de Ciudad Bolívar el 21 de julio de 1903, por el Ejército Constitucional al mando del impertérrito General Juan Vicente Gómez, puso término á la guerra civil y consolidó la preponderancia de la Restauración Liberal, bajo la experta dirección del insigne General Cipriano Castro,

DECRETA:

Art. 1º El puente de hierro mandado á construir por Decreto Ejecutivo de 1º de julio de 1903 sobre el río Aragua, entre las poblaciones de Turmero y Santa Cruz, se denomiará «PUENTE 21 DE JULIO» en conmemoración de la célebre jornada, coronada felizmente por las armas restauradoras en Ciudad Bolívar, el 21 de julio de 1903, y como un justiciero y especial homenaje que el Gobierno Provisional del Estado Aragua rinde al Benemérito General Juan Vicente Gómez, Jefe del Ejército vencedor.

Art. 2º En una gran plancha de hierro que será colocada en el «Puente 21 de julio» se inscribirá íntegro, en letras de bronce, el texto del artículo anterior.

Art. 3º Una copia caligrafiada de este Decreto será presentada al General Gómez, por una Comisión compuesta de los ciudadanos General Francisco Esteban Rangel, Secretario General del Gobierno; General José

I. Castro, Presidente del Concejo Municipal del Distrito Ricaurte y Doctor Lucio H. Siso, Juez de 1ª Instancia en lo Civil y Mercantil del Estado.

Art. 4º El Secretario General queda encargado de la ejecución del presente Decreto.

Dado en el Palacio de Gobierno del Estado, en la ciudad de La Victoria, á 24 de julio de 1904.—Año 94º de la Independencia y 46º de la Federación.

F. L. ALCÁNTARA.

Refrendado.

El Secretario General,

Francisco E. Rangel.



CONCLUSION

Los documentos con que se termina este libro, acreditados por la virtud de los hechos, son el fundamento de los episodios que narro y de la Justicia á que sirvo.

Y confirman con las conclusiones categóricas de la verdad, el genio, la pericia y el arrojo del Caudillo Restaurador, y las excelencias y los frutos de su Causa inmortal.

R. Tello Mendoza.



INDICE



Páginas.

